

# **Taller de Expresión I**

(cátedra Reale)

## **Crónica**

*Fronteras, límites, márgenes*

# Índice

<i>Gabriel García Márquez</i> , “La Cortina de Hierro es un palo pintado de rojo y blanco” seguido de “Berlín es un disparate” .....	3
<i>Tomás Eloy Martínez</i> , “Perón sueña con la muerte” .....	13
<i>Enrique Raab</i> , “Cuba, vida cotidiana y revolución” .....	17
<i>Jon Lee Anderson</i> , “La otra orilla” .....	26
<i>Martín Caparrós</i> , “La Quiaca-Yavi-Santa Catalina” .....	35
<i>María Moreno</i> , “Ten compasión [Plaza Miserere]” .....	48
<i>Leila Guerriero</i> , “El amigo chino” .....	56
<i>Hebe Uhart</i> , “La tierra Formosa” .....	66
<i>Alejandro Seselovsky</i> , “La crónica del deportado” .....	72

## *Julio de 1959. La «cortina de hierro» es un palo pintado de rojo y blanco*

La cortina de hierro no es una cortina ni es de hierro. Es una barrera de palo pintada de rojo y blanco como los anuncios de las peluquerías. Después de haber permanecido tres meses dentro de ella me doy cuenta de que era una falta de sentido común esperar que la cortina de hierro fuera realmente una cortina de hierro. Pero doce años de propaganda tenaz tienen más fuerza de convicción que todo el sistema filosófico. Veinticuatro horas diarias de literatura periodística terminan por derrotar el sentido común hasta el extremo de que uno tome las metáforas al pie de la letra.

Éramos tres a la aventura. Jacqueline, francesa de origen indochino, diagramadora en una revista de París. Un italiano errante, Franco, corresponsal ocasional de revistas milanesas, domiciliado donde lo sorprenda la noche. El tercero era yo, según está escrito en mi pasaporte. Las cosas empezaron en un café de Franckfort, el 18 de junio a las diez de la mañana. Franco había comprado para el verano un automóvil francés y no sabía qué hacer con él, de manera que nos propuso «ir a ver qué hay detrás de la cortina de hierro». El tiempo —una tardía mañana de primavera— era excelente para viajar.

La policía de Franckfort ignoraba todos los trámites para pasar en automóvil a la Alemania oriental. Los dos países no tienen relaciones diplomáticas ni comerciales. Todas las noches sale un tren para Berlín por un corredor ferroviario en el que no se exigen más requisitos que un pasaporte en regla. Pero ese corredor es un túnel nocturno que empieza en Franckfort y termina en Berlín-este, una minúscula isla occidental rodeada de oriente por todas partes.

La carretera es el único medio de penetrar realmente en la cortina de hierro. Pero las autoridades fronterizas son tan estrictas que al parecer no valía la pena arriesgarse a la aventura sin una visa formal y con un automóvil matriculado en Francia. El cónsul de Colombia en Franckfort es un hombre prudente. «Hay que tener cuidado —nos dijo, con su cauteloso español de Popayán—. Imagínense ustedes, todo eso en poder de los rusos». Los alemanes fueron más explícitos. Nos advirtieron de que en caso de que pudiéramos pasar serían decomisadas las cámaras fotográficas, los relojes y todos los objetos de valor. Nos previnieron de que lleváramos comida y gasolina suplementaria para no estacionar en los 600 kilómetros que hay de la frontera hasta Berlín y que en todo caso corríamos el riesgo de ser ametrallados por los rusos.

No quedaba otro recurso que el azar. Frente a la amenaza de una nueva noche en Franckfort con otra película alemana en alemán, Franco tiró el viaje a cara o sello. Salió sello.

—O. K. —dijo—. En la frontera nos hacemos los locos.

Las dos Alemanias están cuadrículadas con la magnífica red de autopistas que construyó Hitler

para movilizar su potente maquinaria de guerra. Fue un arma de doble filo, pues ella facilitó la invasión de los aliados. Pero fue también una formidable herencia para la paz. Un automóvil como el nuestro puede viajar por allí a un promedio de 80 kilómetros. Nosotros hicimos 100 con el objeto de llegar a la cortina de hierro antes del anochecer.

A las ocho atravesamos la última aldea del mundo occidental, cuyos habitantes, los niños en particular, nos lanzaron al paso un saludo cordial y desconcertado. Algunos de ellos no habían visto en su vida un automóvil francés. Diez minutos después un militar alemán, exacto a los nazis de las películas no sólo por el mentón cuadrado y el uniforme lleno de insignias, sino también por el acento de su inglés, examinó los pasaportes de una manera completamente formal. Luego nos hizo un saludo castrense y nos autorizó a atravesar la zona de nadie, los 800 metros en blanco que separan los dos mundos. No había allí campos de tortura ni los famosos kilómetros y kilómetros y kilómetros de alambre de púa electrificado. El sol del atardecer se maduraba sobre una tierra sin cultivar, todavía despedazada por las botas y las armas como al día siguiente de la guerra. Ésa era la cortina de hierro.

Estaban comiendo en la frontera. El soldado de guardia, un adolescente metido en un uniforme pobre y sucio, un poco demasiado grande para él, como las botas y el fusil-ametralladora, nos hizo señas de estacionar hasta cuando el personal de aduana acabara de comer.

Esperamos más de una hora. Ya era de noche, pero las luces continuaban apagadas. Al otro lado de la carretera estaba la estación del ferrocarril, un polvoriento edificio de madera con las ventanas y las puertas cerradas. La oscuridad sin ruidos exhalaba un vaho de comida caliente.

—Los comunistas también comen —dije, para no perder el humor. Franco dormitaba sobre el volante.

—Sí —dijo—. A pesar de lo que dice la propaganda occidental.

Un poco antes de las diez se encendieron las luces y el soldado de guardia nos hizo acercar al farol para examinar los pasaportes. Examinó cada página con la atención a un tiempo astuta y aturdida de quienes no saben leer ni escribir. Luego levantó la barrera y nos indicó que estacionáramos diez metros más adelante, frente a un edificio de madera con techo de zinc, parecido a los salones de baile de las películas de vaqueros. Un guardia desarmado, de la misma edad del anterior, nos condujo hasta una ventanilla donde nos esperaban otros dos muchachos en uniforme, más aturdidos que duros, pero sin el menor asomo de cordialidad. Yo estaba sorprendido de que el gran portón del mundo oriental estuviera guardado por adolescentes inhábiles y medio analfabetos.

Los dos soldados se sirvieron de un plumero de palo y un tintero con tapa de corcho para copiar los datos de nuestros pasaportes. Fue una operación laboriosa. Uno de ellos dictaba. El otro copiaba los sonidos franceses, italianos, españoles, con unos rudimentarios garabatos de escuela rural. Tenía los dedos embadurnados de tinta. Todos sudábamos. Ellos a causa del esfuerzo. Nosotros a causa del esfuerzo de ellos. Nuestra paciencia soportó hasta el desdichado instante de dictar y escribir el lugar de mi nacimiento: «Aracataca».

En la ventanilla siguiente declaramos nuestro dinero. Pero el cambio de ventanilla fue una cuestión de fórmula: la operación la ejecutaron los dos mismos guardias de la primera ventanilla. Por último —en una tercera ventanilla— tuvimos que llenar por señas un cuestionario en alemán y ruso con todos los pormenores del automóvil. Después de media hora de gestos extravagantes, de gritos y maldiciones en cinco idiomas, nos dimos cuenta de que estábamos enredados en un sofisma económico. Los derechos del automóvil costaban veinte marcos orientales. Los bancos de Alemania occidental dan cuatro marcos occidentales por un dólar. Los bancos de Alemania oriental, también por un dólar, dan sólo dos marcos orientales. Pero el marco occidental y el marco oriental están a la par. El problema consistía en que si pagábamos con dólares, los derechos del automóvil costaban diez dólares. Pero si pagábamos con marcos occidentales sólo costaban veinte marcos occidentales, es decir, nada más que cinco dólares.

A esas alturas —exasperados y muertos de hambre— creíamos haber pasado todos los filtros de la cortina de hierro cuando apareció el director de la aduana. Era un hombre rústico de formas y maneras, vestido con un pantalón de dril sucio de cuarenta centímetros de bota y un raído saco de paño cuyos deformados bolsillos parecían llenos de papeles y migajas de pan. Se dirigió a nosotros en alemán. Comprendimos que debíamos seguirlo. Salimos a la desierta carretera iluminada apenas por las primeras estrellas, atravesamos los rieles, dimos la vuelta por detrás de la estación del ferrocarril y penetramos a un largo comedor oloroso a alimentos acabados de consumir, con las sillas amontonadas sobre mesitas para cuatro personas. A la puerta había un guardia armado de fusil-ametralladora junto a una mesa con libros de marxismo y folletos de propaganda política en exhibición. Franco y yo caminábamos con el director. Jacqueline nos seguía a pocos metros arrastrando los tacones en las sonoras tablas del piso. El director se detuvo y le ordenó con un gesto brutal que viniera a nuestro lado. Ella obedeció y los cuatro seguimos en silencio a través de un laberinto de corredores desiertos hasta la última puerta del fondo.

Entramos a una pieza cuadrada, con un escritorio junto a una caja fuerte, cuatro sillas en torno a una mesita con folletos de propaganda política y un aguamanil y una cama contra la pared. En el muro, sobre la cama, un retrato del secretario del Partido Comunista de Alemania oriental, recortado de una revista. El director se sentó al escritorio con los pasaportes. Nosotros ocupamos las sillas. Yo me acordaba de las aldeas de Colombia, de los juzgados rurales donde no se hace nada durante el día pero que de noche sirven para las citas de amor concertadas en el cine. Jacqueline parecía impresionada.

No puedo precisar cuánto tiempo permanecimos en ese cuarto. Uno tras otro tuvimos que responder a la misma encuesta formulada en alemán por el funcionario más torpe que recuerde en mi vida. Al principio fue brutal. Le explicamos por todos los medios que no éramos espías capitalistas y que sólo aspirábamos a dar una vuelta por la Alemania oriental. Yo tenía la impresión de que él pensaba en un alemán blindado contra el cual rebotaban las palabras inglesas, francesas, italianas, españolas, e inclusive los gestos más expresivos. Aquel diálogo de locos lo exasperó. Se sublevó contra él y luego contra su propia ineficacia cuando tuvo que romper tres veces las visas estropeadas por los borrones y las enmiendas.

En el turno de Jacqueline la atmósfera se hizo menos dura porque el director se sintió tardíamente interesado por sus rasgos indochinos. Nos explicó por señas que ella podía encontrar en el viaje «un amor de cabello rubio y ojos azules» y en prueba de su admiración personal le concedió una visa gratuita. Cuando abandonamos la oficina nos encontrábamos en el límite de la fatiga y la exasperación, pero aún debimos perder media hora más porque el director trataba de explicarme con señas, con pedazos de alemán y de inglés, una frase que al fin logramos entender literalmente: «El sol de la libertad brillará en Colombia».

Jacqueline, que era la más despierta, se hizo cargo del timón, y Franco se sentó a su lado para evitar que se durmiera. Iba a ser la una. Yo me extendí en el asiento posterior y me dormí al rumor de los neumáticos que se deslizaban suavemente sobre la autopista lisa, brillante, absolutamente desierta. Cuando desperté empezaba a amanecer. En sentido contrario al nuestro pasaban unos vehículos enormes y despaciosos cuyos faros con viseras orientados hacia abajo, apenas alcanzaban a distinguirse a las primeras luces de la madrugada. No pude definir las formas del convoy interminable.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—No sabemos —respondió Jacqueline, tensa en el timón—. Han estado pasando toda la noche.

Sólo a partir de las cuatro, cuando la espléndida mañana de verano reventó sobre las inmensas llanuras sin cultivar, nos dimos cuenta de que eran camiones militares rusos. Pasaban a intervalos de media hora en convoyes de veinte y treinta unidades, seguidos por algunos automóviles de fabricación rusa, sin matrícula. En ciertos camiones viajaban soldados sin armas. Pero la mayoría estaban cubiertos con tela impermeable de color militar.

La soledad de la autopista era más apreciable por el contraste con la Alemania occidental, donde hay que abrirse paso a través de los automóviles americanos de último modelo. A pocos kilómetros de Heidelberg está el cuartel general del ejército americano con un cementerio de automóviles de más de 3000 metros a ambos lados de la carretera. En cambio en Alemania oriental se tiene la impresión de haber equivocado la ruta y de viajar por una autopista que no conduce a ninguna parte. Las vallas es lo único que disipa un poco la idea de soledad. En lugar de los avisos publicitarios de las rutas occidentales, allí hay gigantescas caricaturas del presidente Adenauer con cuerpo de pulpo exprimiendo con sus tentáculos al proletariado. Todas las metáforas de la literatura de choque del comunismo resueltas a brocha gorda y con colores llamativos, pero con el presidente Adenauer como representante único y ejecutor absoluto de las atrocidades capitalistas.

Nuestro primer contacto con el proletariado del mundo oriental se presentó de una manera imprevista. A las ocho de la mañana encontramos una bomba de gasolina al borde de la autopista y un poco más allá un restaurante con un letrero en neón todavía encendido: «Mitropa». Es el distintivo de los restaurantes del Estado. Franco llenó los tanques. Luego hicimos un balance de nuestros marcos y decidimos correr el riesgo de una nueva escena de locos para desayunar.

Nunca olvidaré la entrada en ese restaurante. Fue como darme de bruces contra una realidad para la cual yo no estaba preparado. Cierta vez me metí sin preparación a un vericuetto de Nápoles en el momento en que sacaban por la ventana de un tercer piso un ataúd amarrado con cuerdas, mientras abajo, en el callejón atestado de niños y mendigos y de carritos con cerdos descuartizados, la multitud trataba de dominar a la esposa del muerto que se despedazaba los vestidos, se arrancaba

los pelos y se revolcaba por tierra dando aullidos. La impresión del restaurante fue distinta, pero igualmente intensa; yo nunca había visto tanto patetismo concentrado en el acto más simple de la vida cotidiana, el desayuno. Un centenar de hombres y mujeres de rostros afligidos, desarraigados, comiendo en abundancia papas y carne y huevos fritos entre un sordo rumor humano y en un salón lleno de humo.

Nuestra entrada puso fin al murmullo. Yo, que tengo muy poca conciencia de mis bigotes y de mi saco rojo a cuadros negros, atribuí aquel suspenso al tipo exótico de Jacqueline. A través de ese silencio, sintiendo en la piel un centenar de miradas furtivas, caminamos hacia la única mesa libre situada junto a un descolorido tocadiscos de a medio marco la pieza. El repertorio nos era familiar: mambos de Pérez Prado, boleros de Los Panchos y, sobre todo, discos de jazz.

Una sirvienta uniformada de blanco nos sirvió pan y un café negro con un intenso sabor de achicoria, pero evidentemente —en relación con el salario medio de Francia— mucho más barato que en París y, según pudimos comprobarlo más tarde con relación a los salarios de Alemania oriental, mucho más barato que en cualquier país de Europa. En el momento de pagar, como los marcos orientales no alcanzaron, la mesera aceptó un marco occidental y nos hizo firmar en un papel ordinario la constancia del cambio.

Franco examinaba la clientela con una expresión deprimida. Hay instantes de la sensibilidad que no se pueden reconstruir y explicar. Aquella gente estaba desayunando con las cosas que constituyen un almuerzo normal en el resto de Europa y compradas a un precio más bajo. Pero era gente estragada, amargada, que consumía sin ningún entusiasmo una espléndida ración matinal de carne y huevos fritos.

Franco tomó el último sorbo de café y se tanteó los muslos en busca de los cigarrillos. Pero no los encontró. Entonces se incorporó de una manera ostensible, se dirigió al grupo más cercano y pidió por señas un cigarrillo. Yo apenas alcancé a darme cuenta de que los hombres de las mesas vecinas se precipitaron sobre nosotros con cajas de fósforos, cigarrillos sueltos y paquetes sin abrir, en una alborotada manifestación de generosidad colectiva. Un momento después, desplomada en el asiento posterior del automóvil que volaba hacia Berlín, Jacqueline hizo el único comentario que yo consideraba justo en ese instante:

—Pobre gente.

García Márquez, Gabriel, «90 días en la Cortina de Hierro. I. La Cortina de Hierro es un palo pintado de rojo y blanco», en *Cromos*, Bogotá, núm. 2198, pp. 10-13.

Publicado en García Márquez, Gabriel. *De Europa y América (1955-1960)*. *Obra periodística* 3.

## *Agosto de 1959. Berlín es un disparate*

El único rastro de Europa en Berlín Occidental es la chamuscada catedral con una torre despuntada por las bombas. Los norteamericanos, como los niños, tienen horror de los murciélagos. En lugar de apuntalar los pocos paredones que quedaron en pie después de la guerra y hacer con ellos una ciudad de remiendos, aplicaron un criterio más higiénico y mucho más comercial: borrón y cuenta nueva.

El primer contacto con esa gigantesca operación del capitalismo dentro de los dominios del socialismo me produjo una sensación de vacío. Toda la mañana estuvimos buscando la ciudad, dando vueltas dentro de ella sin encontrarla. Es asimétrica, sin pies ni cabeza, pero sobre todo carece todavía de un centro donde se experimente la emoción de haber llegado.

Las extensas zonas sin reconstruir son parques provisionales. Hay calles que parecen trasplantadas en bloque desde Nueva York. En algunas partes la voracidad comercial va más aprisa que la técnica y se han instalado los grandes negocios un año antes de que se retiren los andamios. Al lado de una pirueta de la arquitectura moderna —un rascacielos que parece una sola ventana de vidrio— hay una aldea de barracas donde almuerzan los albañiles. Una multitud ansiosa, atropellada, circula sobre plataformas de madera, entre la vibración de los taladros, del olor del asfalto hirviendo, de las grúas que evolucionan por encima de las estructuras metálicas y los grandes anuncios de Coca-Cola. De esa bulliciosa operación quirúrgica empieza a surgir algo que es todo lo contrario de Europa. Una ciudad resplandeciente, aséptica, donde las cosas tienen el inconveniente de parecer demasiado nuevas.

Se ha dicho que ésa es la experiencia arquitectónica más interesante de Europa. Es evidente. Desde un punto de vista técnico, Berlín Occidental no es una ciudad, sino un laboratorio. Los Estados Unidos llevan la batuta. No tengo datos de la cantidad de dólares invertidos en la reconstrucción ni de la forma en que se han hecho las inversiones. Pero los resultados están a la vista.

Yo creo humildemente que es una ciudad falsa. Los turistas norteamericanos la invaden en verano, se asoman al mundo socialista y aprovechan la oportunidad para comprar en Berlín Occidental artículos importados de los Estados Unidos que allí son más baratos que en Nueva York. Uno no se explica cómo puede sostenerse un hotel tan bueno como los mejores de los Estados Unidos, con piezas modernas, televisión, cuarto de baño y teléfono por cuatro marcos diarios, es decir, un dólar. En la congestión del tránsito no hay un automóvil que no sea de último modelo. Los anuncios de los almacenes, la propaganda, la carta en los restaurantes, están escritos en inglés. En el territorio de Alemania Occidental hay cinco emisoras donde nunca se ha transmitido una palabra en alemán. Cuando uno advierte todo eso y piensa además que Berlín Occidental es un islote enclavado en la cortina de hierro, que no tiene relaciones comerciales a 500 kilómetros a la redonda, que no es un centro industrial considerable, que el intercambio con el mundo occidental se hace en aviones



que aterrizan y decolan en el aeródromo situado en el centro de la ciudad, a un ritmo de un avión cada dos minutos, uno está obligado a pensar que Berlín Occidental es una enorme agencia de propaganda capitalista. Su empuje no corresponde a la realidad económica. En cada detalle se advierte el deliberado propósito de ofrecer una apariencia de prosperidad fabulosa, de desconcertar a la Alemania Oriental, que contempla el espectáculo con la boca abierta por el ojo de la cerradura.

El límite oficial entre los dos Berlines es la puerta de Brandenburgo, donde flota la bandera roja con la hoz y el martillo. A 50 metros hay un letrero alarmante: «Atención, usted va a entrar en el sector soviético». Nosotros llegamos frente a ese letrero al atardecer, después de haber conocido Berlín Occidental. Por puro instinto, Franco disminuyó la velocidad. Un policía ruso nos hizo señas de detenernos, inspeccionó el automóvil con una mirada enteramente administrativa y luego nos dio la orden de seguir adelante. El paso es tan sencillo como esperar un verde en el semáforo. Pero el cambio se nota. Y es brutal. Entramos directamente a la Unter Den Linden, la gran avenida bajo los tilos, considerada en otra época como una de las más hermosas del mundo. Ahora sólo quedan troncos de columnas ahumadas, portales en el vacío, cimientos cuarteados por el musgo y la hierba. Ni un solo metro cuadrado ha sido reconstruido.

A medida que se penetra en el Berlín Oriental se comprende que hay más que una diferencia de sistemas: dos mentalidades opuestas a cada lado de la puerta de Brandenburgo. Los escasos bloques intactos del sector oriental tienen todavía los impactos de la artillería. Los almacenes son sórdidos, parapetados detrás de las troneras abiertas por los bombardeos y con artículos de mal gusto y de una calidad mediocre. Hay calles enteras con edificios desfondados de cuyos pisos superiores sólo queda el cascarón. La gente sigue viviendo apelmazada en los pisos inferiores, sin servicios sanitarios ni agua corriente y con la ropa puesta a secar en las ventanas como en los vericuetos de Nápoles. De noche, en lugar de los anuncios de publicidad que inundan de colores el Berlín Occidental, del lado oriental sólo brilla la estrella roja. El mérito de esa ciudad sombría es que ella sí corresponde a la realidad económica del país. Salvo la avenida Stalin.

La réplica socialista al empuje del Berlín Occidental es el colosal mamarracho de la avenida Stalin. Es aplastante, tanto por las dimensiones como por el mal gusto. Una indigestión de todos los estilos que corresponde al criterio arquitectónico de Moscú. La avenida Stalin es una inmensa perspectiva con residencias parecidas a las de los pobres ricos de provincia, pero amontonadas una encima de otra, con incalculables toneladas de mármol, de capiteles con flores, animales y máscaras de piedra y agotadores portales con estatuas griegas falsificadas en cemento armado.

El criterio de quienes concibieron ese esperpento es elemental. La gran avenida de Hitler fue la Unter Den Linden. La gran avenida de Berlín socialista —más grande, más ancha, más pesada y más fea— es la avenida Stalin. En Berlín Occidental se construye una ciudad para ricos, los mismos que se dieron cita antes de la guerra en la Unter Den Linden. La avenida Stalin es la residencia de 11 000 trabajadores. Hay restaurantes, cines, cabarets, teatros, al alcance de todos. Cada uno de ellos es un despilfarro de cursilería: muebles forrados en peluche violeta, alfombras verdes con bordes dorados y, sobre todo, espejos y mármoles por todos lados, hasta en los servicios sanitarios. Ningún obrero en ninguna parte del mundo y por un precio irrisorio vive mejor que en la avenida Stalin. Pero contra los 11 000 privilegiados que allí viven, hay toda una masa amontonada en las buhardillas, que piensa —y lo dice francamente— que con lo que costaron las estatuas, los mármoles, el peluche y los espejos, habría alcanzado para construir decorosamente la ciudad.

Se ha calculado que si estalla una guerra Berlín durará veinte minutos. Pero si no estalla, dentro de cincuenta, cien años, cuando uno de los dos sistemas haya prevalecido sobre el otro, las dos Berlines serán una sola ciudad. Una monstruosa feria comercial hecha con las muestras gratis de los dos sistemas.

Ya en la actualidad —y no sólo por su aspecto exterior— Berlín es un disparate. Para apreciar su vida íntima, para mirarla por el revés y descubrir las costuras, hay que meterse al Metro. Una hora antes de suicidarse, ya con los rusos en la puerta de su casa, Hitler dio orden de inundar el Metro para que la gente que se había refugiado en él saliera a pelear a la calle. Por eso es sórdido y húmedo, pero es el medio que utiliza el pueblo de Berlín —la gente pobre de ambos lados— para sacar partido de la sorda contienda que los dos sistemas libran en la superficie. Hay gente que trabaja en un lado y vive en el otro, arreglándoselas de la mejor manera posible para aprovechar lo mejor de cada sistema. En ciertos sectores basta con atravesar la calle. Una acera es socialista. La otra es capitalista. En la primera, las casas, los almacenes, los restaurantes, pertenecen al Estado. En la segunda, son de propiedad privada. En teoría, quien vive en una acera y atraviesa la calle para comprar un par de zapatos, comete por lo menos tres delitos de cada lado.

Pero en Berlín todas las disposiciones son teóricas. Hay acuerdos muy precisos para impedir la especulación, la fuga de capitales, la desmoralización de los sistemas. En principio no se puede gastar en un lado y devengar en el otro. Cada operación comercial debe estar precedida de una justificación de la fuente de ingresos. Pero en la práctica las autoridades se hacen de la vista gorda. Lo único que interesa son las apariencias. El pueblo de Berlín, que podía pasar de lado a lado caminando por la calle, respeta las reglas del juego y pasa por el Metro, por donde todo el mundo sabe que se pasa, pero se ignora oficialmente.

La prueba más escandalosa de esa encarnizada batalla se nos ofreció en el momento de comprar marcos orientales en un banco de Berlín Occidental. Nos hicieron la liquidación a 17 marcos orientales por dólar. Franco creyó honestamente que el funcionario estaba equivocado: el cambio oficial es de 2 marcos por dólar. Pero el funcionario nos explicó que el curso normal no se tenía en cuenta en Berlín Occidental, cuyos bancos —a la vista de todo el mundo y en una operación perfectamente legal— dan 17 marcos orientales por dólar. Casi ocho veces más del cambio oficial. En teoría era una operación inútil. Nosotros no podríamos comprar nada en Alemania Oriental sin demostrar que el dinero había sido devengado en el país. Pero nada más que en teoría. Con veinte dólares cambiados en Berlín Occidental recorrimos de arriba abajo la Alemania Oriental. Hechas las cuentas, una pieza en el mejor hotel, con baño, radio, teléfono y desayuno en la cama, nos costaba 75 centavos colombianos. Un almuerzo completo en los mejores restaurantes, veinte centavos colombianos, incluido el servicio, las estatuas, los espejos y la música de Strauss.

Quienes no tienen las claves de esa ciudad donde nada es completamente cierto, donde nadie sabe muy bien a qué atenerse y los actos más simples de la vida cotidiana tienen algo de juego de manos, viven en un estado de ansiedad permanente. Se sienten sentados en un barril de pólvora. Parece que nadie tuviera la conciencia tranquila. Una noticia que en París se interpreta como una nueva necesidad de los cancilleres repercute en Berlín con el estruendo de un cañonazo. El estallido de una llanta puede ocasionar un pánico.

Leipzig es otra cosa. Después de cuatro horas de automóvil a través de una retorcida alameda, entramos a Leipzig por una calle angosta y solitaria, apenas con espacio para los rieles del tranvía. Eran las diez de la noche y empezaba a llover. Las paredes de ladrillos sin ventanas, las bombillas tristes del alumbrado público, me recordaban las madrugadas bogotanas en los barrios del sur.

En el centro, la ciudad disfrutaba de una paz sospechosa. La iluminación era tan escasa como en los suburbios. La única señal de vida eran los anuncios en neón en los bares del Estado —H. O.— con muy poca clientela civil y algunos soldados. Después de buscar inútilmente un restaurante abierto —un Mitropa— nos decidimos por un hotel. El personal de la administración sólo hablaba alemán y ruso. Era el mejor hotel de Leipzig montado sobre los mismos conceptos de la decoración de la avenida Stalin. En el mostrador, una exhibición de todos los periódicos comunistas del Occidente recibidos por avión. Una orquesta de violines tocaba un vals nostálgico en el bar iluminado con arañas de vidrio, pesadas y declamatorias, donde la clientela consumía en silencio champaña sin helar con un aire de distinción lúgubre. Las mujeres otoñales, lívidas de polvo de talco, llevaban sombreros pasados de moda. La música flotaba en un perfume intenso.

Un grupo de hombres y mujeres en uniformes de caza, impecables en sus largas chaquetas rojas, con gorras negras y botas de montar, tomaba té con galletitas en un rincón de la sala. Sólo faltaban los enormes perros blancos manchados de negro para que aquel grupo pareciera descolgado de una litografía inspirada en lo más revenido de la aristocracia inglesa. Nosotros —en blue jeans y mangas de camisa, todavía sin lavarnos el polvo de la carretera— constituíamos el único indicio de la democracia popular.

Nosotros habíamos ido a ver. Pero después de veinticuatro horas en Leipzig ya no se trataba simplemente de ver, sino de entender. Quince días antes —como un truco de la casualidad— habíamos estado en Heidelberg, la ciudad estudiantil de Alemania Occidental, impresionante como ninguna otra en Europa por su diafanidad y su optimismo. Leipzig es también una ciudad universitaria, pero una ciudad triste, con viejos tranvías atestados de gente desarrapada y deprimida. No creo que haya más de veinte automóviles para medio millón de habitantes. Para nosotros era incomprensible que el pueblo de Alemania Oriental se hubiera tomado el poder, los medios de producción, el comercio, la banca, las comunicaciones y, sin embargo, fuera un pueblo triste, el pueblo más triste que yo había visto jamás.

Los domingos la multitud se vuelca en los jardines de diversión donde se toca música de baile, se toman bebidas gaseosas y se pasa, en fin, una tarde agotadora por un precio muy reducido. En la pista de baile no cabe un alfiler, pero las parejas apelmazadas, casi inmóviles, tienen el mismo aire de disgusto de la multitud enlatada en los tranvías. El servicio es lento y hay que hacer colas de media hora para comprar el pan, los billetes del tren o las entradas a un cine. Nosotros necesitamos dos horas, en un jardín de diversión donde había que abrirse paso con los codos por entre los enamorados y los viejos matrimonios con sus niños, para comprar una limonada. Una organización como ésa, férrea, pero ineficaz, es lo más parecido a la anarquía.

No podíamos entender. Aquello era como haber ido al cine por matar el tiempo y haberse encontrado con una película de locos, sin pies ni cabeza, con un argumento hecho exclusivamente para desconcertar. Porque es por lo menos desconcertante que en el mundo nuevo, en pleno centro de la revolución, todas las cosas parezcan anticuadas, revenidas, decrepitas.

Franco y yo nos habíamos olvidado de Jacqueline. Todo el día anduvo detrás de nosotros,

rezagada, observando sin interés las polvorientas vitrinas donde se exhiben a precios escandalosos artículos de pacotilla. Al almuerzo dio muestras de vida: protestó por la falta de Coca-Cola. Por la noche, en el restaurante de la estación, después de una hora de espera, sofocados por el humo, por el olor, por la música de la orquesta que le entraba a la clientela por un oído y le salía por el otro, Jacqueline se exasperó:

—Éste es un país atroz —dijo.

Franco estuvo completamente de acuerdo. Al día siguiente, muy temprano, salió a buscar explicaciones. Recordó que en Leipzig funciona la Universidad Marx-Lenin, donde estudian marxismo muchachos venidos de todo el mundo. Es un ambiente de paz y meditación, con discretos edificios entre árboles, lo más parecido a un seminario católico. Tuve la suerte y el placer de encontrar allí un grupo de estudiantes suramericanos. Gracias a ellos, nuestras observaciones —que hubieran podido ser subjetivas— se afirmaron sobre bases concretas. Y gracias también, naturalmente, a la terrible fiestecita que tuvimos esa noche en casa de herr Wolf.

García Márquez , Gabriel, «90 días en la Cortina de Hierro. II. Berlín es un disparate»,  
en *Cromos*, Bogotá, núm. 2199, pp. 30-31.

Publicado en García Márquez, Gabriel. *De Europa y América (1955-1960)*. *Obra periodística 3*

## *Perón sueña con la muerte*

Estas fueron, una por una, las palabras que dijo el Secretario: “Yo estaba en el dormitorio cuando el General despertó sobresaltado. Me había quedado montando guardia junto a la cama, como todas las noches, con la punta de los dedos en estado de alerta. Los males que enviaba el enemigo se asomaban por la ventana y por los respiraderos del cielo raso. Bastaba un ademán de mis dedos para obligarlos a marcharse. Siempre actué como un pararrayos contra los males de afuera, pero no puedo hacer nada contra los males que el General tiene adentro de los sueños”. Dijo que lo había tocado, para imponerle sosiego: la piel del General estaba húmeda, pero había una extraña calidad en el sudor, como si perteneciera a otro cuerpo y se hubiera quedado allí por desorientación. Descubrió en su pecho la plaga de manchitas pálidas que solían brotar en las épocas de tristeza más honda, cuando el General sentía que todos lo abandonaban y que también él mismo acabaría por abandonarse. Vio el movimiento reflejo con que encendió la radio para escuchar el informativo de las siete, y el desencanto con que la había apagado al advertir que eran apenas las tres.

Dijo que el General lo había mirado con agradecimiento, como si su vida dependiera de él (y el Secretario creía, en efecto, que la menor de sus distracciones bastaría para disolver la vida del General en la nada). Había imaginado (dijo) que él volvería a quejarse de ardores en la vejiga, de la humedad que le enfriaba las articulaciones, de la pequeña llaga dejada en algún rincón de la uretra por la sonda que acababan de retirarle.

Para moderar su inquietud, había observado al General cuidadosamente: dijo que había llevado la mirada hacia los filtros de los riñones, que había medido la densidad del viento en los alvéolos pulmonares, que había acompañado a la corriente sanguínea durante un largo trecho, para oír su velocidad y su cadencia. No había encontrado señales de turbación. Pensó entonces que el General haría como siempre, un ademán de apartamiento antes de volver la cara hacia la pared: *Váyase a dormir, López*. Pero no fue así. Lo vio incorporarse en la cama con lentitud como si temiera ser deshojado por el movimiento, disimulando la demacración de la cara con una sonrisa tan falsa que parecía tallada sobre la carne viva. Sólo al cabo de un rato soltó la voz. Dijo que pocas veces la había oído salir tan tenuemente, y aún no sabía si era porque los miedos del sueño habían tardado en retirarse de la voz o porque el General, inseguro de sus fuerzas, quería mantenerla en un sitio descansado. Le confió (así dijo) que había soñado un sueño de muerte tan ajeno a todo los sueños de vida que sólo él, López Rega, con su conocimiento de los astros y el instinto de que estaba dotado para leer los designios de la noche, sabría descifrar sin equivocaciones. La declaración del General le sorprendió (así dijo) porque no creía que en un cuerpo con tan avanzada mortalidad como el suyo pudiera haber lugar para los sueños.

“Me vi suspendido en el aire —había contado el General—, pero no temía caer. Arrancaba de lo alto de los árboles unas frutas de polvo que no sabían a nada. Los pájaros me herían con los picos y las garras, pero cuando se apartaban de mí advertía que eran ellos y no yo los que perdían sangre. En el fondo de un cráter volcánico Isabel cavaba la fosa donde me enterrarían. Vi que Paladino, en el

borde del cráter, devoraba una de mis piernas. Yo sentía mis dos piernas intactas en el aire, y sin embargo sabía que aquella otra pierna era también mi cuerpo, Vi a Vandor recomponer sus cenizas y ocupar, con los huesos vestidos de uniforme, un sillón que debía ser el de presidente. Todos ustedes hablaban de mi entierro en un dialecto que yo desconocía, aunque me daba cuenta por la entonación del significado de las palabras. De pronto, también yo estuve en tierra. Más bien dicho, estuvo en tierra la conciencia de que era yo, porque mi cuerpo era el de otro. Miré hacia arriba y vi que un hombre muy triste flotaba en el aire. *¿Quién es?*, pregunté asustado. *¿Nadie puede ayudarlo a bajar?* Alguien (me parece que era usted, López) respondió: *Es el pobre Perón, y no vale la pena bajarlo porque está muerto. En ese momento desperté*”.

Dijo que había ido a la cocina a preparar un poco de té. Oía rumiar al General las imágenes del sueño, mudándolas de orden y barajándolas como un mazo de cartas. Lo veía (así dijo) reproducir las desconocidas palabras de Vandor, Isabel y Paladino en un dialecto innoble que no parecía humano. Al volver con las tazas, había encontrado al General anotando en su cuaderno de cabecera algunos pormenores que de pronto le parecían imprescindibles: la fulguración de un diamante en las manos de Isabel, los tirabuzones de fuego que fluían de la cabeza de Paladino y, sobre todo, las heridas que correspondían a su cuerpo pero que sin embargo aparecían sobre el cuerpo de los pájaros. *¿Qué puede ver usted, López?* , le había preguntado, *¿Son augurios buenos o malos?*

Dijo que él, López Rega, había repetido el sueño en voz alta para verificar si el movimiento de los personajes estaba influido por los movimientos del cielo. Luego de cada frase, había esperado la aprobación del General. *Así fue López, de esa manera.*

—¿Recuerda si en algún momento del sueño oyó decir que el río cabe en el océano? —había preguntado el Secretario.

—No. Sólo estaban hablando de mi muerte.

—Y cuando volaba, ¿nadie le dijo que se situara en el centro pero que caminara por el costado?

—Nadie —había respondido el General—. El dialecto que ustedes hablaban estaba hecho de sentidos pero no de palabras.

—Entonces el sueño no quiere decir nada —había interpretado López—. Cualquiera de esas dos frases hubiera sido un aviso de que usted estaba en peligro. Pero como nadie las pronunció, los signos de la muerte, del volcán y del aire se fueron anulando mutuamente.

Dijo que había retirado una de las dos almohadas del General, para ayudarlo a relajarse. Antes de apagar la luz, le había impuesto la mano sobre los ojos, llevándolo lentamente hacia una nada por la que no pasaban los sueños ni las turbulencias del pensamiento.

Eran las tres de la tarde. Caminábamos entre luces tan cristalinas que aún no terminábamos de dar un paso cuando ya lo sentíamos borrado. A veces, el vaho de las frituras madrileñas nos salía al encuentro, confundido con el vaho de algunas flores prematuras. El Secretario y yo nos habíamos dado cita un par de horas antes en sus oficinas de la Gran Vía, donde administraba —“para puchear”, dijo— un invisible negocio de importación y exportación. Apenas entré, me había ofrecido tres libros de su cosecha, dedicados “al amigo cronista cordialmente” con una letra infantil y laboriosa. La firma respiraba a duras penas dentro de una rúbrica envolvente, que se dejaba caer sobre cada letra como un párpado; al pie de la rúbrica, un fleco desprendido de la R o de la G (la

caligrafía era ingenua pero a la vez confusa) estaba adornado por tres puntos en forma de triángulo. “No son los puntos de la masonería —me había explicado, curándose en salud—. Por lo contrario, permiten identificar a las personas que tienen fe en Dios y amor por el conocimiento. Observe el triángulo: está más cerrado que el de los masones”. Lo acompañé a retirar unas cartas de hotel Gran Vía, y luego a comer un bocadillo de jamón en una tasca de la calle Serrano. La tarde nos iba llevando hacia el Palacio de Oriente, donde no quise entrar porque los portales de acceso eran demasiado altos y me comunicaban malos presentimientos. Me preguntó si yo era supersticioso o si, quién sabe, había conseguido atravesar esa delgada tela de las apariencias más allá de las cuales todo es mágico. “Aún estoy del lado de acá”, le dije. “Pero debo confesarle que cuando vengo a Madrid me vuelvo supersticioso”. Recordé que ya en el primer viaje, cuatro años antes, me había marchado de la ciudad con la impresión de que por las noches bajaban legiones de sembradores a espolvorear las calles con semillas de beatos. Me atemorizaban las mujeres de luto, las tabernas con nombres de santos, el sabor a esperma de velas que tenían las verduras. Pero creo que no le confié esas aprensiones.

Los libros que me había regalado empezaban a pesarme. Nos internamos en los jardines de Sabatini y nos sentamos al fin ante la estatua de Alfonso el Sabio. López Rega completó una larga exposición sobre la era de espiritualidad que se avecinaba, en la que todos los hombres reconocerían al General como un conductor y un iluminado. Advirtió que la sociedad de consumo llegaba a su fin, y que por haberla combatido sin buscar antes la protección de las Fuerzas Inmateriales el General había perdido el poder en 1955. No volverá a ocurrir, dijo: el espíritu del General está inflamado ahora de energía electro-magnética, y sólo espera la llegada del Gran Año Planetario para emplear a fondo esa energía contra los enemigos. Leyó la incompreensión en mi cara y vi que los ojos se le endurecían. Me preguntó si dudaba de él. Le respondí que no se trataba de eso: simplemente, nos movíamos en distintas longitudes de onda.

Una mariposa amarilla se posó en la cabeza de Alfonso el Sabio. El aire de la tarde era tan diáfano que podía ver cómo la mariposa, al agitarse, perdía el polvillo de las alas.

—Por suerte para usted y para mí, el General está ahora más allá del bien y del mal —le oí decir—. Es puro espíritu.

—Tal vez por eso tiene sueños tan difíciles de interpretar —le insinué, apuntando hacia algún blanco oculto de su omnipotencia.

—El General no tiene sueños sino visiones —declaró con cierta solemnidad—. Ya no está en condiciones de soñar. Hace cinco años, poco después de mi llegada a Madrid, le hicieron una operación muy delicada. El corazón estaba débil y no pudo resistir. Murió. Los médicos iban a dar el anuncio de la muerte cuando yo los detuve: concédanme solamente media hora, les dije. Total, ya no hay nada que perder. Me encerré en el quirófano, a solas con el General y lo llamé por su nombre astral. Al tercer llamado, resucitó. Ahora es mi energía cósmica la que lo mantiene vivo.

—¿Y el General lo sabe?

—Lo intuye —dijo—. Cuando lo sepa verdaderamente, ya no habrá modo de salvarlo. Morirá para toda la eternidad.

Una línea de brisa desbarató el aire (fue algo más ligero que la brisa: su reverberación o su sombra). La mariposa levantó vuelo y se perdió en las lejanías del Manzanares.

—Hay algo que no sé ver claro —dije—: esas frases que el General no oyó en el sueño y que hubieran sido un mal presagio. ¿De dónde las sacó, López?

—Son oraciones egipcias, del Libro de los Muertos —inventó—. Pero esas frases o cualquier otra hubieran dado lo mismo. Las dije para que el General se quedara pensando en ellas y las metiera dentro de sus visiones. Un día me llamará, me dirá que las oyó, y volveré a explicarle que son un aviso de peligro.

—¿Qué ganará con eso? —le pregunté.

—Yo, nada. No estoy al lado del General para ganar o perder. Pero el Movimiento sí saldrá ganando. El General se pondrá a averiguar de dónde viene el peligro, y cuando lo sepa, rodará la cabeza de algún traidor.

(1970)

Martínez, Tomás Eloy (2014). *Lugar común, la muerte*.  
Buenos Aires: Aguilar.



## Cuba, vida cotidiana y revolución

### *La Habana es un ejemplo de construcción urbana que sobrevive gracias a la adaptación*

#### *Imagen I*

Primera mañana en La Habana. Termina el desayuno, larguísimo, en el Hotel Deauville. (Llegará el momento de averiguar por qué son tan largos esos desayunos.) Cruzo el Malecón y me apoyo en la pared. Una sonrisa me ataja, mientras dos ojos torvos recorren mi indumentaria, de arriba abajo, de abajo arriba. Uno se siente estudiado como extranjero y se pregunta si es esa camisa entallada, o esos pantalones –un *oxford* discreto– o esos mocasines a la italiana los que hacen el papel de delatores. El que sonríe es un negro sesentón. Ya está al lado. Saluda: *Good morning, sir...* Y entonces, se reacciona mal, porque ¿vale la pena despertarse en Cuba para ser saludado en inglés? Por eso se retruca con un agresivo: *No hablo inglés, compañero. Soy argentino.* Como si nada. El compañero sigue hablando en inglés. No tiene mucha idea de dónde queda la Argentina. Pero sí de dónde queda Miami. Su dedo indica hacia el mar, hacia la lejanía, 90 millas nada más entre La Habana y Florida. Y ya la sonrisa, nada sincera, ni cordial, ni simpática, se agranda, como pasando a la ofensiva.

“¿Tiene usted cigarros?” –pregunta abandonando resignadamente el inglés. Toma uno, un *L&M* que hace rodar sensualmente entre los dedos. “Esto sí que es tabaco, no lo que se vende aquí”. La afirmación queda sin respuesta. El sueño de todo periodista que llega a Cuba se está cumpliendo ahí mismo, con salir nomás del hotel: ver, a cara limpia y despotricando contra el gobierno, a un gusano contrarrevolucionario. Comienzo a ponerme nervioso; estoy viviendo, sin darme cuenta, la situación con un dramatismo exacerbado (¿No dicen afuera que en Cuba los que critican al gobierno en las calles son deportados a las granjas de trabajo obligatorio? Cf. *Selecciones del Reader's Digest*, edición en español, junio de 1966.) Y el viejo continúa, siempre en un español que deletrea como con asco: “No tiene usted idea, *sir*, de lo que era el Malecón, antes... No se podía ni cruzar por la cantidad de carros que corrían. Dodge, Oldsmobile, Ford, Chevrolet... Era una fiesta para los ojos... Y los hoteles: aquí, en este hotel donde usted vive, había un casino con 22 mesas. Ruleta, *chemin-de-fer*, treinta y cuarenta. El Habana Hilton (ahora se llama Habana Libre, pero el viejo parece ignorar que los tiempos han cambiado) era el mejor de América Latina. Yo he conocido, *sir*, a una *people* muy importante. Rita Hayworth me decía Francisco, y Edward G. Robinson me mandaba elegir su tabaco y mister George Raft, en persona, me dio trabajo en el *Capri*. Vea ahora la trsiteza, *sir*. No hay turistas, no hay *people*, todo está desierto”.

Larga pausa. Su dedo índice, que antes señalaba hacia Miami, ha virado en 180 grados apuntando al Malecón apacible. Es cierto: los Dodge que se ven, destartalados, pasan a razón de uno cada 10 minutos; algunos Chevrolet, más viejos aún, arrastran sus carrocerías maltrechas a lo largo de las calles. El viejo mira el espectáculo con pena. “*No people, sir, no cars*” –loriquea, desdeñando, como si no existiesen, los Alfa Romeo, los Toyota, los Moscovich–. “En 1957 mister Raft me llevó, para su servicio particular, a Nueva York. Decía que nadie sabía hacer el *job* como yo. *You are best, Francisco*” –decía–. “Y de veras, *sir*, yo tenía mi fama entre los americanos... ¡Pues sí que la tenía!”

No hay que dramatizar tanto, pensé mientras Francisco miraba de nuevo, con sonrisa humilde, el paquete de *L&M* metido en el bolsillo de mi camisa. ¿Qué hace aquí, recostado contra el Malecón, Francisco? Su paladar sólo aguanta el humor norteamericano, Hayworth y Robinson lo llamaban por su nombre de pila, Raft lo condecoró con un viaje a Nueva York, una distinción que, bajo el capitalismo, podía equipararse a un premio al trabajo ejemplar. “Yo quise salir de Cuba pero cuando arreglé mis cosas, en 1961, el puente aéreo ya estaba cortado. Ninguno de los caballeros yanquis quedaba en La Habana. No pude salir, me quedé aquí, me moriré aquí... Mi sueño es tomar, una vez más siquiera, un trago de Coca-Cola.” La lengua pasa por los labios, los humedece como si toda el agua del Caribe no pudiese suministrar la misma humedad que un solo vaso de gaseosa.

“¿Y qué trabajo hacía, usted, Francisco, antes de la revolución?”

Todavía la lengua sigue llevando una ilusión de Coca-Cola a esos labios mustios. Entre los dedos amarillentos, se está extinguiendo el segundo *L&M*.

“Trabajo, no, *sir*... No era trabajo... era un *job*... Yo era jefe de los lustrabotas del *Capri*. Mister Raft me decía que sólo yo sabía hacer brillar sus botines como si fuesen un espejo.”

## *Imagen II*

Caminar por La Habana es como atravesar un pasaje nocturno, vagamente surrealista. Si todo fuese más geométrico, las arcadas en ruinas sugerirían a De Chirico si todo fuese más tétrico, podría ser que uno estuviese transitando alguna de las Calles de la Muerte, del *Orfeo*, de Cocteau. Así como está, La Habana hace tambalear, en la mente del visitante, una cantidad de estructuras casi arcaicas.

Por ejemplo, Galiano adentro, hay una secuela de grandes tiendas. Sus nombres –todavía visibles– rememoran el furor mercantil-progresista de principios de siglo. Tienda “El Progreso”; Grandes Tiendas “La Flor de Oriente”; *Supermarket* “El Faro de La Habana”; Peletería “El Oso de Siberia”; Mercería “El Encaje de Bruselas”. Arrimando la cara a las vidrieras, se divisan televisores en la peletería, conservas de leche evaporada y compotas en “El Encaje de Bruselas” y cosméticos y perfumes –si, las cubanas usan *rimmel* y lavanda– en “El Faro de La Habana”. Otros negocios son ahora depósitos de afiches propagandísticos: detrás de un letrero que dice *Coiffeur de dames*, en la calle Trocadero, uno ya no se asombra al descubrir un poster que inmortaliza el abrazo de Camilo Cienfuegos y el Che.

"En los países capitalistas –dice Roberto Segré, arquitecto argentino, uno de los responsables del plan de remodelación de La Habana– las capitales son fachadas de lujo y de incitación al consumo. Detrás, por lo general, están la miseria y el desvalimiento. En Cuba es al revés. La revolución volcó todo su esfuerzo al interior: entre 1962 y 1968, la isla se cubrió de viviendas, hospitales, escuelas.

"A la Habana le decían la ciudad castigada. Ahora, sin embargo, hay otra vez acuerdo en que en el esquema de la revolución, una concentración urbana tiene su sentido preciso. Sólo que este plan es de ejecución lenta. Estamos trabajando con miras al año 2010. Por ahora, las zonas urbanizadas construidas por la revolución tienden a no incurrir en divisiones sectoriales –en el fondo, divisiones de clase– que son propias del capitalismo. Toma, por ejemplo, la Plaza de la Revolución. Comenzó a construirla Batista, se terminó en 1960, a principios del proceso revolucionario. La Plaza está concebida como un gran centro ciudadano, con el inmenso monumento a Martí y el obelisco como epicentro. Y sin embargo, ahí nomás, a 500 metros, hay una fábrica de tabaco y del otro lado, una destilería de ron. La imagen de una ciudad socialista no debe escindir en dos su vida laboral de su vida de descanso. El capitalismo oculta las zonas fabriles como territorios vergonzantes; enlaza, en cambio, poniéndolos en un foco enfáticamente visible, las grandes bocas de expendio del consumo, las insignias de lujo y del poderío económico de una clase. Los repartos ya están construidos y tenemos que arreglarnos con ellos lo mejor que podamos. La Habana vieja, corazón histórico de la ciudad, quedará tal cual es. Pero La Habana nueva será demolida, de aquí a 30 años. Es una zona de conventillos, muy poco aptos y en pésimo estado habitacional."

### *¡Antes, la belleza!*

Imagínese la calle Corrientes, en una de sus cuadras más densas, digamos entre Esmeralda y Suipacha. Imagínese que, de sus 4 pizzerías sólo ha quedado una; que todos sus kioscos de cigarrillos y golosinas han desaparecido (porque ahora, cigarrillos y golosinas se expenden en el almacén de la cuadra, junto con el resto de los alimentos destinados a cada habitante). Imagínese, por fin, que no todos los juguetes, no todos los libros, no toda la ropa se vende ya en esa cuadra de la calle Corrientes, a quien la pueda comprar, sino que también esos mismos libros, esas mismas camisas, ese mismo trozo de pizza se está vendiendo en un pueblito de La Rioja, o en la quebrada de Humahuaca, o en Recreo, provincia de Catamarca. Si esto ocurriese, a Buenos Aires le sobrarían bocas de expendio, habría –como lo hay en La Habana– muchas mercerías convertidas en despensas, muchas corbaterías que almacenan productos medicinales, muchos negocios que albergan viviendas familiares.

La Habana, es cierto, no es ahora una ciudad hermosa. A duras penas, la revolución la está convirtiendo en una ciudad funcional.

Y así, caminar por La Habana es como saltar sobre una ruina y descubrir que esa vieja arcada de un palacio se ha transformado en un poste telegráfico, o que aquella bulliciosa plaza de los mercaderes es ahora un parque deportivo destinado al juego de los niños.

No hay duda. Antes, La Habana era más bella.

"Cuatro tiendas Lafayette tenía antes la ciudad, compañero y todo esto ahora se ha terminado. Había visos con encaje, *tailleurs* con cuellos de cibelina, perfumes Nina Ricci, y hasta sándalo para perfumar la casa". La nostalgia de la anciana es infinita, mientras rememora, sentada en un banco del Prado, tanta esplendidez. "Yo me acuerdo, aunque ya soy vieja, que una vez la Lafayette de la calle Galiano mostró en uno de sus escaparates el traje que usó la reina de Inglaterra para la Coronación. Los habaneros hacían filas y más filas, porque había que tener su turno para ver toda esa maravilla."

"Sí, compañera. ¿Pero, eran accesibles, los precios de las Lafayette?"

La anciana hace girar su abanico en un gesto de inesperada, casi juvenil picardía.

"Yo no sé, compañero... Nunca entré a la tienda. ¡Pero las vidrieras eran tan hermosas de ver...!"

*Sin impedir una relación informal  
con los cubanos, el ICAP se ocupa de los visitantes*

Dos clases de conversaciones pueden sostenerse en Cuba las formales Y las que no lo son. No hay manera de confundirse o de pasar, inconscientemente, de un estilo de diálogo a otro. Los límites entre ambos son firmes y el cuadro ambiental que rodea esos *conversatorios* –como gustan decir los cuadros políticos– tiene características muy distintivas.

Si una delegación visita Cuba, lo más seguro es que se ocupe de ella el ICAP (Instituto Cubano por la Amistad con los Pueblos). Casi todas las noches, uno se entera, por intermedio del guía del ICAP, qué entrevistas, conversatorios y diálogos con entidades oficiales le depara a uno el día próximo. A veces, el ritmo de esas actividades es normal: por ejemplo, a las 10, conversatorio con cuadros de la Federación de Mujeres Cubanas; a las 12.30 vuelta al hotel para almorzar a las 15.30, entrevista con el ANAP (Asociación Nacional de Agricultores Pequeños) ; a las 18.30, encuentro con la conducción nacional de los Comités de Defensa de la Revolución. A las 20.30 regreso al Deauville, para la cena.

Pero esa planificación sensata puede llegar, por presión del tiempo, o porque uno está justo en Cuba en la semana festiva de principios de año, a tomar contornos de maratón. Y entonces ocurre que el ICAP ha programado para un solo día 4 entrevistas por la mañana; una hora de almuerzo en el hotel, y ya a las 14 horas está la wagua (el ómnibus) a las puertas del Deauville para emprender la carrera vespertina. Que puede contener, digamos, las siguientes postas: a las 15,. JUCEPLAN (Junta Central de Planificación); a las 16.30, MINED (Ministerio de Educación); a las 17.30, MINSAP (Ministerio de Salud Pública); a las 19, MINREX (Ministerio de Relaciones Exteriores). Después, el ICAP sabiamente deja tiempo para que uno, en su libreta, deslinda el nomenc1átor de siglas y ordene los conversatorios sin correr el peligro de atribuirle al dirigente de MINREX opiniones sobre la difteria o al compañero de JUCEPLAN, estadísticas del analfabetismo en el año 1960. Queda tiempo, también, para tomar un *mojito* (uno de los más geniales inventos cubanos que necesita, por desgracia, del ron cubano para su alquimia) Y luego, comer y afrontar lo que es la novena y última programación del día una noche en el Tropicana: el *cabaret* más grande del mundo.

(El compañero Luis, periodista argentino, esbozó la siguiente verosímil teoría, a la que una visible influencia de Borges no le quita nada de probabilidad. Nosotros, los argentinos, decía Luis, estábamos compitiendo en número y velocidad de entrevistas con otro grupo, compuesto de genetistas checoslovacos, para quienes el ICAP había programado, en otros lugares de Cuba, un plan de entrevistas de similar intensidad. Esa emulación contra un antagonista invisible –aunque hacia el final ya nadie creía que fuese inexistente– levantaba considerablemente nuestro humor. Por eso aceptábamos con resignación los pequeños billetes que el compañero Cruz, nuestro tutor, nos dejaba en el *lobby* del hotel, anunciando, por ejemplo, que al día siguiente, habría no menos de nueve conversatorios. “Ánimo, compañeros” –decía la misiva–. "Hay que hacer un pequeño esfuerzo, porque hay noticias de que los genetistas checos han hecho hoy, entre Santa Clara y Holguín, más de 16 conversatorios. Hubo que programar para mañana, unas 9 entrevistas del grupo periodístico argentino; si no, compañeros, la emulación está perdida."

Dejamos Cuba, compañero Cruz, sin saber quiénes, si los genetistas checos o nosotros, fueron los vencedores de esa emulación.

Cuando los cubanos hablan en el marco de un conversatorio arreglado por el ICAP, la cosa sucede sin muchas sorpresas: el colectivo –o sea el grupo visitante– se sienta alrededor de una gran mesa y escucha, primero, una exposición general sobre el tema. Luego, después de sorber entre uno y cinco mojitos y engullir unos bocadillos de *cocktail* llega el minuto de las preguntas. Las preguntas no sólo reciben respuestas; los cubanos insisten en que sobre ellas continúe la discusión. Por eso, nunca olvidaré esa mañana de diciembre, cuando nuestra delegación visitó la Escuela Secundaria Básica en el Campo (ESBEC) "José Gervasio Artigas". Evelio Saura se llama su director, un muchacho de 23 años, hijo de campesinos, a quien el mérito y el tesón habían llevado a dirigir una escuela de 510 alumnos a una edad que hasta en Cuba –donde hay maestros de 14 años– puede pasar por precoz. Visitamos tu escuela, compañero Evelio, y contestaste con infinita paciencia nuestras preguntas. Pero cuando nos congregamos de nuevo en tu despacho, el compañero del ICAP informó que la guagua ya estaba lista, que teníamos que partir de inmediato hacia la Habana, para atender otras entrevistas. Recuerdo el desaliento con que nos despediste, compañero Evelio. Y recuerdo también la velada melancolía de tu voz, cuando de pie junto a la guagua, sólo atinaste a decir "¡Lástima, compañeros argentinos, que no tengan tiempo para la discusión! ¿Cómo sabré yo si lo que estoy haciendo está bien o está mal?".

(Te prometo, compañero Evelio, que cuando tenga la dicha de volver a Cuba, pediré al ICAP o al MINED, o al mismísimo Fidel, que me deje discutir contigo todo lo que vimos en la maravillosa ESBEC "José Gervasio Artigas". Me quedaré contigo todas las horas necesarias, sin ninguna guagua delante de las puertas que fije límite a nuestra discusión. Porque creo, como tú, que sólo discutiendo con otros hombres podemos llegar a saber dónde está el acierto y dónde el error. Sólo discutiendo, entre compañeros, hay garantías de que se profundice la ruta de una revolución.)

Pero hay que apresurarse, porque la gente lo pregunta, a dejar sentado que no sólo el ICAP o cualquier otro ente estatal orquesta el juego de preguntas y respuestas entre los cubanos y sus visitantes. Para descifrar este fenómeno portentoso que se llama Cuba puede recurrirse, si se quiere, a las toneladas de papel impreso que a uno le van poniendo en la valija desde el mismo día de la llegada. O se puede transcribir, textualmente, las extensas disquisiciones de los dirigentes; o se puede –y no creo que sea el buen camino– estudiar los editoriales de *Granma*, o los prefacios de *Verde Olivo*, o los escritos doctrinados aparecidos en la última *Bohemia*. Yo quiero contar hoy, porque ya forman parte de mi experiencia, dos diálogos que transcurrieron, sin mesa larga, sin compañeros camareros que servían mojitos Y bocadillos, sin el ritual de la exposición preliminar y de las preguntas finales. En ninguno de ellos había una guagua impaciente que urgiese a seguir viaje hacia la próxima entrevista.

## Diálogo I

Noche de Año Nuevo. El ICAP ha tomado nota de que pasaremos la fiesta lejos de nuestras familias. ¿Qué hacer? El 23 de diciembre la cosa está cocinada: tendremos nuestra fiesta en un CDR, en Santiago de las Vegas, a 17 kilómetros de La Habana. A las 10 de la noche, ya está la guagua, con 10 argentinos adentro viajando hacia allí. El CDR de Santiago de las Vegas se ha engalanado para nosotros. La cuadra reluce con inscripciones, carteles y banderitas argentinas.

"Bienvenidos, bienvenidos" –nos abraza la compañera Flora mientras alguien empuja a los niños del CDR hacia el cordón de la vereda. (Después, a medida que pase la noche, sabremos que la compañera Flora tiene fama de mujer dura y alegre: de otro modo, no se puede llegar a los 72 años con esa robustez y esa energía, después de haber perdido dos hijos en los combates de Las Villas, pocos días antes del triunfo de la revolución.)

Y nos estamos sentando en la mesa que se ha tendido, para nosotros, en Ja calle. Hay, por supuesto, mojitos pero también jaibols, que no son otra cosa que el highball norteamericano, o sea, cualquier gaseosa mezclada con cualquier alcohol. Y entre los bocadillos de camarones y los budincitos de puerco, se apoyan unos pequeños sobres que tenemos que abrir. Los niños del CDR han escrito esas cartas, para que cada uno de nosotros las lleve a un niño argentino. La que encontré junto a mi plato, escrita con pulcra caligrafía infantil, terminaba rogando para que "algún día, compañerito, se unan para siempre los ideales de Martí con los del general San Martín".

Nos anuncian que a eso de las 2 de la mañana vendrá un *conbo* para que podamos bailar."Entretanto –anima Flora– pues no se queden ahí sentados, bailen con el radio, que cualquier música es buena para mover los pies." Los argentinos son tímidos: la idea de estar haciendo un papelón –¿por qué? ¿ante quién?– nos hace quedar pegados a nuestros asientos. Hasta que la compañera Flora, 72 años, muchas desgracias en su vida, arrastra a uno de nosotros al centro de la calle y, con afinación perfecta, grita a voz en cuello las estrofas iniciales de *El día que me quieras*. Y así, querámoslo o no, tenemos que bailar. Porque Flora, mientras baila, no se olvida de vociferar "Oye, que siempre soñé con ir a la Boca, que es la patria del tango... ¿No es así, compañero?". (Le aclaramos, delicadamente, que no es así.) "Pues bueno, no importa... pero los argentinos son admirables: está, claro, nuestro inolvidable comandante Ernesto Che Guevara... Y el cómico Pepe Biondi, que tanto, tanto, me ha hecho reír... Y Libertad Lamarque... Y Carlos Gardel... · ¿Y sabes tú cuál es la tristeza grande de los cubanos? Pues que cuando murió en ese accidente aéreo, Gardel estaba viajando para Cuba por primera vez. ¡Ya lo íbamos a recibir aquí como se lo hubiese merecido! ¡Pero ocurrió esa fatalidad, y Ja pobre Cuba se quedó sin haberlo conocido al morocho de la Boca, don Carlos Gardel!"

## Diálogo II

Dos semanas más tarde la guagua me conduce solo, sin mis compañeros, a la Calzada."A las 7 –me había dicho Cruz– te espera Alicia Alonso."Y mis compañeros, con aire vagamente sobrador, me habían preguntado si yo creía que en la Cuba de hoy era realmente tan importante entrevistar a una estrella del ballet. Durante el viaje yo reflexionaba sobre esas prevenciones ; ¿pero se puede entender Cuba sólo a través de sus organizaciones políticas?

Porque antes del 59, para el mundo, Cuba era el azúcar, y el castillo del magnate Dupont de Nemours, en Varadero, y Nicolás Guillén, y el suntuoso prostíbulo de lujo que los norteamericanos habían construido a lo largo del Malecón. Y era, también, Alicia Alonso.

En París pertenecía al círculo más estrecho de Colette, de Jean Cocteau, del marqués de Cuevas. Pablo Picasso ejerció sus carbonillas tratando de apresar, sobre el canson blanco, ese perfil que él llamó *naturaleza muerta con nariz*. André Gide, ya octogenario, arrastró su osamenta cansada hasta el *Théâtre des Champs Elysées* porque no quería morir, así lo dijo, sin ver por última vez la *Coppelia* de la Alonso. Y en la Cuba de hoy, la empresa estatal de heladerías se llama Coppelia."¿Y sabes tú por qué?"–se le puede preguntar a cualquier niño de La Habana, que está pasando su lengua por un mantecado triple, teniendo la seguridad de que contestará: "Porque la muñeca Coppelia es la compañera Alicia Alonso, primera bailarina de la revolución".

Alicia Alonso está sentada en su despacho de la Dirección del Ballet Nacional de Cuba. Desde hace 25 años corren las versiones más pesimistas sobre el estado de su vista. En Buenos Aires, en 1959, el Colón debió habilitar un sistema especial de reflectores para que la luz guiara a esos ojos, ya entonces imposibilitados de distinguir volúmenes y formas. Ahora, Alicia me mira fijo, mientras hablo; pero es doloroso comprobar que lo que guía la dirección de su mirada no es mi rostro, sino mi voz.

Fernando Alonso se ubica cerca de ella. Partenaire y marido desde 1942, se ha entablado entre ellos, con el tiempo, una especie de comunicación secreta y fulminante:"Está el fotógrafo, Alicia"–musita por lo bajo Fernando, y ella interroga, levantando la frente, si hace falta algún maquillaje o si está bien así, lista para las fotos.

Alicia Alonso. La Plisetskaia dijo de ella: "el cuerpo humano, en libertad". Alejo Carpentier, parafraseando a Paul Valéry: "De Alicia ¿qué decir de Alicia? Es como un templo griego, donde tan importante es el espacio dejado entre dos columnas como las columnas mismas". Y José Lezama Lima, en habitual desborde gongorino: "Pues ya Alicia Alonso debe saber, reabriendo la antigua flor de la sabiduría como imagen y espejo, qué delicioso punto rosa constituye ella en el debate metafísico o qué silogismo cristalizado, para usar la metáfora hegeliana, desenvuelve como gráciles asociaciones de conceptos e imágenes de ríos en el tiempo".

Alicia es más simple que las metáforas que intentan describirla. Me acaban de decir –mientras salió un instante a maquillarse para las fotos– que el oculista Barraquer la operó en Barcelona, por tercera vez, hace sólo 3 meses. Gran alegría, porque al volver a La Habana, Alicia, por primera vez en años, reconoció a sus amigos. Pero el júbilo fue corto: ahora está como antes, tratando de guiar sus ojos por los sonidos de una voz.



"Dígame usted, Alicia... En 1959, cuando triunfó la revolución, usted era una de las figuras máximas del arte internacional."

Alicia queda expectante. No dice que sí ni que no.

"Voy a esto, Alicia. Usted pudo haberse ido, haber aceptado contratos en Nueva York, en Londres, en París. Todas las puertas estaban abiertas."

"Sí –dice Alicia–. Digámoslo así: las puertas estaban abiertas."

"Y entonces, sabiendo que el camino de Cuba no iba a ser fácil, que habría dificultades, carencias, privaciones... ¿por qué se quedó usted? ¿Por qué renunció a los lujos a que estaba acostumbrada?"

Alicia consulta con Fernando ; extiende la mano sobre el escritorio, buscando unos lentes. Se los calza. Debe ser un gesto mecánico, porque –me aseguran– con o sin lentes, las tinieblas persisten.

"Y bueno... Para mí no es difícil responder a la pregunta... Porque es cierto, yo era una niña mimada de todo el mundo capitalista. En París me ovacionaban y en Londres me pagaban los cachets más enloquecidos. Y en Nueva York, el *Ballet Theatre* agotaba su taquilla una semana antes de nuestra presentación. Pero, sabe usted... Cuando vino la revolución, yo no sabía nada de política, no sabía ni siquiera quién era Marx. Tenía una vaga idea de que era un espíritu perverso, una especie de genio del Mal... Pero ya entonces, fíjese bien, ya entonces, dentro de mi ignorancia, yo me hacía la más simple de las preguntas: *¿Por qué, habiendo tanta comida en el mundo, hay chicos que pasan hambre? ¿Por qué algunos tienen de más y otros de menos?* Hasta que, en 1959, por primera vez con Fidel..."

Larga pausa. Uno no se atreve a interrumpir esa ensoñación que anima, por un segundo, sus ojos inermes.

"Y usted me dice que yo antes era rica, que tenía todo, que si me costó trabajo renunciar. Pero ¿cómo me iba a costar trabajo? Si yo vivía, hasta entonces, de superfluidades. Otro vestido más, de Chanel, para regalárselo a una amiga después de habérmelo puesto una vez... Comprar mucha comida, para después botarla... Recibir orquídeas todos los días, para tirarlas al canasto."

Otra vez el silencio, la breve ensoñación.

"Porque antes, yo estaba llena de lujos exteriores. Y ahora, trabajando para el pueblo, estoy llena de lujos interiores. ¿Y se imagina usted qué feliz la hace a una vivir toda llena de lujo interior?"

Raab, Enrique en *Hacia la Revolución. Viajeros argentinos de izquierda*.  
Selección y prólogo de Sylvia Saítta,  
Buenos Aires, FCE de Argentina, 2007

## *La otra orilla*

La escuela primaria en la que estudiaban mis hijas en La Habana se llamaba Eliseo Reyes, en honor de un guerrillero cubano que había muerto mientras luchaba junto con el Che Guevara en Bolivia. Sobre la puerta de entrada del colegio había un cartel que rezaba: «Muerte a los traidores». Todas las mañanas, al llegar a la escuela, los profesores reunían a los niños en el patio delantero, donde pronunciaban el juramento obligatorio: «Pioneros por el comunismo, seremos como el Che».

La situación contenía una paradoja ineludible. Mis hijas, Bella y Rosie, no eran comunistas, y además eran medio norteamericanas, pues yo era estadounidense, y las había llevado junto con su madre, Erica, de origen británico, y su hermano menor, Máximo, a vivir a La Habana con el fin de ampliar mi investigación para una biografía del Che.

Estábamos a principios de la década de los noventa y Cuba se hallaba al borde de un derrumbamiento que parecía inexorable. Hacía poco que la Unión Soviética se había desintegrado y, con ella, se habían desvanecido los generosos subsidios que habían mantenido viva la revolución de Fidel Castro durante las tres décadas anteriores. Fidel había creado otro nombre para la crisis de Cuba: Periodo Especial en Tiempos de Paz. Era una época de austeridad y penuria extraordinarias. Acostumbrados a unos niveles de bienestar material bastante considerables, los cubanos se enfrentaron de pronto con la escasez de prácticamente todo, desde los alimentos hasta las medicinas. No había suficiente combustible para generar electricidad, de modo que eran frecuentes los apagones, extendidos por toda la isla, que en ocasiones duraban doce horas al día o incluso más. Los bueyes habían sustituido a los tractores en el campo y las bicicletas chinas habían reemplazado a los coches en las ciudades. Las colas para montarse en los escasos autobuses urbanos disponibles se prolongaban durante horas. La gente optaba por caminar y hacer autoestop siempre que podía. Muchos no tenían ni qué comer.

Nosotros, por el contrario, éramos extranjeros con una moneda fuerte y acceso privilegiado al abanico de codiciados artículos que se ofrecían en el Diplomercado de estilo soviético, una especie de colmado con una irrisoria selección de productos alimentarios de importación a precios exorbitantes que, a pesar de todo, quedaban fuera del alcance de la mayoría de los cubanos. Junto al Diplomercado estaba el complejo diplomático vallado de la antigua Unión Soviética, con varios bloques de pisos para los diplomáticos y sus familias. En el centro del complejo se hallaba la propia embajada, un extraño edificio sin ventanas que se alzaba por lo menos quince plantas coronadas por una especie de caja rodeada de ventanas polarizadas. Se parecía a una torre de control aéreo, o a un robot al que hubieran amputado los brazos, y era el edificio más alto de La Habana. En realidad, los rusos eran casi invisibles; su legado más evidente, después de tantos años siendo la madre patria del socialismo mundial, eran los oxidados automóviles Lada y Moskvitch que avanzaban a trompicones por las calles, se estropeaban cada dos por tres y soltaban un humo negro por los exhaustos tubos de escape.

A pesar de que la mayoría de los cubanos se adherían a las esperadas muestras públicas de estoicismo y fidelidad revolucionaria (como la que tenía lugar todas las mañanas en el patio del colegio Eliseo Reyes), muchos de ellos se veían a la vez inmersos en una gesta personal para asegurarse el sustento con el que alimentarse a sí mismos y a sus familias, aunque eso implicase robar o trapichear. En gran medida eran dos propósitos excluyentes, que suponían un dramático dilema para los habitantes de toda la isla y los obligaban a vivir una existencia esquizofrénica que se dio en llamar «el doble cara».

Una vez que nos concedieron el permiso para vivir en Cuba, el organismo gubernamental pertinente encargado del trato con los diplomáticos y «técnicos extranjeros» nos asignó una casa de alquiler en un barrio residencial junto a la playa en la parte oeste de La Habana, conocido como El Náutico. La casa, construida en la década de 1950, tenía dos plantas y tres habitaciones, y estaba adosada a otras similares. Juntas formaban un bloque no muy extenso que terminaba en la playa. Las tres casas que quedaban entre la nuestra y el pequeño camino costero privado de El Náutico, que seguía la rocosa ribera, estaban ocupadas por familias cubanas. Se encontraban casi en ruinas. Gran parte de nuestros vecinos provenían de otras zonas de Cuba y habían recibido esas viviendas por parte del Gobierno después de que sus dueños originales hubieran huido al exilio años antes y las hubiesen dejado libres. Sin embargo, pocos contaban con medios suficientes para mantener en condiciones las casas, que se caían a pedazos. Los edificios de El Náutico estaban hechos de hormigón y, debido a su proximidad al mar, el salitre se había comido las fachadas de algunas de ellas, hasta dejar a la vista las vigas de hierro medio corroídas.

La casa que nos habían asignado también se caía a pedazos. Llevaba un par de años desocupada, desde que sus últimos inquilinos (búlgaros, al parecer) se habían marchado de Cuba con el fin de la Guerra Fría. El Gobierno cubano prometió que reformaría y pintaría la casa para que pudiésemos instalarnos en ella. Mientras tanto, vivíamos a unos kilómetros de allí, dentro del barrio residencial de Miramar, en un edificio de apartamentos con vistas a otro pedazo de la rocosa costa (la formación conocida como «diente de perro») que rodea buena parte de La Habana. La playa que quedaba delante de nuestro apartamento era un lugar de encuentro ideal para los amantes, que hacían sus asuntos en alguno de los bancos de cemento del paseo, y para los ocasionales iniciados en la santería, con sus túnicas blancas, que llegaban al amanecer para lanzar flores y otras ofrendas al mar en su rito de purificación.

La brigada de empleados estatales encargados de volver a dejar como nueva nuestra casa de El Náutico constaba de tres hombres de edad avanzada que trabajaban muy, pero que muy despacio. No tardé en enterarme de que uno de los motivos de su lentitud era el hambre. Viajaban todos los días hasta El Náutico desde sus hogares, en una de las periferias más alejadas de La Habana. A causa de la escasez de combustible y de los pocos autobuses urbanos, el trayecto, que debería haberles llevado treinta minutos como mucho, acababa durando nada menos que tres horas. Una vez que llegaban a El Náutico, lo primero que hacían era ir al comedor popular, reservado para los funcionarios del Estado, que en teoría debía proporcionarles alimento, para ver si había algo para comer ese día. Si no había nada, se daban la vuelta y regresaban a casa. Eso ocurría una media de dos veces por semana. Y cuando sí había comida, solía ser poco más que chícharos (guisantes aplastados) o en ocasiones arroz con frijoles, nunca carne, algo que, desde luego, no era apropiado para el trabajo físico.

Cuando descubrí los motivos de los lentos avances en las obras de nuestra casa, empecé a ir al Diplomercado todas las mañanas entre semana para comprar víveres y llevárselos a los trabajadores antes de que dieran por perdido el día. Por norma general les compraba bocadillos de carne de cerdo y latas de una bebida de malta que les encanta a los cubanos (en especial a los hombres) porque creen que potencia el vigor sexual. Los operarios, muy agradecidos, comenzaron a trabajar con más constancia que antes. A menudo me quedaba un rato por allí a charlar con ellos. Uno de los tres, Mederos, me deleitaba con las historias de su época de soldado en Angola, hacía por lo menos un decenio. La expedición militar de Cuba a Angola era uno de los momentos de mayor orgullo para el país. En ella, Fidel Castro mandó miles de soldados cubanos para ayudar en la batalla al régimen marxista angoleño, que había ascendido al poder tras la caída del Gobierno colonial portugués, pero que había sido tomado por los ejércitos guerrilleros armados y financiados por la CIA estadounidense y por el régimen del apartheid blanco de Sudáfrica. Los cubanos habían ayudado a los angoleños a conservar el poder al ganar una batalla crucial contra los sudafricanos, que había debilitado al régimen del apartheid y había permitido el inicio de las negociaciones que llevaron a la excarcelación de Nelson Mandela y al regreso del país a la democracia y al gobierno de la mayoría negra. Pensaran lo que pensasen acerca de su propio Gobierno y de algunos de sus errores, la mayoría de los cubanos estaban muy orgullosos de los logros obtenidos en la aventura de Angola en nombre de la solidaridad revolucionaria.

Mederos era un fidelista inquebrantable y, a pesar de las penurias de su propia vida, analizaba sus actos siempre en el contexto de su compromiso revolucionario. Su ocupación en ese momento —pintar la casa de un yanqui desconocido que escribía sobre el Che, algo que le había mandado hacer el Partido— no era algo que cuestionase. Yo admiraba a Mederos por su sentido de la obligación y por su incesante gesta diaria, yendo y viniendo de mi casa. Por eso, aunque era consciente de que proporcionarles a diario comida a él y a sus camaradas era un arma de doble filo, me divertía la buena relación que habíamos entablado. Mientras que muchos cubanos se mostraban recelosos con los extranjeros y limitaban las conversaciones a un mero intercambio breve de información, la locuacidad patriótica de Mederos era una refrescante fuente de charla desenfadada, además de ofrecerme una ventana al mundo que habitaban los cubanos.

Por fin, terminaron las obras. Pintar la casa con el método de la vieja escuela, como había hecho el grupo de Mederos (dando un lento brochazo tras otro), había requerido nada menos que siete meses. Mientras tanto, siendo como eran las cosas en Cuba, también habíamos acabado dando empleo a muchas más personas que nos ayudaban a gestionar la vida diaria. Entre ellas había dos mujeres de cincuenta y tantos años, Marta y Carmen, nuestras vecinas del bloque de apartamentos en el que habíamos vivido durante la reforma, a quienes había contratado para transcribir y pasar a máquina las entrevistas grabadas que yo iba haciendo. Carmen era poeta, mientras que Marta era una agente de contraespionaje jubilada que una vez se había infiltrado en la CIA, pero que se había visto obligada a regresar a Cuba después de que volaran su escondite. Además, Lisette, una mujer de unos treinta años, nos ayudaba a cuidar de Maximo, que tenía apenas unos meses cuando nos mudamos a Cuba. Lisette solo había viajado al extranjero una vez en su vida, a Ucrania, como recompensa por haber rendido más que sus compañeros en una fábrica cubana en la que había trabajado.

Una vez en El Náutico, la flota de nuestros empleados domésticos se amplió aún más. Contratamos a un jardinero que se encargaba del diminuto jardín, donde plantamos plátanos e hibiscos; a un manitas que arreglaba cualquier cosa que se estropease en la casa, algo que ocurría muy a menudo; a un mecánico llamado Gilberto, a quien llamábamos «el hombre de los brazos fuertes» porque era muy musculoso, y al que teníamos fijo porque el Lada de segunda mano que le había comprado al segundo secretario de la embajada de la India cuando se marchó era un vehículo inservible que no paraba de estropearse. También contratamos a una empleada del hogar, Sofía, que había sido la niñera de los hijos del Che Guevara y que pasó a ser la nuestra, así como a otra mujer, Aleidita, una secretaria del Gobierno jubilada que echaba una mano a Sofía con el cuidado de los niños. Y todavía había más. (Un día calculé que, en total, por lo menos había cuarenta y dos cubanos, incluidos los ayudantes de nuestros empleados y los trabajadores externos, que dependían de nuestra holgura económica.)

Pese a todo el personal de apoyo que teníamos, en Cuba había cosas que nunca eran del todo normales. Nuestra casa de El Náutico quedó como nueva, sí: habían pintado las paredes por dentro y por fuera y habían pulido los suelos de terrazo, pero en cuanto nos instalamos descubrimos que no había agua corriente. La Habana sufría graves restricciones de agua, y era cierto que la mayor parte de nuestros vecinos solo recibían agua una o dos horas al día, pero nuestra casa no contaba ni siquiera con eso. Era una casa seca. Eso nos planteó un dilema. Jamás se me había pasado por la cabeza que pudiéramos tener una casa sin agua corriente.

Les pregunté a nuestros vecinos, Rodolfo y Annie, que acababan de mudarse, por el tema del agua, y me enteré de que ellos tampoco tenían. Se las apañaban pidiéndosela prestada a otros vecinos más afortunados. Una o dos veces por semana, Rodolfo y Annie entraban en casa de esos vecinos en cuestión cargados con cubos y llenaban un viejo barril de petróleo que se habían agenciado; lo justo para poder cubrir las necesidades básicas, como cocinar, limpiar y asearse. Dado que yo tenía acceso a los dólares, sugirió Rodolfo, ¿por qué no pagaba para que una pipa (un camión cisterna del Estado) nos proporcionara el agua? No tardé en apalabrar el servicio y, al poco tiempo, a cambio de un único billete de dólares estadounidenses, pero de los grandes, recibíamos las visitas semanales de Néstor, un hombre muy afable que aparecía religiosamente delante de nuestra casa todos los viernes y desenroscaba la manguera de su camión, en cuya cisterna se veía el logotipo y el nombre de quien lo contrataba, la Comisión de Energía Atómica Cubana. Néstor extendía una larga manguera negra que iba goteando desde el camión por toda nuestra casa hasta la cocina, donde había un depósito en el suelo, y lo llenaba de agua. Durante ese ruidoso proceso, nuestros hijos saltaban sin cesar, encantados, y cantaban «¡la pipa, la pipa!» una y otra vez.

Como gesto de amistad, le pedía a Néstor que rellenara también la cisterna de Rodolfo y Annie. Ellos se desvivían por devolvernos el favor y nos chivaban, mediante susurros a través del muro compartido del jardín trasero, cuándo podíamos comprar pescado o cerdo del mercado negro en el barrio. En esa época, los cubanos solo podían obtener de forma legal los alimentos mediante el sistema de racionamiento del Estado. Cada cabeza de familia tenía una cartilla de racionamiento que les permitía acceder a cierta cantidad de productos básicos por semana (no solo alimentos, sino también aceite para cocinar, jabón, detergente y demás). En los días felices en que los rusos lo financiaban todo, eso implicaba que había comida a espuestas, así que la mayor parte de los cubanos se habían acostumbrado a comer bien y con frecuencia. Sin embargo, en el Periodo Especial, el sistema de racionamiento sencillamente no proporcionaba comida suficiente. Los

cubanos que sabían pescar lo hacían de manera furtiva, se adentraban en el mar en neumáticos de camión con un remo y una caña, con la esperanza de pescar algo que luego pudieran vender en la bolsa negra, que es como llamaban allí al mercado negro, para así obtener dinero con el que comprar el resto de las cosas que necesitaran en la misma bolsa negra.

En El Náutico, la principal comerciante del mercado negro era una atractiva mujer rusa con el pelo teñido de violeta, que a menudo se apoyaba con pose sensual en el vano de la puerta de su casa. En realidad, la bolsa negra había empezado a funcionar durante la época en que Cuba era un Estado dependiente de Rusia, pues los rusos afincados en la isla se ganaban un dinero extra vendiendo productos de contrabando a los cubanos. Como resultado, la mayor parte de los cubanos que conocí miraban con recelo a los rusos y solían referirse a ellos como los bolos, porque acostumbraban a ir borrachos.

Los cubanos también despreciaban a los rusos por su intenso olor corporal, una desafortunada consecuencia de su costumbre de seguir la grasa dieta rusa a pesar del clima tropical cubano, que provocaba una gran sudoración. En cambio, los cubanos estaban obsesionados con la higiene corporal y, por muy pobres que fuesen, siempre se esforzaban por ir escrupulosamente limpios. (Hasta el punto de que la triste verdad era que muchas jóvenes cubanas se prostituían con extranjeros a cambio de unas cuantas pastillas de jabón o de un bote de champú.)

Casi todos los demás estadounidenses que vivían en La Habana eran fugitivos políticos de un tipo u otro. Entre ellos había unos cuantos antiguos Panteras Negras que, años atrás, habían secuestrado aviones para llegar a la isla y que se habían quedado bajo la protección del Gobierno de Cuba. Conocí a uno de esos hombres, William Lee Brent, que vivía cerca de nosotros, en Miramar. En tiempos había sido el guardaespaldas de Eldridge Cleaver, pero por entonces era maestro en una escuela primaria. Robert Vesco, el empresario estadounidense fugado, era otro de los residentes en La Habana. Su esposa y él, acompañados de sus dos hijos, que iban al colegio internacional de La Habana junto con los hijos de los diplomáticos expatriados, se hacían llamar allí la familia Adams, pero todo el mundo sabía quiénes eran. También había un par de antiguos agentes de la CIA renegados, Frank Terpil y Philip Agee, que habían ofrecido sus respectivos servicios a la Revolución cubana a cambio de asilo.

Y luego estaba Ron. Ron era un estadounidense delgado de cincuenta y tantos años, un típico radical de California de la década de los sesenta que se había establecido en Cuba porque la consideraba «el lugar ideal» para alguien como él. Había ido con la intención de trabajar en favor de la Revolución y vivir como un cubano, y eso era lo que llevaba haciendo desde su llegada, unos cuantos años antes. Había trabajado de cortador de caña en varias zafras (cosechas de azúcar de caña) a pesar de su edad, y cada cierto tiempo viajaba a Estados Unidos para dar charlas en las que alababa la Revolución. En señal de gratitud hacia Ron, el Gobierno cubano le había dado asilo en Cuba, le había adscrito al sistema de racionamiento para que pudiera tener comida, le había dado una bicicleta china, «Paloma voladora», para que se desplazara, y también lo había alojado en una casita en la que podía vivir por un alquiler casi simbólico. Ron se había esforzado al máximo para demostrar su coraje revolucionario. Un par de años antes, en un acto de protesta contra la invasión estadounidense de Irak en 1991 durante la Primera Guerra del Golfo, había llegado hasta el punto de quemar su pasaporte estadounidense delante de la Sección de Intereses de Estados Unidos para que lo grabaran las cámaras de la CNN.

Al cabo de un año más o menos, los encargados cubanos de Ron se habían reunido con él y le habían aconsejado sutilmente que regresase a la Sección de Intereses y suplicase que le expidieran otro pasaporte. Le recordaron que lo que más valía de él en Cuba era su capacidad de viajar y propagar las virtudes de la Revolución socialista. Le dijeron: «Ron, nos sirves de poco si no puedes salir de la isla». Con resignación, Ron había aceptado. Recordaba con remordimientos como, cuando se presentó en la Sección de Intereses, el funcionario estadounidense que lo había recibido se había mostrado distante pero educado. Al recibir por fin el nuevo pasaporte (aunque solo válido para un año, que conste), el funcionario le había pedido a Ron de forma lacónica: «Por favor, intente evitar quemarlo». Una vez con el pasaporte en la mano, Ron empezó a viajar de nuevo.

Para entonces, Fidel había adoptado nuevas medidas de emergencia para mejorar las condiciones económicas de Cuba, cada vez más precarias. Con el fin de combatir la influencia creciente de los traficantes del mercado negro y el surgimiento de una clase marginal contrarrevolucionaria, legalizó el dólar como moneda preferente de facto en la bolsa negra, instauró una política de promoción del turismo extranjero en la isla y autorizó algunas iniciativas empresariales privadas a pequeña escala, como los restaurantes familiares, llamados paladares, y los salones de belleza. Asimismo, permitió que ciertos organismos estatales cubanos montaran empresas conjuntas con socios capitalistas extranjeros y dio el visto bueno a la creación de una red nacional de tiendas en las que se vendía en dólares, para que los cubanos que recibían giros de Estados Unidos, o que trabajaban en el turismo y obtenían pequeñas cantidades mensuales en dólares a modo de estímulos, pudieran comprar productos importados en alguna de las tiendas nuevas. Bastaba con permitirles comprar unas pastillas de jabón, un bote de champú, un litro de aceite vegetal, tal vez, o pequeñas cosas similares. No era demasiado, pero era el primer capricho real que muchos cubanos podían permitirse desde el derrumbe soviético en 1991.

La calidad de vida de los cubanos mejoró y, conforme un número creciente de turistas empezaron a llegar a Cuba (en su mayoría latinoamericanos o europeos), Ron se encontró con que la vida en la isla le resultaba cada vez más frustrante. Se consideraba un «internacionalista revolucionario» que había ido allí para compartir la realidad socialista de los cubanos viviendo y trabajando con ellos. Pero cuando vio que los cubanos a los que pretendía ayudar se volcaban en la empresa privada como la clave para solucionar sus desgracias, se desencantó. Habíamos entablado amistad, y Ron había adquirido la costumbre de pasarse por nuestra casa en El Náutico en bicicleta para cenar o para tomar una copa de ron una o dos veces por semana. A menudo echaba pestes de las contradicciones cada vez más palmarias de la isla, y una vez llegó a nuestra casa hecho una furia porque ese mismo día se le habían acercado unas cubanas que pensaban que era turista y que habían intentado engatusarlo para que les diera dólares.

El jineterismo, el acoso que todos los extranjeros en La Habana tenían que sufrir por parte de algunos cubanos buscavidas, que o bien intentaban venderles puros o ron de contrabando, o bien querían ofrecerles chicas, era algo a lo que yo ya estaba acostumbrado, pero Ron no. Se lo tomó como una afrenta personal contra la imagen revolucionaria que tenía de sí mismo, y no tardó mucho en marcharse de Cuba e ir a vivir a una cooperativa agrícola socialista en la parte rural de Dinamarca, donde la existencia diaria le parecía más acorde con sus principios tan arraigados.

La marcha de Ron no fue más que una de muchas. En el verano de 1994, nada menos que treinta y cinco mil cubanos huyeron de la isla en balsas y barcas improvisadas. La crisis de los balseros, como se dio en conocer ese drama tan extendido, acaparó meses de tensiones crecientes en los barrios más pobres de La Habana. Se produjeron una serie de secuestros e intentos de secuestro de barcos por parte de cubanos que buscaban escapar a Estados Unidos a través del estrecho de La Florida. Además, el ánimo general se había ensombrecido de manera considerable tras un incidente en el que un barco remolcador de la Guardia Costera de Cuba había embestido un barco que intentaba adentrarse en el mar y había provocado su hundimiento y la muerte de docenas de personas. Al final, el 5 de agosto se produjo un levantamiento popular en el paseo marítimo de La Habana, el Malecón. En el maleconazo, como se denominó la revuelta, se congregaron miles de hombres y muchachos furiosos que arrojaban piedras y ladrillos mientras proferían insultos contra el Gobierno.

Era una situación sin precedentes y las autoridades temían que se descontrolara, así que Fidel lidió con el asunto con aplomo y se presentó en persona en el lugar de la revuelta. Avanzó entre la muchedumbre y pidió a los protestantes que parasen de una vez. Por increíble que parezca, hicieron lo que les pedía y, una vez que la calma hubo regresado a las calles de La Habana, Fidel salió en la televisión estatal y se dirigió a la nación para decir que, si alguien quería abandonar la isla, era libre de hacerlo.

Durante las tres semanas siguientes, miles de cubanos le tomaron la palabra a Fidel y zarparon de las costas de Cuba en balsas y barcos improvisados. Se marcharon familias enteras que, en algunos casos, acabaron ahogándose o siendo devoradas por los tiburones cuando sus precarias embarcaciones se partieron con las embestidas de las olas. La Guardia Costera de Estados Unidos y diversos yates y otros barcos privados rescataron a muchos de los refugiados, pero hubo centenares de muertos anónimos. Nuestro vecino, Rodolfo, estaba entre los que se marcharon.

Una tarde, estábamos en casa cuando se produjo una gran conmoción en la costa de El Náutico. Me apresuré a ir a ver qué ocurría. La mayor parte de nuestros vecinos ya estaban allí. Sofía llevaba a Maximo en brazos. Rosie y Bella, por su parte, se agarraron a mí con fuerza mientras observábamos el drama que acontecía ante nosotros. Un camión con dos familias de campesinos había llegado hasta la orilla y los hombres habían descargado una desvencijada balsa que habían construido. Mientras el cielo vespertino descendía sobre el mar y unos relámpagos distantes anunciaban una tormenta inminente, echaron la balsa al agua y, uno por uno, ayudaron a sus mujeres y niños a subir a bordo de la embarcación. Algunos de los vecinos empezaron a llorar y a suplicarles que no se fueran, que podían correr peligro. Los balseros no contestaron, no dijeron ni una palabra, y en silencio empezaron a remar para alejarse de la costa. En el último momento, una de las mujeres de la balsa con un niño pequeño, de unos cuatro años, lo arrojó hacia una mujer que había en la costa, quien extendió los brazos para cogerlo. El niño cayó al agua, pero un hombre lo rescató y lo entregó, temblando a causa del frío y la emoción, a la mujer que había en tierra. Después de más gritos y caos, la madre pidió que la devolvieran a la orilla, así que la balsa regresó y la dejó bajarse. Enseguida recuperó a su hijo entre sollozos. Luego la balsa, con el resto de los pasajeros, casi veinte personas, entre ellas muchos niños, se alejó de nuevo para adentrarse en el mar cada vez más oscuro.

La multitud congregada en la playa de El Náutico siguió mirando el mar en un silencio sobrecogido hasta que el cielo nocturno envolvió la balsa.



Unos días más tarde, miré por encima del hombro de Rosie mientras mi hija dibujaba con unos lápices de colores. En esa época debía de tener unos cuatro años, más o menos la misma edad que el niño que habían sacado de la embarcación. Normalmente Rosie dibujaba princesas y otros personajes de los cuentos de hadas, pero esta vez me fijé en que el dibujo consistía en un cuadrado con tres criaturas alargadas reunidas alrededor, una al lado de la otra. «¿Qué es eso?», le pregunté a Rosie con verdadera curiosidad. «Balseros», contestó como si tal cosa, y continuó dibujando.

Después de pasar tres años en Cuba, nos marchamos a España para empezar una nueva vida. La niñera de nuestros hijos, Aleidita, también emigró poco después de que nos fuésemos. Sofía, que era hija de una cortadora de caña cubana y una auténtica hija de la Revolución (una fidelista de tomo y lomo), también expresó su deseo de ir con nosotros a España. Empezamos a realizar el papeleo necesario, pero por desgracia Sofía murió de un repentino ataque al corazón al cabo de unos meses de nuestra salida de Cuba.

Nuestro antiguo vecino, Rodolfo, sobrevivió a la odisea en el mar y también empezó una nueva vida en Miami. Su esposa, Annie, que había decidido no unirse a él en su aventura marítima, se quedó en El Náutico con su hijo pequeño, Rodolfito, y no tardó en echarse novio, un hombre que acabó por vivir con ellos. Rodolfo le enviaba dinero a Annie con regularidad, pero, en su ausencia, su hijo empezó a llamar «papá» al nuevo hombre de la casa.

A lo largo de los años, he vuelto muchas veces a Cuba y he presenciado los dramas que genera su vida revolucionaria. Observé con atención, aunque desde lejos, el recibimiento de Fidel al papa Juan Pablo II; también observé cómo jugaba al béisbol con su nuevo mejor amigo, Hugo Chávez, y lanzaba una «batalla de ideas» para inculcar el fervor socialista a una nueva generación de jóvenes cubanos. Se mostró infatigable hasta que cayó gravemente enfermo. A pesar de que se recuperó de la enfermedad, a partir de entonces tuvo una salud bastante delicada. Después de que su hermano menor, Raúl, lo sustituyera, Fidel pasó la última década de su vida en segunda fila, a ratos quejoso y a ratos reflexionando acerca de cómo avanzaban las cosas, tal como quedó patente en una serie de cartas que había publicado en el periódico oficial del Partido Comunista, Granma, y en las intervenciones públicas que hacía muy de vez en cuando.

La camarilla de leales a Fidel fue disminuyendo con la muerte de algunos y la pérdida de favores de otros. También hubo quien perdió la fe en el sistema. Muchos permanecieron en silencio, pero algunos de ellos huyeron a Florida (igual que habían hecho ya dos generaciones de exiliados) y escribieron extensos libros sobre la situación en Cuba. Entre ellos estaba una de las propias hijas de Fidel y un antiguo guardaespaldas de confianza. Otros cubanos regresaron a la isla. El hijo de un amigo, que había huido en una tabla de windsurf durante la crisis de los balseros, regresó años más tarde transformado en un médico de clase media con su consulta privada en Estados Unidos. Un día fuimos a comer con sus padres, ya ancianos, a un restaurante privado recién abierto en el Malecón. En una mesa cercana teníamos a un famoso cantante de rap cubano con su grupito de amigos y chicas guapas. Todos iban ataviados con vistosa y colorida ropa de deporte y joyas de oro, comían langosta y bebían vino. Con el incipiente florecimiento de la empresa privada, después de que Raúl Castro la autorizara unos años antes, Cuba había empezado a cambiar.

El día en que la embajada de Estados Unidos fue reabierta después de un cierre que había durado más de quince años y el entonces secretario de Estado John Kerry fue a presenciar la izada de la bandera, los residentes cubanos de los bloques de pisos adyacentes vitorearon y aplaudieron.

Uno de ellos, un hombre de casi sesenta años, me contó con nostalgia que, de niños, sus amigos y él se zambullían en el agua desde el Malecón por dinero, a cambio de las monedas que les lanzaban los guardias marítimos de la embajada. Había transcurrido casi una vida, pero ahora los estadounidenses habían vuelto.

El restablecimiento de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba en 2014 y el histórico viaje de Barack Obama a La Habana dos años más tarde fueron hitos extraordinarios de una época que no ha terminado. Mi llegada a Cuba para estudiar al Che y la Revolución había sido en otro momento motivo de diversión y sorpresa para muchos cubanos. Veinte años después, el presidente de Estados Unidos en persona había ido a la plaza de la Revolución a presentar sus respetos, y por toda La Habana se veían banderas de Estados Unidos y de Cuba ondeando una junto a la otra. Por increíble que sonara, daba la impresión de que había llegado el fin de un largo distanciamiento.

Por supuesto, la historia de Cuba no tiene un final cerrado, pero con la muerte de Fidel a los noventa años en noviembre de 2016, apenas unos meses después de la visita de Obama, parecía que la Revolución que había sustentado durante medio siglo con una mezcla de obstinación, astucia y carisma a partes iguales hubiese muerto con él. En la Cuba posterior a Fidel, ya no se hablaba de la revolución sino de los acuerdos empresariales.

Después de varios años de dejadez tras nuestra partida, han repintado por fin la casa de El Náutico en la que vivíamos y vuelve a estar habitada, pero las casas que la rodean están tan destaraladas como siempre. En una visita que hicimos hace poco con mi hija Rosie, quien ahora es una joven de veintitantos años, la llevé a ver nuestro antiguo barrio. Pasamos por delante de nuestra casa y paseamos por la playa hasta el lugar desde el que habían huido los balseros cuando ella era pequeña. Rosie señaló el suelo. Estaba lleno de condones usados. El punto de partida de los cubanos desesperados por empezar una nueva vida en el exilio era ahora el punto de encuentro para una nueva generación de amantes cubanos.

Jon Lee Anderson (2017). "La otra orilla" en  
Guerriero, L. (ed.). *Cuba en la encrucijada. 12 perspectivas sobre  
la continuidad y el cambio en La Habana y en todo el país.*  
México: Penguin Random House

## LA QUIACA-YAVI-SANTA CATALINA

Yo sigo siempre hacia otra parte —mi trabajo es seguir hacia otra parte: yo miro y me voy. Ellos se quedan, yo soy el que se va. ¿Cómo contar lo que es de ellos?

—En Buenos Aires lo más peligroso son los porteños. Allá los porteños vuelan, te dan cuatro vueltas.

Aquí son raras las tormentas. A mi derecha, el sol espléndido sobre colinas bajas; a mi izquierda, unas nubes bien algodón de Rubens. Atrás, el sol en rayos filtrando entre otras nubes. Adelante, una borrasca estrepitosa, las nubes negras, la lluvia que se ve, relámpagos y truenos. Aquí sí el tiempo está loco: lo que debería ser sucesivo se vuelve simultáneo.

—No, La Quiaca es un pueblo de paso. Acá la gente no se queda: viene y enseguida se va. Si hasta por eso nos conocen: todo el mundo sabe que existe La Quiaca porque está la frontera, porque pasan.

Ahora estoy en La Quiaca: he llegado a un extremo.

Hace veinte minutos el pueblo estaba muerto. Pero siempre dijeron que los bosteros éramos todos bolivianos. Ahora en La Quiaca hay caravanas de coches y camiones que dan vueltas a golpes de bocina, gente en la calle con camisetas y banderas, un verdadero festejo porque Boca acaba de salir campeón tan lejos, en Bahía Blanca, junto al mar improbable. El efecto patria del fútbol no sólo funciona para reunirnos alrededor de la selección, para convencernos de que ser argentinos es gritar un mismo gol con personas que uno podría odiar o despreciar; también hace que, en lugares tan remotos, muchos celebren, ahora mismo, lo mismo. Esta tarde, en estos festejos en todo el territorio, somos un país en acto: no es poco —y es tan poco.

Estoy a mil ochocientos kilómetros de casa. Creo que en este libro no voy a estar más lejos.

—No, el padre Jesús no, hace tiempo ya que se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido?

—Sí, hace dos años que ya no está acá con nosotros.

Hace cinco o seis vine a La Quiaca a hacer un reportaje para televisión sobre aquel cura rojo que agitaba la frontera, Jesús Olmedo, el hermano del obispo de Humahuaca, que me dijo, entonces, que los que sabemos que Cristo se enfrentó al poder económico, político, al poder militar y religioso, tenemos claro que este sistema es inhumano, satánico, anticristiano, y por lo tanto lo queremos destruir.

—No, nosotros no somos de extrema izquierda, somos de extrema necesidad. Y la extrema necesidad es el hambre, la falta de trabajo, la injusticia, el dolor de los pobres: en este sentido somos extremistas. Cuando estoy en los cortes de ruta, en los conflictos, y nos defendemos mutuamente, yo me siento feliz porque creo que estoy haciendo lo que Cristo haría: yo siempre digo

que si Cristo volviese a la Tierra estaría con los piqueteros. Por eso trato de luchar por un mundo tal como Cristo lo imaginó en su Evangelio: un mundo nuevo donde no haya ni explotadores ni explotados, donde la justicia y la solidaridad imperen, donde la libertad no sea sólo una palabra, un mundo de hermanos y de hermanas sin distinción de razas, religiones, culturas.

Ahora, al llegar, lo segundo que hice fue salir a buscarlo: el padre Olmedo era un personaje extraordinario, un andaluz petiso, agitador incansable— pero me cuentan que no, que se cansó, que tuvo problemas de salud, que le subía la presión, que lo presionaban porque hacía cosas que no tenía que hacer un sacerdote, que se enojó porque la gente no le respondía. Las versiones son múltiples: lo único en que coinciden es que, desde que se fue, acá no pasa nada.

—No, esta iglesia en sus tiempos estaba llena de gente que venía a hacer cosas, a organizarse, a pedir. Ahora mire cómo está: mire qué silencio. Ya no hay manifestaciones ni crucifixiones ni líos en la frontera...

Y la Comisión de Desocupados que él había organizado sigue existiendo pero tiene mucha menos presencia que antes. Es duro cómo en ciertas formas de hacer política —en casi todas las formas actuales de hacer política— la presencia del líder es central, y todo se derrumba cuando el líder parte.

—Acá la que te enseña a vivir es la tierra. Es muy fácil: ves a los de afuera que llegan apurados, quieren ir corriendo a todas partes, y a los diez minutos están quietitos, con la lengua afuera, por la altura. Y así van aprendiendo que hay que hacer las cosas de a poco, despacito. Acá tenés que hacer lo que la tierra quiera.

La Quiaca es un pueblo un poco triste, casi sin centro, casi sin negocios, sin una identidad muy clara. Debe ser el efecto frontera. Del otro lado, Villazón burbujea.

—Lo que pasa es que acá si vos querés abrir un negocio te matan a papeles, y después te controlan, y los impuestos te revientan.

En la Argentina solía haber más estado —que en Bolivia o Paraguay, sin duda. Cuando ese estado ofrecía, a cambio de su presencia y su exigencia, salud educación vivienda bienestar, el trueque era opinable pero claro. Ahora el estado argentino ya no da nada de eso —pero sigue siendo más exigente que el de los vecinos, y por eso nuestros pueblos vegetan y sus primos fronterizos no paran de crecer a sus expensas. Era bueno tener estado cuando servía para algo. Que joda pero no dé no parece ser un gran negocio.

Villazón es una pujante localidad llena de puestos y puestitos, negocios, negocitos, mercados y esas cosas, que venden todo tipo de objetos más o menos contrabandeados —siempre que sean chinos. La calle principal —justo después de la frontera— tiene cuadras y cuadras de puestos y negocios de zapatillas falsas, dvds truchos, hojas de coca, ropa imitada, bebidas dudosas, electrónicos berretas: los sospechosos habituales. Yo, tonto de mí, busco un diario boliviano: ningún negocio parece dedicarse a ese ramo tan raro. Me dicen que pasando la plaza, siete cuadras más allá, hay una librería que los vende. Voy, me atiende una señora muy amable, me dice que hoy el periódico no ha llegado porque hay problemas con los aviones pero que tiene algunos atrasados que me puede ofrecer: el más nuevo es de hace cinco días. Le compro un dominical de hace semana y media: la señora no parece sorprendida; de hecho, lo vendía.

Acabo de recibir, después de tantos años, un golpe de Poisson, uno de los perfumes que más me hizo querer. Lo llevaba una kolla gorda, petisa, sonrisa vivaracha, trenzas largas. Notó que la miraba y se rió.

Debo estar viejo —digo, por la forma en que ciertas cosas me deprimen. Vuelvo al mercado callejero y me saltan a la vista las pirámides de zapatillas falsas: falsas nike falsas reebok falsas adidas diadoras pumas falsas con naranjas flúo verde flúo amarillo flúo dorados redorados plateados acerados suelas inteligentes cordones sin cordones y sobre todo esos pictogramas —tres tiras, una ene, el dibujo de un felino saltando— que cualquier analfabeto cholo chino checo chico grande lee.

Y me impresiona que tantos siglos de reflexiones y de inventos — descubrimiento en la caverna de que unas pieles envolviendo los pies permiten hacer tantas cosas que sin ellas nunca, sorpresa de mancharse con pigmentos vegetales y animales que dan colores a las cosas, disección de cadáveres a riesgo de la vida del científico porque los curas lo prohibían, hallazgo de que el petróleo puede volverse plástico, tantos esfuerzos, tantas ilusiones— desemboquen en esta pila de calzado.

La civilización es algo tan extraño.

Son las dos de la tarde. El mercado está quieto, como paralizado. No hay clientes y los dueños de los puestos dormitan o charlan en voz baja. Los ruidos de varias radios se confunden y la luz es verde, del color del plástico del techo. Un mundo que se aburre y espera. A la salida una mujer, sentada en un banquito bajo, vende unos cuantos corpiños que ha puesto sobre un plástico azul. Tiene una nena en brazos; a su vera, entre ella y el plástico, está acostado otro hijo, de ocho o nueve años. Yace de lado, las piernas encogidas porque no tiene más lugar, los ojos como si cerrados. Está inmóvil: a primera vista parece que durmiera pero no: mira, disimulando, por las hendidias de sus ojos, la quietud de la calle bajo el sol. Yo me acuerdo de esa edad en que uno odia las siestas —pero yo nunca tuve que hacerlas en el piso. Si sólo pudiera saber qué está pensando —y contarle de alguna manera— creo que ya habría hecho suficiente.

—¿Y vos qué querés ser cuando seas grande?

—Yo quiero ser un jugador de fútbol brasilero.

Debe ser cierto que el turismo ayuda. El turismo no llega hasta La Quiaca, y el mejor lugar que encuentro para comer es una fonda donde tengo que esperar media hora una tortilla de papas requemada y una ensalada mixta sin cebolla, mientras Tinelli berrea a todo volumen desde el televisor. Estoy seguro de que hay cenas peores, pero en este momento no se me ocurre cuál.

A la salida de La Quiaca paro a mirar una vez más el paisaje imponente y pasa caminando una chola joven, su sombrero con florcitas de papel, sus dos trenzas, su bulto a la espalda. Le pregunto dónde va y me dice allá arribita al campo. Le digo si vive ahí; no, por ahí no, ahí estoy conchabando. Conchabando de qué. De ovejera pues; cuido las ovejitas de un señor. ¿Son muchas? Y, bastantes son, como trescientas. ¿Un buen conchabo? Lindo es pues; sólo que las ovejitas siempre se están queriendo ir, adónde querrán ir pues, las ovejitas. Si acá no hay nada donde ir.

Sobre la puna el arco iris:

basta.

El arco iris está más adelante: voy a él. El arco iris es la quintaesencia del paisaje: cuando llegue desaparecerá, quedará sólo agua que me moleste y moje.

En Yavi llueve.

En Yavi ya ha llovido.

La lluvia en Yavi es como si lloviera.

Yavi pelechó. Hace unos años no había ni una hostería; ahora hay cuatro o cinco, pero están cerradas. El pueblo también lo parece. Son, me dicen, doscientos cuarenta y seis habitantes. Esta tarde sólo dos o tres están en la calle. Yavi ahora está incluido en algunos circuitos, en algunas guías. En enero y febrero vienen argentinos, en julio y agosto americanos y europeos, pero sigue siendo una mezcla de oasis y desierto, lleno de casas de adobe abandonadas.

Yavi —la plaza de Yavi—, entre la iglesia y la casa del marqués y los álamos de siglos y el viento que los mueve, es un espacio suspendido: un espacio perfecto.

Aquí sí hay árboles.

Aquí sí hay pájaros —y un búho.

Aquí hubo un marqués

y un tiempo mudo.

Aquí ha pasado tantas veces

pero tantas

nada.

Yavi es uno de esos lugares que te hacen hablar en voz muy baja. Ahora sale el sol, y las hojas que brillan.

Hasta la independencia, Yavi era la sede del marqués de Tojo, el mayor terrateniente de la Puna, el dueño de todas estas tierras. El primero fue un Juan Fernández Campero y Herrera, que casó en 1679 con la hija del dueño del lugar, una Juana Bernárdez de Ovando; ella tenía once años, él treinta y cuatro —y no lo metieron preso: lo hicieron marqués. De esos tiempos quedan una iglesia y una casa que ahora es un museo. En esa casa vi, hace casi veinte años, una primera edición de un libro que había estado prohibido en toda América: el *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*. Algún marqués se trajo la primera edición —Juan de la Cuesta, Madrid, 1605— y allí quedó, en su biblioteca, varios siglos. Aquel Quijote único yacía en una vitrina sin llave, no muy limpia, de la casa museo. Desde entonces, siempre jugué con la idea de organizar un buen golpe comando. Sabía que no lo haría, pero me gustaba imaginarlo. De hecho, alguna vez pasamos una sobremesa bebiendo con un par de escritores latinoamericanos muy famosos, planeándolo. Imaginábamos una gavilla muy calificada de novelistas varios que viniera, lo robara y lo exhibiera como una muestra del trato que nuestros gobiernos dan a la cultura —o algo así. Hicimos listas de participantes, imaginamos los detalles, supusimos sorpresas y victorias. Después, en 2001, leí que alguien se lo había robado.

Los cerros son alarde:

cuando la tierra

no soporta ser sólo un escenario.

En estas rutas de tierra hay una relación más real, más compleja con el camino. En el asfalto, la superficie por la que uno mueve el coche es una constante —y, como tal, es desdeñable. Hay que considerar los cambios de dirección, los demás coches, la marcha del propio. Aquí hay que atender también al suelo: buscar la huella, esquivar piedras y pozos, pensar la trayectoria. El suelo existe, es real, ya no una alfombra continua y uniforme.

Un valle, en cambio:

la tierra en su lugar

común: la madre tierra.

Sigo dándole vueltas: es curiosa esta idea kolla de vivir en armonía con la naturaleza. Es curioso que esa idea se le haya ocurrido a un pueblo que vive en una naturaleza que ofrece tan poquito. Esto de reverenciar a la Pachamama por lo que da y cuidarla para que siga dando cuando en realidad no te da casi nada. Quizás el secreto para que te quieran es no dar demasiado.

Un hombre lava ropas en el río. Yo le imagino historias: que su mujer lo dejó por uno del pueblo, que su mujer se ha muerto en alguno de los innumerables partos, que su mujer se fue porque él le pegaba demasiado cuando se machaba, que en estas soledades no es fácil conseguir una mujer, que era tan tímido que nunca pudo conquistar a una. Ya curioso, bajo hasta el río; no sé si me voy a atrever a preguntarle, porque imagino que es humillante para un hombre de la Puna estar lavando, pero voy a intentarlo. Cuando llego, el hombre me dice, con la voz más amanerada que he oído en muchos días:

—¿Cómo está, maestro, qué anda haciendo por acá?

Después me contará que siempre ha vivido con su madre pero que la pobrecita falleció y entonces él se quedó solo, solito. Por suerte siempre hay una historia que uno no imagina —los prejuicios persisten.

Todo esto es un avance hacia la extrañeza, la diferencia radical: estoy cada vez más lejos de lo que conozco y suelo pensar como Argentina.

Las pocas radios que se oyen en la Puna ofrecen dos opciones: cumbias villeras o sermones cristianos. Es muy difícil encontrar otra cosa —y eso es casi una síntesis.

Ahora supongo que eso es un país: un espacio que contiene muchas cosas que no solía pensar como parte de él.

A la entrada hay un cartel muy caserito que dice Bienvenido a Santa Catalina, Cofre de Virtudes y Tradiciones. Y abajo, en una hondonada, yace el Cofre. Son las diez de la mañana: los pueblos a esta hora no suelen estar así de quietos; en Santa Catalina tampoco se ve un alma. Santa Catalina es un pueblo en serio con su placita y su iglesia de trescientos años, donde están registrados setecientos habitantes pero no vive más de la mitad: muchas casas tienen su cadena y su candado. En la iglesia de Santa Catalina, tan bonita, con sus altares y retablos rojo y oro, su púlpito pintado, sus pequeñas tallas, hay, estos días, un pesebre importante. Tiene vacas ovejas chanchos cabras burros gallinas y varios animales más, comprados; en un costado, casi tímida, la llama está hecha a mano. No deben vender llamas para pesebres navideños.

No sé cuándo fue que los hombres empezaron a pensar que era normal tener en la boca muchos dientes. Quizás fuera en algún momento del siglo XIX o principios del XX —habría que averiguarlo. Lo cierto es que durante tantos siglos no fue el caso; y aquí, todavía.

Al costado de la iglesia está la calle principal, con el correo, el registro civil, la comisión municipal. Es una calle empedrada, casas viejas de adobe; algunas están habitadas. En la calle principal hay una plan jefas y jefes que barre, dos muchachos con una bicicleta que charlan de sus cosas, el ruido de una máquina de escribir —una máquina de escribir— que sale de la comisión municipal; adentro una chica me dice que está escribiendo una carta a telecom a ver si vienen a arreglarles el único teléfono, que lleva un mes sin funcionar. Diez metros más allá un hombre subido a una escalera está podando un árbol; dice que interfería con los cables de teléfono: que quizás sea por eso que dejó de andar. Al pie de la escalera, ramas del árbol caídas y una llama que las rumia sin mayor interés. De tanto en tanto pasa alguien y saluda.

—Buenos día señor, cómo le va.

Yo les contesto que muy bien, gracias y usted. Un poco más allá, la escuela: un edificio de veinte o treinta años. En la puerta hay una chapa que dice que se fundó en 1858. A la entrada hay una virgen y una frase de Juan XXIII: Me han buscado, estoy aquí, he puesto mi corazón junto al de ustedes. La escuela es pública; yo ya me estoy acostumbrando. Después de la escuela, la calle y el pueblo acaban en un río. El río es un lecho de piedras: está seco. En la puerta de la escuela dos chicas de doce hablan de chicos. Les pregunto si les gusta vivir acá y me dicen que sí pero que hace mucho frío en invierno y llueve en verano y además se aburren; otra las mira con asombro y les dice que cómo pueden aburrirse si tienen todas esas peñas para pasear, caminar, llevar las ovejitas. Las dos primeras le aplican pestañeo de desprecio:

—Ay, Gisela, vos sí que sos medio brutita.

A unos metros charlan cuatro chicos. Uno me dice que las calles están vacías porque la gente se va a trabajar al campo, temprano, y vuelve más de tarde.

—Igual no se crea que cuando vuelven se ve mucha gente. Estamos de vacío: hay muchos que se han ido, se retiran por eso de buscar algún conchabo afuera.

Otro me dice que ahora el mes que viene se va a Mendoza, a la cosecha de la uva. Que lo lleva su hermano mayor, que ya fue. Un maestro se acerca y me dice que ellos tienen que presentarse a mediados de febrero y empezar las clases en marzo pero que la mayoría de los alumnos no llega hasta abril, cuando se acaban las cosechas. Le pregunto al chico qué va a hacer con la plata, y el maestro, como suele pasar, me contesta por él:

—Bueno, se tiene que sustentar para seguir estudiando el resto del año.

—Pero seguro que algo te vas a comprar.

Le digo al chico y él asiente.

—¿Qué va a ser?

El chico se sonríe, no me dice.

Después el maestro me recomienda que vaya a un pueblo que se llama San Francisco, muy bonito.



—¿Y está lejos de acá?

—Está lejos, sí. Como veintitrés kilómetros.

Las distancias no son una variable de la geometría. Aquí veintitrés kilómetros pueden hacerse eternos.

Erre se puso ávido. Yo tomo té de coca, él toma nafta —mucho nafta. Y él, por momentos, como yo, se ahoga, no responde. No estamos hechos —ni él ni yo— para estas alturas desmedidas.

La abuela me para al costado del camino; no que me pida con la mano o el dedo: me para, con absoluta autoridad. La abuela es diminuta, llena de polleras, las trenzas todavía, la nariz afilada y ni un diente en la boca. La abuela tiene zapatillas nike falsas y un jogging bajo las polleras. Antes de entrar, la abuela pone sobre el asiento del Erre su piel de cordero y su mantita y me dice que ella es operada, que no puede sentarse de cualquier manera. Cuando estamos por arrancar se santigua tres veces:

—Señor, mi padre, que lleguemos salvitos a La Quiaca.

No es muy alentador. Le pregunto si va mucho a la iglesia:

—Claro señor, yo soy católico, pues.

Por un rato la abuela se queda en silencio vigilante, al borde del terror, controlando dirección, velocidad, destreza del conductor, maniobras varias: se agarra de la manija de la puerta, se hace cruces en los saltos y las piedras. Cuando se calma me pregunta si vengo de Santa Catalina: yo le digo que vengo.

—Ésos son ricos ahí pues, tienen mucho oro. Pero ahora son pobres, porque en el verano nomasito se saca el oro. En invierno, como no hay agua, no se puede.

La abuela me dice que salió anteayer de La Quiaca para venir a ver a su hermana y que pensaba seguir hasta Santa Catalina pero que se olvidó la llave. Yo no entiendo —y ella, paciente, me lo explica:

—Sí, quería ir a Santa Catalina a saludar a las almitas. A todos mis muertitos los tengo enterrados allá, en Santa Catalina: mi tata, mi mama, mis abuelitos, todos. Pero están en una capillita y no he traído la llave; voy a tener que volver otros días. Ellos esperan, igual, no se preocupe.

Yo le digo que no y ella me pregunta si soy de la ciudad y me dice que pobre, que en la ciudad la gente son como hormiguitas, cualquiera los aplasta. Pero después me dice que ella quiere irse a Buenos Aires porque allí van a poder curarla.

—¿Cuánto cuesta el pasaje de un avión para ir a Buenos Aires?

Le digo que no sé pero bastante caro. ¿Y en micro? Más barato, le digo, quizás unos cien pesos, y sonrío: ahí sí puedo.

—En Buenos Aires yo sé que sí hay especialistas; no como los de Jujuy, que no son muy especialistas. A mí cuando me operaron estuvieron a punto de matarme.

Dice, como quien muestra sus medallas, y me dice que Jujuy no le gusta pero que una vez estuvo en Salta y esa ciudad sí que me gusta a mí, señor:

—El agüita es muy buena ahí, muy rica, no como la de Jujuy.

Es un criterio de evaluación que yo nunca había usado. La abuela tiene la cara un pergamino. Las caras cuarteadas de los kollas son un preview de lo que vamos a ser todos si la capa de ozono se sigue deshaciendo. Aquí, por la altura, esa capa siempre fue más delgada, y el sol hizo más fácil sus estragos. La abuela podría ser la chica poster del Tratado de Kyoto —aunque, seguramente, debe ser muy cara. Después la abuela me habla de los corderos que tenía, porque ella se pasó la vida pastoreando ovejitas y tenía una tierrita y sus corderos, ahí donde la levanté, pero que le dejó todo a su hermana cuando se enfermó y se fue a La Quiaca y además ya los corderos no le gustan porque el médico le ha dicho que tienen colesterol por todos lados.

—Ya de verlos nomás te hacen mal, me ha dicho el médico. Él me dijo que me cambie la dieta.

La abuela saca un chicle bazooka y lo mastica a pura encía. Se cruzan unas ovejas, sus corderos. Yo estoy a punto de pisar uno, y la abuela se indigna:

—Esa ovejerita, se ve que es jovencita pues, que está pensando en otras cosas.

Y se ríe, pícara, sin dientes.

—Si no, ya tiene que saber que cuando viene un vehículo hay que retirar los animalitos del camino.

Le pregunto cuántas ovejas se necesitan para vivir y ella me dice que ciento cincuenta o si no treinta o cuarenta llamas.

—¿Y usted cuántas tenía?

—Yo ovejitas nomás tenía, cincuentita. Y con esito ya vivía.

—¿No me dijo que se necesitan ciento cincuenta para vivir?

—Eso para vivir pues.

La abuela se queda callada, como quien recuerda; después me dice que tiene miedo del tormento.

—¿De qué?

—Del tormento. Ayer escuché por la radio de Buenos Aires que ya llega.

—¿El tormento?

—Sí señor, pues: como un granizo muy grande, tamaño de una pelota, que arruina todo el campo. Pero acá por suerte nunca llega. Otras cositas hay, lluvia acá, granizo, pero el tormento no. Eso han de ser mentiritas de la capital, gracias a Dios.

Dice la abuela, se persigna.

Aquí las palabras están llenas de bisbiseos y de diminutivos, como si quisieran aligerar, achicar lo que dicen. Como quien teme decir con demasiada fuerza.

La abuela ya llegó, se baja. Me regodeo en el silencio.

Es curioso que el silencio haya dejado de ser una amenaza para ser un bien raro. Durante siglos —todos los siglos, hasta nuestros años—, producir sonidos fue difícil, y más si eran armónicos: la

música era un milagro que sucedía de tanto en tanto, cuando había alguien que tuviera la habilidad de conjurarlo. Ahora, en cambio, la música aparece todo el tiempo en todas partes: casas, bares, micros, calles —en todas partes hay una canción sonando. A la clásica dificultad de producir música sucedió la dificultad contemporánea de escaparse de ella —y no sé cuál prefiero.

Aquí, a veces, hay silencios que gritan.

Voy por el medio de la Puna y cruzo pueblos que también son diminutivos: Tambillo, Sausalito, Alfarcito, Rinconadilla —como si no creyeran que son lo que son, ni un tambo ni un sausal ni un alfar ni una rinconada. Susurros, más susurros.

“Aquí la tierra es dura y estéril; el cielo está más cerca que en ninguna otra parte y es azul y vacío. No llueve, pero cuando el cielo ruge su voz es aterradora, implacable, colérica. Sobre esta tierra, donde es penoso respirar, la gente depende de muchos dioses. Ya no hay aquí hombres extraordinarios y seguramente no los habrá jamás. Ahora uno se parece a otro como dos hojas de un mismo árbol y el paisaje es igual al hombre. Todo se confunde y va muriendo”, escribió Héctor Tizón en uno de sus grandes relatos de la Puna, *Fuego en Casabindo*. Parece pavo pero la primera vez que tuve la sensación de la existencia de una Argentina radicalmente otra —el Interior— fue leyendo aquellos relatos de Tizón, hace ya muchos años. Primero pensé que no eran de un autor argentino; después tuve que aceptar que *argentino* podía significar bastante más que lo que yo solía creer.

Estoy en la única plaza de toros que queda en la Argentina: un cuadrado de tierra de cuarenta metros de lado con una tribunita de siete escalones a uno de los costados y pircas de piedra de un metro de alto en los otros tres. En el medio del ruedo hay una capilla muy chiquita, dos algarrobos y un mástil; a un costado, la iglesia; detrás, un cerro pedregoso. Aquí cada 15 de agosto, hacia las cinco en punto de la tarde, toreros de ocasión citan a toros del azar con trapos rojos e intentan, en lugar de matarlos, sacarles una vincha con monedas que ofrecerán, si la consiguen, a una virgen.

Pero es diciembre, son las once de la mañana y hace calor y poco aire y en el pueblo vacío se oye una cumbia fuerte y voces que la cantan —la berrean. La rastreo hasta que los encuentro, dos calles más allá: están, me dicen, terminando de festejar una flechada. Aquí, cuando se termina una casa, se pone un huevo de suri —que otros llaman ñandú— encima del techo nuevo y los invitados tiran desde abajo con la mano unas flechitas. No ven el huevo, pero lo presienten. Cuando alguien le pega todos ven caer, desde la chapa del techo, la yema y la clara confundidas —y el ganador se lleva un par de damajuanas. Éstos las están atacando desde anoche, y no parecen dispuestos a dejar el asedio: son siete u ocho, sentados alrededor de una mesa bajo un algarrobo. El Suri es uno:

—A mí me dicen el Suri porque tengo unos huevos así de grandes. Yo soy un capo pues: sé jugar al fútbol, al basquet, soy un deportista completo. Ahora estoy jubilado...

Me dice el Suri, cincuenta y tantos años, borracho perdido, y que se va a poner a trabajar en turismo porque es un negocio redondo: que él tiene una casita allá abajo y que va a poner un kiosco, información, esas cosas para los turistas porque acá, para la toreada, vienen de todos lados:

—Hasta vinieron cuatro holandesas pues, con el pelo rubio y los ojos celestes.

—¿Y el resto del año?

—El resto del año no, poquito, pero igual es un negocio redondo. Nosotros somos únicos, señor, únicos en el mundo: somos los únicos que hacemos la toreada.

Tristes los pueblos que no son únicos en nada. Tristes los miles que no son únicos siquiera en no conseguir serlo.

Tristes —o felices.

—Para mí ser argentino es lo más grande que hay. ¿Usted ha visto que acá vienen extranjeros y se quieren quedar, cómo les gusta esto?

Entre montañas de colores, el camino va por el lecho seco, salino, de la laguna de Guayatayoc. Un poco más allá, el agua es verde, de un verde que no existe; un remolino hace girar arena, una ronda en el aire; al fondo, una vicuña desbocada corre y corre.

El hombre no me dice su nombre. No creo que le parezca un dato relevante. No creo que ningún dato le parezca relevante. El hombre quería saber la hora.

(En la Puna la hora es un albur:

sol detrás de esas nubes un color

del aire los olores

que van mudando del tórrido a la noche.)

Son las siete —podían ser

las siete o tantas otras.

Mi reloj

me dice que las siete.

El hombre

me dice gracias no es

tan tarde

ni tan temprano:

no es

la hora. Mi tata

se me ha muerto: el tiempo

ya no está para él.

A mí me quedan

doce horas

dice el hombre: doce

dice me quedan como quien dice el tiempo

se me ha muerto mi tata

se me ha muerto dentro de doce horas

lo ponen en la tierra y yo

no sé si llego yo  
camino.  
Esta mañana me han llamado  
dice  
para decirme que mi tata ha muerto y que mañana  
lo entierran allá arriba. Yo  
no sé si llego.  
Dice: no sé si llego  
dice  
me queda tanto camino por hacer  
y se va  
deshaciendo  
por el cerro.

Con ese modo de caminar que te convence de que el aire es denso, casi sólido, un obstáculo grave.

Adiós patrón, adiós.

Y sin embargo el aire de la Puna redefine el aire: todo lo que suele decirse del aire —etéreo, leve, transparente— se hace mentira porque aquí se hace cierto. Esto es aire; lo demás es un barro donde pelean tres gordas.

Es mediodía y las calles del pueblo están vacías. Hablemos de hospitalidad —o de control. Entro en Alfarcito, un pueblo bien escondido, al fondo de un cañadón, y voy a la iglesia de adobe encalado —la más chica que he visto en mi vida, con su nave de cuatro metros de ancho por diez de largo, cinco bancos para tres personas cada uno, tan austera, vacía. La iglesia es lo más parecido a esas iglesias de barro pintado, modelos a escala, que venden en algunos puestos para turistas: el diseño es el mismo, y el tamaño no es tanto mayor. A los treinta segundos de llegar, un hombre entra y me pregunta si necesito algo. Sus dientes son azares, como casualidades: cada cual saliendo en direcciones imprevistas.

—No, gracias, le agradezco.

—Bueno, lo acompaño.

En las paredes hay un par de láminas de santos, una cruz de madera. Cada quien cuida lo que tiene.

Estos pueblos, en general, no se ven desde el camino: están siempre escondidos entre cerros, como si temieran.

Y también me impresiona —con perdón— que acá la gente tenga tanto pelo: que todos tengan pelo en la cabeza. Es raro, en general, el pelo: unas tiras de tejido graso que nos crecen en sectores del cuerpo para recordarnos todo el tiempo que en algún momento fuimos monos. El pelo es

arcaico: un recuerdo de cuando no nos vestíamos y precisábamos algún material que nos cubriera y calentara. Ahora tenemos menos y, en general, muchos se lo afeitan; salvo en la cabeza. El pelo se atrincheró en la cabeza como último refugio. Para modernos estamos los pelados, más evolucionados, pensaba esta mañana, cuando me di cuenta de que en esta tierra no los hay.

Ahora, llegando a las Salinas, el mundo se volvió de arena —y el camino también. Erre y yo penamos para no quedarnos atascados; se complica. Aquí los caminos son de lo que es la tierra alrededor: hay partes muy pedregosas, piedras grandes cuando se cruza un cerro; hay piedra chiquita en muchos sitios; arena en estos cruces de tierras más desiertas todavía. En el río de las Burras corre un poco de agua y casi nos ahogamos. Salimos, nos sentimos heroicos.

La Salina es un mar  
que fuera sólo espuma.

La Salina Grande es como un holograma de la Puna: el lugar donde la Puna se concentra y se extrema. Si toda la Puna parece bastante desierta, la Salina sólo deja vivir a unos pocos en sus bordes. Si en la Puna esos pocos hombres trabajan muy duro para sacarle a la tierra lo poco que tiene, en la Salina trabajan en condiciones imposibles. Si la Puna es una gran reserva mineral, la Salina es puro mineral, sal pura. Si la Puna da esa sensación de aridez y de vacío, la Salina es el lugar más vacío, más árido del mundo. Si la Puna es un espacio extraño, sorprendente, la Salina es un espacio único. Si la Puna es luz, la Salina es explosión del blanco.

Siguen los problemas: la palabra enceguedor no está en el diccionario.

Pero esperan la lluvia:

—Acá sin agua no pasa nada. Es como todo: tiene que caer el agua y quedarse, dos, tres semanas se queda, y entonces ya ahí abajo florece la sal y se puede ir a sacarla.

Incluso aquí, en el lugar más seco, necesitan que la lluvia les madure los frutos. Algún día vamos a hablar muy seriamente de este asunto.

Enorme lago blanco bronco entre montañas.

El brillo de la sal entre montañas.

“La superficie es blanca refulgente, impecable, implacable. A veces la belleza es así: la perfección impenetrable. Entonces, la belleza es espanto. Aquí, en las Salinas Grandes, el mundo se hace blanco despiadado: plano enorme vacío, claro como una pesadilla, sereno como no se puede ser sereno, immaculado. Aquí el blanco tiene la majestad de lo inmutable. Y, sin embargo, algo pasó: la belleza perfecta es el relato de una catástrofe —de un cambio desmedido.

Bajo el blanco se mantienen sus restos: agua llena de sal. Aquí hubo, alguna vez, hace miles de años, un mar bullendo de peces y de plantas. Aquí hubo, entonces, aquella vez, un cataclismo que encerró el mar entre montañas que crecieron de pronto, con ríos de lava y fuego y estallidos. Aquí hubo, después, durante siglos, la agonía silenciosa de ese mar: cegado, vuelto isla, sus aguas fueron concentrando sus sales y matando la vida que tuvieran. Aquí hubo, en el final, ahora, una capa de belleza blanca que terminó la historia.

—Y sí, venimos cuando necesitamos. Total, la sal siempre está ahí.

El mar quedó encerrado bajo la capa blanca, invisible, callado, pero sigue ofreciendo: la salina es su espuma. Una docena de hombres la recoge. Las Salinas Grandes están en el medio de ninguna parte pero muy altas, más de 4200 metros sobre el nivel del mar, perdidas en la Puna. A la vera de las Salinas hay un pueblo, o algo así como un pueblo: Tres Cruces tiene cincuenta o sesenta habitantes, quince casas de adobe, los postes de la electricidad, una cabina de teléfono, ni agua ni cañerías”, escribí, hace unos años, para contar estos lugares.

“Los saleros son jujeños que nacieron en casitas dispersas de la Puna, entre piedras y cabras: ariscos, desconfiados.

—La sal está acá, para el que quiera sacarla. Pero acá no viene nadie nadie. ¿Quién va a venir acá?

El sol pega en el blanco tremebundo, y el calor es brutal: la belleza lastima, y el sol, y los reflejos. Los saleros son una caricatura de la modernidad de los ochentas: anteojos de sol y el acullico de coca en el costado de la cara. Aquí delante, el salar reverbera; al fondo, detrás de las montañas, están Bolivia y Chile y es lo mismo. Aquí el país cuenta muy poco.

—¿Por qué nos habrá tocado este lugar, señor? Esto es una desgracia. Acá no hay nada nada.

Todos queremos lo que no tenemos y despreciamos lo que sí, pero algunos exageran. Los saleros se quejan todo el tiempo de su belleza tan perfecta, el blanco sobre blanco sin Malevich”.

Ahora entro hasta el medio del mar blanco, donde los muchachos de la cooperativa de Tres Cruces están paleando sal y la meten adentro de un camión. La temperatura debe andar por los cincuenta, cincuenta y cinco grados, y el reflejo del sol contra la sal. Hay momentos en que mirarla duele: literalmente duele. Los muchachos se tapan: gorra, capucha, anteojos negros. Los muchachos no son muy parlanchines; uno me cuenta que para trabajar acá hay que tener una concesión y que la cooperativa tiene veinte parcelas de cien hectáreas cada una: inmensidad salada. Que cuando llueve, después que se retira el agua la sal queda ahí arriba, nomás hay que palearla. Y que todo el resto del año hay que excavar estas piletitas —una fila interminable de piletitas de dos metros por tres, medio de hondo— y sacar sal del fondo.

Si la palabra alucinante —que yo detesto y nunca usé— sirve para algo, debe ser para esto.

A la hora de la siesta los trabajadores tallan en sal llamitas, cardones, ceniceros y los venden al numeroso público presente: hoy soy yo, mañana quizás vengan dos más.

La diferencia es depender tan fuerte de lo incontrolable: un modo de vivir en el que dos horas de lluvia cambian todo, en un lugar donde el margen es tan estrecho, donde todo se hace tan escaso, donde no se juega ganar un poco más o menos sino comer o no comer durante el año.

Va a ser difícil de ahora en más ponerle sal a un bife sin acordarme de esas caras. Conocer el origen de las cosas puede ser un problema.

En el medio de la nada, en el medio del camino, un camión atascado en la arena. Si paro detrás me quedo; tomo por el costado y estoy a punto de quedarme, pero el Erre vence. Erre está orgulloso de haber pasado por donde se quedó tremendo Scania. Después sí paro, les pregunto cómo puedo ayudarlos. El conductor, un jujeño de Ledesma, jovencito, putea en arameo:

—Mirá que ya estábamos llegando. Salimos antinoche de Buenos Aires y le metimos pata sin parar porque queríamos ir a descargar hoy, así nos podemos ir a casa.

Hoy es viernes: el chofer me dice que si no llegan antes de las seis se tienen que quedar hasta el lunes en San Antonio de los Cobres esperando que les descarguen el camión. El camión lleva caños de plástico: para un gasoducto o algo así, me dice, que están haciendo ahí. Son las cuatro y media y se lo ve bien enterrado en la arena. El chofer me pide que vaya a decirles a los de Vialidad de San Antonio, veinte kilómetros más allá, si pueden ayudarlo. Y que se apuren, porque si no se va a pasar todo el fin de semana en ese pueblo. Yo miro la hora y no le quiero decir que ya es seguro.

Pero lo que más envidia me da son los misterios:

—No, yo cuido a mis cabritas, yo estoy bien ¿qué problema me voy a hacer? Yo tengo todo. Cabritas, mi rancho, el partidito de fútbol con los amigos a veces, unos mates, alguna chinita que no se me escapa: ¿de qué me voy a quejar yo?

El hombre tiene cincuenta y tantos, el pelo encaneciendo, cinco o seis dientes que resisten y el pucho armado colgado de la esquina de los labios. El hombre debe saber algo.

En una zona de pueblos tan bonitos, San Antonio de los Cobres —de lejos el más grande— tiene escuelas, gendarmería, ejército argentino, ferrocarriles que no andan, varios negocios y ninguna gracia. Delante de la iglesia hay una cola larga de personas porque hoy le toca venir al padrecito y, sabe, no viene muy a menudo, así que lo están esperando desde temprano, para confesarse. Esto debe estar lleno de pecados. Entro en un almacén —y reconozco. La Argentina es eso: un lugar donde puedo entrar por ejemplo a un almacén, incluso aquí en San Antonio de los Cobres, y pedir cien de salame y cien de queso y saber que saben, que entendieron: eso ha de ser la patria.

Pero la bajada de ciento cincuenta kilómetros de curvas y contracurvas hasta Salta es uno de los caminos más bellos del país: puna y montañas desoladas que se van convirtiendo de a poco en unas pampas verdes y amarillas con pastores, ovejas y cardones; después, todavía con cardones, aparecen las vacas, que inauguran un mundo distinto. Pasa un gaucho con su caballo corto, enjuto, serrano. Pero de pronto una larga quebrada muy estrecha, de montañas hechas de cascotes torpes, que termina por abrirse a un gran anfiteatro de cerros de colores. Y después una quebrada entre farallones oscuros y amenazadores y un río dando vueltas allá abajo y más y más y más.

Cardones trepan

por la falda del cerro.

El viacrucis se ha vuelto un laberinto.

De golpe me parece tan inverosímil que ser presidente de la Argentina signifique gobernar, por ejemplo, la Quebrada del Toro.

En medio de la aridez un valle es la verdura, el agua, el fresco: todo lo que —optimistas— solemos pensar como la vida.



## *Ten compasión*

[Plaza Miserere]

La Plaza Miserere no formaba parte del proyecto que mi madre tenía para hacer de mí alguien saludable, y en el que el aire puro, junto con la vacunación obligatoria y la prevención de las enfermedades infecciosas, era uno de los pilares. Toda la plaza representaba para ella un foco si no de bacterias, de las fuerzas sociales que el peronismo había alentado bajo la forma de vistosa propaganda de la felicidad. El Once no sólo era el lugar de los mítines, también era el del tránsito de los habitantes de las afueras, que emergían o desaparecían en la entrada de la estación con la fuerza suficiente como para hacer ilusorio el cartelito de *prohibido pisar el césped*. De hecho, esas pisadas, que para mi madre tenían resonancias de malón, habían dejado una informe superficie terrosa donde el verde sólo asomaba en matojos semiaplastados y la única flor sobreviviente era la del diente de león.

Esa plaza perteneciente a la parroquia de Balvanera no parecía muy apropiada para los niños aunque tuviera juegos y arenero. El fotógrafo ejercía su oficio con los novios provincianos, a menudo empleadas domésticas y colimbas que solían demorarse en los bancos antes de que abrieran el salón de baile de la Recova. No faltaba tampoco el vendedor de globos inflados a pulmón, ni el barquillero con su ruleta insertada sobre su cilindro colorado, ni el guardián con su pinche destinado a ensartar hojas secas para despejar los senderos de piedritas coloradas. Pero siempre esas figuras daban la impresión de no tener nada que hacer ahí porque esa plaza no podía ser asociada al descanso y a los juegos inocentes sino a una urgencia que no respetaba la fragilidad de sus canteros.

No era, por cierto, un resto de quinta perteneciente a una familia tradicional cuya expropiación benigna permitía remedar un placer otrora inaccesible. La muchacha santiagueña que me cuidaba solía llevarme allí, en una casi clandestinidad, para que la acompañara como chaperona en citas sobre las cuales yo debía guardar silencio. Ya mayor, alquilé un departamento sobre la avenida Rivadavia. Entonces solía deambular por los locales de la estación en busca de cassettes de música latina mientras mi hijo pequeño jugaba en los flippers.

El señor Plaza, que entonces vivía en Buenos Aires, aceptó conocer la plaza porque ese destino ya estaba en su apellido, como decía, y porque le gustaban mis mitologías barriobajeras por las que yo simulaba desplazarme de la clase media a la baja sólo por haber nacido en un conventillo. Nos sacamos una foto donde su rostro expresa un disgusto disimulado por la pose afectada de leer un libro. Sentarme en ese pasto, que una ocasional gestión municipal había logrado preservar con una cerca de alambre, más allá de la vigilancia del guardián, era una reivindicación tardía.

Podía decirse que, con los años, yo había recuperado el espacio público que me correspondía como vecina.

Pero eso fue antes de que El Pantera, jefe de los chicos de la calle, pusiera a resguardo las armas en las copas de los árboles; de que a Emir lo ataran a un árbol con un turbante de papel higiénico en la cabeza y un cartel colgado del cuello donde se leía “Acá está Bin Laden”, y de que las vendedoras rusas comenzaran a dar medio vasito de café a mitad de precio. Quién sabe qué partícula infinitamente pequeña, invisible, del llamado espacio verde, bajo el cemento, los almácigos o las piedras rojas de los senderos quedaba ya de los antiguos mataderos, de ese barrio escrito por la sangre del ganado con dueño en manos de los faenadores federales. Frente a la estación, en los puestos cubiertos por plásticos de colores, Orixá emergía de unas aguas de yeso con la expresión extraviada de María pintada por los niños del colegio de huérfanos, y la batalla multiplicada de San Jorge y el dragón —nieve cayendo sobre los santos bajo fanales de plástico transparente— hacía serie de mayor a menor como una familia de juguetes didácticos. Cientos de anteojos de sol convivían con las gorras que Perón combinaba con una moto y un par de perritos enanos.

Me acuerdo de un día cualquiera. Pasaron las damas del Ejército de Salvación de uniformes sufridos y capotitas adornadas con cinta de gros, las mismas que usaban cuando entraban a las tabernas a voltear con sus paraguas las botellas enfiladas frente a los espejos biselados de atrás de la barra, del otro lado del mar, en otro tiempo y otra lengua. Alabado sea Dios, alabado sea. Y pasó un coreano con un perchero de vestidos de lamé y polleras en forma de corolas como bomboneras decó, con el que tenía que sortear las piernas estiradas de los taxistas recostados sobre el capó del taxi abierto —música sobre música de los estéreos a todo volumen— esperando viaje. Un viejo se irguió rápido porque la medita del perchero le había rozado un empeine y luego se desplomó rencoroso en la cámara lenta del borracho amagando.

—Hermanos: ¿quién sería capaz de dar algo a cambio de nada? —gritó el pastor Rangone. Algunas manos tímidas alargaron un billete de cien australes. Rangone repartía plata a la multitud en partes iguales. Pero decían que ese Robin Hood hacía pases mágicos y que el ayudante rubio que recogía los billetes había sido mago en el hotel Marcone.

A los pies del pastor había dos iguanas mansas como bambis.

—Las iguanas son de todos —socializó el pastor antes de derramar sobre la multitud un manojito de medallitas de lata.

En la otra punta de la plaza dos hombres de túnica y largas barbas crearon suspenso hincándose frente al Latino Once (al parecer, la dirección de La Meca).

—¡Cuidado, no me pise ninguna que muerden! —intentó competir Rangone.

Al cabo de un rato los de la túnica contaban con acento correntino la “legítima leyenda del pacto del Arco Iris”. En la confitería La Perla, entre los acondicionadores de aire y los vasos-adornados con una guinda, ya no había tantos militantes de izquierda. Hacía rato que en el baño se había evaporado el fantasma de Tanguito cuando improvisaba la letra de “La balsa”. Las citas seguían siendo clandestinas pero eran de amor nomás.

La lambada estaba en el aire, las cosas no se movían, se repetían como en un cine continuado. Llegó la noche y relevó a los personajes. Un hombre flaco y elegante en su traje cruzado le confesó

a una mesa de Alex Bar: “A medida que envejezco siento que me voy convirtiendo en una palabra”. Por la plaza pasaron los parranderos rumbo al Latino, de saco blanco, pantalón pata de elefante y guayabera con nombres de lugares lejanos, imágenes de barcos, mapas o fieras salvajes —me visto con lo que nunca veré *¿y de ahí?*—, ellas con remeras de escote bajo, jeans elastizados y chalinas de nailon. Del brazo todos hacia las marquesinas que dicen todavía “Compro oro, compro oro y alhajas”. Todos. El salteño que vivía en Villa Devoto y trabajaba en Fanacoa, el santiagueño que había sido peón de una fábrica metalúrgica pero que entonces ya no, el obrero de la construcción a quien le gustaba Jorge Véliz y Los Caimanes Santiagueños pero más Los Hechiceros. Ellos no le hacían caso al yeso imaginario que envuelve la cintura de los porteños y entraban en el ritmo de los cuartetos con la pelvis sincopada en ráfagas que eran una profecía de Rodrigo. Bailaban con la doméstica que trabajaba en Santa Fe y Larrea pero se iba el fin de semana a la casa de la hermana en Florencio Varela; con la fabriquera de Alpargatas a quien el cuñado, sentado a un lado de la pista, bajo la humilde lucecita giratoria, le tenía el nene. ¿Los cuartetos? Entonces sonaban a una mezcla de guaracha y chamamé. Había que ver, entre las mesas y sillas con asientos de madera dura del Latino, el polvo levantado por los pies ligeros.

Sandra Opaco, vestida con un conjunto de André Courreges que conservó durante casi treinta años, dio vueltas a la plaza. Sus tacos torcidos iban marcando el alquitrán fresco del camino central, el que llevaba al monumento a Rivadavia. Ansiosa pero discreta, miró a los hombres que pasaban con la expresión burocrática de una bailarina de burlesque. Sin embargo, en la yirada de la tarde, no había visto al colimba que se detenía, el uniforme semiabierto sobre el pecho, poniéndose a disimular las ganas de abordarla y mirando, como si fuera el mar de los románticos, el agua de la máquina roja donde nadaban los panchos, ahí en el quiosco. Sandra Opaco ya no buscaba signos escondidos. Sólo veía lo que ya conocía: dos o tres comerciantes de la estación aburridos de vegetar en los negocios vacíos y el coreano que no hablaba y cuya piel era tan delicada que para tocarla “hace falta aceitarse las manos”.

Yo quería arrancar el secreto de Sandra Opaco, captarla en ese instante de debilidad en que alguien se abre inevitablemente como la anémona de mar ante el veneno del pez payaso. Pero yo no hacía reír a Sandra Opaco, le daba lástima aunque esa vez recibí la dádiva de su palabra.

—Señorita, ¿me permite?

—Zas, otra tortillera.

—Vengo de parte de Fernández.

—¿Quién no conoce a un Fernández?

—El del bar. ¿No le avisó que quería hablar con usted?

—El tiempo vale plata.

—Justamente, ¿con cuánto la ayudo?

—¿Ayudarme? ¿Y a usted quién la ayuda? ¿No ve el papelón que está haciendo?

Yo puse cara de suplicante, pero Sandra Opaco odiaba las, súplicas y fingía buscar en su cartera algún elemento urgentísimo que no encontraba.

El acuerdo: que le diera lo equivalente a un turno. Sandra Opaco no se privaba de humillar.

—¡Pagar por hablar! ¡Igual que los degenerados!

Se aflojó, al fin, luego de una copita de caña del tamaño de un vasito para baños oculares. En Alex Bar, con mesa en la vereda.

—Antes vivía en el hotel Cristal, pero cuando no pude pagar me pusieron de patitas en la calle. Ahora paro, por las dudas, no te voy a decir dónde. Cuando hay baile en el Latino me voy al hotel Luján y alquilo una pieza. Qué querés, para todo hay que invertir. Pago siete mil australes antes de las nueve de la mañana. Después gasto otros tres mil en entrar al baile. De ahí vengo con alguien, a eso de las cinco, seis de la mañana. Si quiero, me quedo hasta las cuatro de la tarde.

Parece mentira, es cuando más descanso. Recupero la mitad porque ese día le presto mi pieza a un tipo que duerme en la plaza. ¡Qué desgracia! Antes dormían en el monumento, pero ahora los radicales le pusieron reja. Una vuelta, entre las patas de la estatua, encontré una gata con las crías. Le saqué una y la tengo en la pieza, escondida. A alguien hay que dar: lo que es para mí, es para ella.

Antes de que me diera cuenta se puso de pie mientras se bajaba la pollera y se levantaba la vincha sobre la coronilla.

—¿Cómo, nada más?

—Bueno, suponete que fue como con esos tipos que... ya sabes (y bajaba unos párpados pudorosos de cordero pascual).

—¿Que qué?

—Que enseguida hacen pssss como cuando abrís una botella de agua mineral.

Sandra Opaco se acercó a los puestos de la estación e hizo ventear de codicia las aletas de la nariz: veía una flor roja, inhumana, metida en un fanal transparente como el que cubre a los santos, grande como una lechuga.

Alargó la mano, no deseaba comprarla sino acariciar la bóveda para comprobar si tenía la frialdad del vidrio. El vendedor, que dormitaba bajo una tela de nailon, le retiró la mano. Luego le tapó la flor con el cuerpo. Sandra Opaco sintió cómo la multitud que salía de la estación le rozaba las espaldas hasta moverla de su sitio. El vendedor volvió a sentarse pero permaneció con los ojos abiertos. Yo la miraba con piedad pero Sandra Opaco odiaba la piedad y, moviendo sus cejas pintadas y casi ralas, me devolvió una mirada de duelo seguida de una indiferencia estudiada que —ella creía— se encontraba en el corazón de la finura. Luego ensayó la máscara de la tragedia y, largando una ristra de puteadas, sacudió el fanal como para romperlo y hacerle perder el agua. Después se reacomodó la vincha y cruzó Rivadavia como Delia Elena San Marcos en ese poema de Borges.

El Alex Bar estaba abierto toda la vida. Por eso era el preferido de los taxistas que se sentaban frente a las mesas de la vereda, el taxi abierto, dejando que se mezclaran los temas de los pasacassettes. Felpeando el aire con su trapo rejilla, Emilio regulaba la violencia de los últimos pasajeros de la noche. Se quitaba de encima al borracho pendenciero, defendía a la alcohólica asediada e interponía un diplomático “usted perdone, pero está en reparaciones” a los mendigos que pedían usar el baño para darse una ducha y cambiarse de ropa. El techo metálico y los anuncios de las puertas de vidrio eran tan tristes que, desde adentro, parecía que estaba garuando.

—Ahora nos pintó la Coca-Cola —decía Emilio con desprecio.

El barman Manolete afirmaba que el humorista Wimpi era un caballero porque jamás gritaba ¡mozo! Sino que esperaba a que las miradas se cruzaran para hacer un ligero movimiento con la cabeza. Ése no era el estilo del Alex Bar. A Emilio se le gritaba ¡Mami!

Como si oyera llover, él permanecía sentado junto al estaño dando la espalda a la turba y sólo se desplazaba ante la módica palabra de ¡Emilio!

Por la sexta cerveza, en el Alex se armó un banquete platónico de los dejados por la mano de Dios, en el que no se habló de amor, porque se era argentino y peronista. El Gordo, el Jockey y don Pelegrino solían hacer de médium por turno para remedar la voz del General en los discursos de la clandestinidad. Pero a la euforia del pasado se sumaba, ya entonces, la humillación y la derrota del presente. Esa noche “levantaron” a un muchacho de la otra mesa que, según ellos, tenía cara de estudiante.

—Me llamo Ramón, pero me dicen Rocky —dijo el flaco, que debía pesar los kilos de Charles Atlas en los tiempos en que era un alfeñique.

El murmullo de los nocheros apagaba la llegada de Ramoncito a la mesa de los notables que, habían confirmado, era estudiante, puesto que tenía “dos años de electromecánica”. Luego se le escuchó claramente:

—Hay quienes dicen “hay que amar el espíritu” pero yo digo “hay que amar la materia” porque el espíritu es imperecedero mientras que la materia es perecedera. Por eso ser bueno de verdad es amarla (a la materia). Porque el espíritu se cuida de sí mismo.

—Vos sí que sabés, Ramoncito, se nota que sos estudiante (y el Gordo puso la cara de Pichuco levitando en Caño Catorce).

Don Pelegrino pareció mirar a la antigua Grecia en el vaso de moscato donde se inspiraba.

—¿Y qué es la materia sino la mujer?

Recuerdo que hubo una pausa dramática. El Jockey me tiró besitos porque yo intentaba leer.

—Ay, nena, ya tenés como cuarenta años. A ver cuándo te recibís. ¿Qué decís? Ah, sí, y qué más mujer que la madre.

El Jockey era así —murió de cirrosis en el Ramos Mejía—, podía hablar para los dos lados y, en las comas, mojar su bigote de anchoa en la espuma de su cerveza. Entonces don Pelegrino hizo un movimiento con el cuerpo que es el que suele hacer el alma cuando empuja para asomarse en bellas frases de eficacia retórica y todos lo miramos con el corazón en la boca.

—La madre es una mujer muy rara.

Debían de ser las cuatro de la mañana y el loco Juancho andaría entre las mesas vendiendo flores que le robaba a la Virgen de Luján de la estación. Los ómnibus de la compañía Río de la Plata, grandes y aludos, con sus vidrios polarizados, corcoveaban por La Rioja intentando salir a la provincia. Los patrulleros se deslizaban como sobre moquettes por Rivadavia, a paso de hombre.

—Ramoncito, cómo sabés, se nota que sos estudiante —dijo el Gordo, largando unas lágrimas de cocodrilo.

Y Ramoncito, que quería estar a su propia altura de Alcibíades de los Corrales, empezó a decir: “la democracia... la democracia...”. No había caso, la idea jjo salía. Se pegaba, uno tras otro, golpes en la frente mientras intentaba acordarse de alguna definición del libro de Instrucción Cívica: “Es el gobierno de... la democracia es el gobierno de...”

El Gordo y don Pelegrino se apoyaron en la mesa como si estuvieran convocando a una reunión espiritista. Por la expresión de los rostros ya empezaban a doblar el codo de la violencia. Ese Ramoncito, ¿quién lo conocía? Seguro que no había estudiado electromecánica. Negro versero. Entonces Ramoncito se puso de pie: —Ya me acuerdo, la democracia es el gobierno del cuerpo.

Si se quería tango había que cruzar la calle y buscar la Recova. En el cartel del Marcone estaban las fotocolor del grupo Los Dandies y Costa Brava, de las reinas de belleza de cada noche con su banda de raso y su cetro enchapado en oro. Quien quería ver la orquesta de cerca tenía que hacer reservas, la mayoría bailaba hasta el himno. Don Pelegrino dijo.

—Vamos profesora.

Pagué mis whiskies y los seguí.

Decían que en el ambiente del Marcone había muchas enfermeras, que cuando alguien se descomponía, venían tantas a ayudar que terminaban por quitar el aire. El Marcone tenía una escenografía de arcadas de madera y telón morado a lo Argentina Sono Film.

Tranquilizada por la aparente autoridad del *maitre*, me senté en la semipenumbra junto al velador con flecos, plisado y de color rosa como una cortina de teatro. De la cabeza del vocalista salían refucilos de gomina. Él retenía la voz para alardear de su ventaja natural. Debían de ser postizos, pero en sus dientes blancos parecía estar la muerte, no la de la figura medieval que amenaza con su guadaña el lecho de los agonizantes, sino la de los que se estrecharon entre machos en el abrazo de la primera milonga; la que dormita en las manos robadas del General que —dijo alguien— pronto se venderían en forma de matrices mortuorias protegidas por fanales de acrílico como la flor que deseaba Sandra Opaco, allá abajo, en la plaza. El whisky pegaba más porque estaba bien servido.

Miré sin nostalgia a las parejas que se abrazaban en la pista entrecerrando los ojos para perderse mejor en el mapa del salón, todos elevados hacia lo alto como si intentaran liberarse de la carne porque el tango es la asunción laica que va del barro al cielo y nos purifica sin mediación — pensé al tercer Oíd Smuggler— mientras los bailarines van extrayendo de él signos escondidos como los que las milongueras, al volver por la calle del pecado, hacían en el suelo con sus zapatos de taco tan fino como una aguja de coser.

“La danza que es más triste debajo del cono azul” dijo el vocalista moviendo sus manos delicadas que no ocultaban su deseo de ser una mujer.

Salí a la madrugada. Que nadie piense que todo estaba quieto. Las verdaderas ciudades son de neón, como Las Vegas u Osaka. Pero donde Buenos Aires salía para el oeste, la *forma* era el reflejo de los semáforos en el vapor que la madrugada levantaba sobre la avenida. Esa donde, desde un tren, camino a Ramos Mejía, el poeta Fernando Noy vio el fantasma de Tanguito y de Miguel Abuelo ir en bicicleta a ras de las vías.

Allá afuera la pasión hervía en la violencia de los que se trenzaron a la salida del Fantástico y el Latino, los que hacían trampa mientras jugaban a las cartas ante las mesas de cemento de la plaza remodelada.

La sangre de los celosos se derramó por la vereda, allí cada provincia, cada arrabal, marcaba una ley que se defendía con el puñal o el combate cuerpo a cuerpo. La policía llegó tarde y de civil, para levantar coimas. Salvo entre los peleadores rmetizados en los recovecos de la plaza o que se disimularon en la vereda del Alex haciéndose servir rápido un café con la astucia del camaleón calavera. Una vez más Emilio dijo que el baño estaba “en reparaciones”. Que la sangre no llegara al lavabo ni al iscu aunque, a esa hora, la clausura se establecía para evitar la probable *lanzada* de cerveza agria, pizza y maníes.

Mientras el sol desmentía la hora del reloj de la estación, empezó el lento desfile de los camiones de Aparto. Entonces, del piso del Alex Bar salió un Montacargas herrumbrado que se tragó el pan y las Medialunas calientes. Recuerdo a Sandra Opaco, sentada frente a una mesita de la vereda, luego de limpiar la silla con un pañuelito. El muchacho que descargaba gaseosas, con una faja de tela hindú en la cintura y el torso desnudo, no era para ella. Por eso dijo, mirándolo de arriba abajo: —¡Salud!

Hoy me voy a empinar la copa del olvido —y se bebió su vaso de leche caliente.

Moreno, María (2007). *Banco a la sombra: plazas*. Buenos Aires: Sudamericana.

## *El amigo chino*

El cartel flota en la noche de Buenos Aires como el ala de una mariposa seca: Supermercado Express, letras rojas sobre fondo verde. En la vereda, una pizarra anuncia que se aceptan tarjetas de crédito y débito. Tomates y naranjas brillan lustrosos frente a los carritos de metal que se usan para llevar pedidos a domicilio. Desde adentro, detrás de su pequeño mostrador, Ale, el dueño del supermercado, me ve y me saluda con un gesto. No lo dice, pero es como si lo dijera. Durante dos meses, en cada uno de nuestros encuentros, cada vez que lo llamaba por su nombre, Ale se daba vuelta y decía, decepcionado: «Ah, Leila».

Ale es chino, y sabe muchas cosas de mí. Cuándo estoy en casa, cuándo salgo de viaje, cuándo se termina mi dinero y cuándo no hay más comida en mi heladera. Técnicamente, y desde hace cinco años, Ale es el hombre que me alimenta. Lo veo más que a cualquiera de mis amigos, hablo con él dos o tres veces por semana, sabe que me gusta el queso estacionado y que no como nada que tenga ajo. Cuando hago un pedido por teléfono y olvido algo —pan, leche— me lo recuerda:

—¿Hoy no pan, hoy no leche?

Si le pido cuatrocientos gramos de jamón crudo se alarma:

—Muy caro. ¿Tanto quiere?

Conoce mi nombre, mi número de documento, mi profesión, el nombre del periódico donde trabajo, la dirección exacta de mi casa y la cantidad de gaseosa y pasta dental que consumo por semana.

En cambio yo (después de entrevistarle una docena de veces, de citarlo en bares y hablar a hurtadillas en su lugar de trabajo para responder una pregunta simple: por qué vino de su China milenaria a estas jóvenes pampas del sur) todavía no sé —nunca sabré— nada de él.

La primera vez que lo vi fuera del supermercado fue en una confitería, luces dicróicas, plantas colgantes. El mozo trajo un jugo de naranja y nos miró con sorna, pero Ale, que desconoce el idioma mudo del desprecio, agradeció.

—Mucha gracia.

Después, dibujó la China sobre una servilleta de papel.

—Acá provincia Guandong. Acá provincia Fujian, mi provincia. Antes viene más gente de Guandong. Ahora viene más gente de Fujian, paisano mío.

Hace cinco años, Ale no se llamaba Ale sino Huang, pero dejó ese nombre con todas las cosas que dejó en la República Popular China, en su aldea de Fujian, ciento veinte mil kilómetros cuadrados —la mitad de la superficie de la provincia de Buenos Aires— donde se agolpan treinta y cinco millones de habitantes —el equivalente a los de toda la Argentina.

Ale nació muy budista en aquel país donde se festejan el Festival de la Primavera y la Fiesta de



las Linternas, donde la edad da prestigio y el tiempo se cuenta por ciclos lunares regulados por la naturaleza, y se mudó en el año 2000 a Buenos Aires, Argentina, donde los viejos son resaca, el tiempo se paga caro y la mayor fiesta del año es el nacimiento de un dios improbable en el que él no cree. A cambio, es el joven dueño de un supermercado que permanece abierto de lunes a sábado de 9 a 22, domingos de 9 a 13 y de 17 a 22, sin feriados nacionales ni días de guardar.

—¿Por qué viniste, Ale?

—Para conocer mundo —dijo Ale, cuando le pregunté.

—¿Conocés otras partes de China?

—Una vez fui Pekín, con abelo. Vi palacio, y eso de paredes largas... cómo dice...

—La muralla china.

—Sí. Mú rá yá. Mucho año, mil y pico, era de rey. Lindo Pekín, pero ciudad grande. Mi ciudad, chica, entre campo y ciudad. A veces mejor vive campo, otra mejor vive ciudad. Depende carácter.

—¿Y cuando vivías en China qué hacías?

—Primero, secundaria. Después aprende tres años como técnico, y después aprende dibujar dibujo. Y cocinero. Después, mi paisano está acá y yo viene. Pero dos años antes de llegar a Argentina, mi mamá fue Bolivia, a trabajar en negocio de venta de pollo parrilla. Yo tiene 18 año cuando mamá fue Bolivia.

—¿Por qué se fue tu mamá a Bolivia?

—Tiene pariente allá. Allá tiene mucho paisano que dicen que afuera de mi país es lindo, tiene mucha cosa, y yo dije voy a salir para ver, yo también quiere salir de país para conocer mundo. Y ahí me fui, salí a mundo.

Algo azul destella sobre la mesa: el celular. Ale atiende y habla en chino. Después pregunta:

—¿Puede ser basta por hoy? Llama mamá, dice que vino señor que debe plata.

Mientras caminamos de regreso me dice que tiene una hermana menor, que en la China los hijos obedecen a sus padres y los padres a los abuelos y todos obedecen al que tenga más edad. Y que tiene un hijo de dos meses que se llama Sergio.

—No tiene nombre chino, toravía.

Yo ni siquiera sabía que Ale tuviera una mujer.

La China es un país desmesurado.

Nueve millones y medio de kilómetros cuadrados, mil trescientos millones de habitantes, dieciocho mil kilómetros de costa, cinco mil cuatrocientas islas y cuatro milenios de civilización que alcanzaron para que brotaran el papel, la imprenta, la brújula, la pólvora, Mao, la Revolución Cultural, Tian'anmen y el tren que llega del aeropuerto de Shanghái hasta el centro —treinta y cinco kilómetros— en siete minutos. Cincuenta mil hijos de esa China viven en Buenos Aires donde llegaron en mayor número hace diez años, muchos para abrir supermercados alrededor de los que se tejieron las peores famas: competencia desleal, explotación de los empleados, suciedad.

El supermercado de Ale es luminoso, tiene unos seis metros de ancho por catorce de fondo con

los habituales sectores de té y fideos, aceites y conservas, vinos, lácteos, fiambrería, carnicería, productos de limpieza y una verdulería al frente. En este negocio, que era de una de sus primas, Ale empezó atendiendo las cajas registradoras, tomó pedidos por teléfono, acomodó mercadería, y finalmente lo compró. Ahora se prepara para un futuro de esplendor: sabe que es buen negociante.

Es martes, casi de noche, y este hijo de la China está en su negocio floreciente, escribiendo carteles que ofertan galletas a tres por uno.

—Hola, Ale.

—Ah, Leila —se decepciona—. ¡culpa, ahora no puede habla, tiene mucho trabajo.

—¿Y no querés que hablemos acá, mientras trabajás?

—Bueno, no hay culpa.

Su única hermana —una muchacha con una margarita azul dibujada en cada uña— mira con sorna desde la caja registradora. En la otra caja hay un primo recién llegado: Xin. Un chico frágil que casi no habla español, con el aspecto de un pájaro lastimado y el pelo como una lluvia de pesadumbre. Parece inanimado, recién salido de una bañera de agua tibia. Le recuerdo a Ale la primera vez que me habló: fue hace cuatro años. Ale atendía la caja, me estaba dando el vuelto, y de pronto dijo en un español de manual:

—¿Ushtë toma-rá vá-cá-rá-ció-nés?

En aquel momento le dije que sí, que en abril, pero él no entendió. Sólo le habían enseñado a preguntar.

—Ah, sí, sí. Yo tomaba clase con profesora cateyano. Ahora no puede, no tiene tiempo, trabaja, puro trabaja.

—¿No extrañás la China?

—Cuando primero venir Argentina, sí, extraño China. Ahora, extraño meno. Pero extraño mi abela, mi abelo. A mí me gusta acá. No pone triste que China lejos. Pone triste a veces por pelear con pariente, pelea con papá, mamá, este cosa medio triste. Otro no. Problema de trabajo, pero eso no pone triste. Ahora, hace do mese, vino papá. Técnico elétrico papá, todavía no trabaja porque no sabe idioma.

—¿Tu papá no pudo venir antes?

—No, porque tiene mi abelo enfermo. Año pasado abelo murió y yo no puede volver. Eso feo. Mi abela vive ahora con uno otro tío.

—¿Y vos vas a volver a China?

—Algún día me vuelvo por mi país. Ahora no. Pero mejor vivir acá. Acá persona muy amable. Más educados que campo. Yo en China, vivo en campo. Acá ciudad, gente más educada.

—Pero la gente dice cosas horribles de los chinos acá.

—No sé. Puede ser porque antes vino chino todo de edad grande. Y chino antiguo habla muy fuerte y acá gente habla muy suave, habla muy chiquito. Y alguno paisano no sabe eso, y la gente acá piensa que chino está enojado o trata mal, pero no, es manera hablar. Acá gente cree que chino

come cualquiera cosa. Un vez taxista me dice: «Salió en diario que chino come gato».

—¿Y qué hiciste?

—Nada. Dije: «Yo no como gato, pero en todo mundo hay gente epeshial».

—¿Esto era como lo imaginabas?

—No. Es ciudá, y cuando yo viene acá imagina que Argentina era... así, como caballo caminando... este iscul. Cómo se llama este... caballo caminando...

Se pone pálido, aprieta la boca en un coágulo rosa, preso en su idioma, yo en el mío.

—¿Te imaginabas que acá había caballos?

—No, no. Como caballo, como caminando caballo iscul...

—¿Gaucho?

—No, no.

Dibuja una línea ondulada.

—Este, camina iscul.

—¿Montañas? —le pregunto, modulando cada sílaba como si Ale en vez de un hombre que cruzó el océano, que maneja un comercio y es padre de una persona pequeña, fuera sordo. O un poco idiota.

—¿Pampa?

—No.

Al fin, él dice: «Verde» y yo grito: «¡Pasto!». Ale imaginaba un país cubierto de pasto: lo que pisan los caballos.

—Esto es más famoso de Argentina: pato. Perdona mi cateyano. Hay cosa que yo sé, pero no sabe cómo se habla. ¿Cómo se llama eto? ¿Oreja?

—No, ceja.

—Ah, ceja. ¿Ve? Si no habla, olvida.

Finalmente Ale dice que ese fin de semana no podremos encontrarnos porque viajará a la ciudad de Rosario, para visitar a la familia de su mujer, Clarita. De modo que hago cuentas: a su aldea, Pekín y Buenos Aires hay que sumar Rosario. Ale, que se fue de China para conocer el mundo, conoce cuatro ciudades del globo.

No entiendo.

Entonces llamo al señor Han.

En una de las zonas caras del barrio de Belgrano está la residencia del cónsul chino. Allí funciona la oficina del agregado cultural, el señor Han Mengtang, un hombre que hace diez años vive en distintos países de Sudamérica como funcionario chino.

—Claro, no se entiende porque es diferente, usted lo ve como occidental —me había explicado por teléfono—. En Occidente, aunque no tenga dinero, la gente viaja. En Oriente, la gente primero

echa una buena base económica, y entonces viaja. A los cincuenta, cuando ya los hijos están grandes, dejan supermercados y se van de viaje.

En el consulado no hay banderas ni escudos, pero los números del portero eléctrico están en chino, sin traducción. Toco uno cualquiera y alguien dice algo y suena una chicharra. La puerta se abre. Tres segundos —literales— después el señor Han sale del ascensor trajeado, sonriente, y me invita a sentarme en ese hall desangelado.

—Oriente es muy distinto de Occidente. El budismo chino piensa que la vida es un círculo, viene aquí y luego en el futuro tiene otra vida. El occidental piensa en el presente, no en el futuro. Para el chino, en el presente tiene que hacer bien, porque si uno hace maldades en esta vida, en el futuro tiene que pagar. Pasar bien el presente es importante, pero el objetivo es tener mejor vida en el futuro. En Occidente, lo más importante es el individuo. En China el confucionismo dice: primero Cielo, sigue Tierra, después el Rey, después los padres y los maestros, y el individuo al final. Individuo es lo último.

Transcurrida una exacta media hora, y varias explicaciones después, el señor Han echa una mirada a su reloj, me regala un libro —China 2004— y se despide, todo sonrisas, no sin antes recomendarme que vaya a la China cuanto antes.

Es sábado por la tarde y Ale trabaja. El supermercado está vacío y suena música china tradicional. Las latas de porotos y el papel higiénico flotan en ese lamento melifluido y sopranísimo. Cuando hay clientes, Ale pone cumbia.

—Gente no gusta música china. Asusta. Si pone fuerte, entra poco gente.

Se ha despertado de la siesta hace una hora. Hay pocas cosas que le gusten tanto como dormir: se acuesta a las diez y media de la noche y se despierta a las nueve y media de la mañana, pero no sale de su cama hasta mediodía: desde allí atiende a los proveedores por teléfono.

—Acá aire mejor. Porque se llama Buenos Aires. En mi país, no tan bueno el aire, mucho auto. Antes no, antes meno auto. Antes, cuando yo chico, dormía al aire en una silla, y puedo ver estrella a la noche, muy claro. Ahora no. Y Argentina, cuando vino, veía bien estrella. Ahora, poco poco. Cielo me parece más sucio que ante.

Una puerta comunica el supermercado con la vivienda, que está en el primer piso. En esa casa viven él, su mujer y su hijo, su hermana menor, su madre, su padre y tres primos. Ser muchos bajo un mismo techo es gran orgullo para las familias chinas, signo de prosperidad. En China hay calles que se llaman así: Cinco generaciones bajo un mismo techo.

—En China todo mundo vivir junto. Viven papá, mamá, hijos, primos. Acá no, acá parece que si tiene 18 años ya salió de la casa.

—¿Y a vos cómo te gusta más?

—Vivir todo junto. Porque tiene más tiempo para hacer otra cosa. Yo, después de trabajo, muy cansado. Y volver a casa y si mamá hace cocina, no es tan cansado para vos. A mí me gusta esto. Porque mi señora lava, mi mamá cocina, yo trabajo. Pero acá en Argentina todo mundo vive con su señora, su señor.

—¿Y vos no te irías a vivir solo, con tu mujer y tu hijo?

—No, no. Mejor todo mundo junto. Igual en China diferente ahora. En ciudad grande, Shanghái, gente más libre, igual que acá: quiere salir de casa y vivir junto con novia, novio. Pero para mí mejor este mejor.

Entonces la madre de Ale, a quien llaman Marta, aparece desde alguna parte, chasquea la lengua, cambia la música y grita: «¡Juaaanshhhiitooo!», llamando a uno de los tres empleados peruanos que trabajan aquí desde hace años y que se refieren a la señora Marta y su familia como «los chinos». Juan (cito) aparece sin apuro y escucha lo que la señora tiene para decir, que es más bien poco: apenas unos gestos que indican que limpie el piso donde se ha volcado algo. Ale me mira y sonrío. Me explica que ella no grita porque esté enojada sino porque viene de una provincia china donde todo el mundo grita, pero los gritos de la señora Marta son espeluznantes y por primera vez me pregunto si Ale no me está mintiendo.

Ni Ale, ni la familia de Ale —ni sus primos ni su hermana, ni su madre— se dejan ver por el barrio. Trabajan casi todo el día y sus salidas son pueblerinas: visitan a otros parientes, van a restaurantes chinos de la zona.

La vida de Ale no tiene sobresaltos, aunque en el invierno de 2003 estuvieron a punto de matarlo. Era noche de martes y estaba con su madre cuando escucharon ruidos en la escalera. Antes de poder asustarse, dos tipos se les tiraron encima. Les pegaron, los amordazaron, los amenazaron con armas y les robaron todo: televisor, plata, ropa. Lo hicieron con saña: rompieron una mesa a golpes, mataron el gato al grito de «chino come gato». Al día siguiente, ni Ale ni su madre aparecieron, pero el supermercado abrió en tiempo y forma. Después de ese episodio sellaron la casa por el frente con una plancha de hierro de color morado.

—Reja, yo no miro, no pienso —dice Ale, mientras recorre las estanterías tomando notas de los productos que faltan—. Yo no tiene miedo. Mamá tiene. Tiempo tiene que pasar. Hasta que mamá olvida.

De pronto su hermana se acerca, dice algo, me lanza una mirada torcida y vuelve a la caja.

—Perdón —dice Ale— mejor cambia horario, ahora mucho trabajo.

Miro alrededor: el supermercado está vacío. Entiendo que, cuando esto termine, Ale volverá a ser el hombre que me vende la comida. Que está esperando con ansias el momento en que eso suceda.

—Dame mi bolsa, chino de mierda, dame mi bolsa, la puta que te parió.

El tipo está borracho y muy explícito. Son las tres de la tarde, y bajo esa camisa floreada puede haber cualquier cosa: un arma, o nada. Estoy acurrucada entre los canastos de plástico rojo con el logo de Coca-Cola. Mi grabador rueda y Ale mira al fulano, impasible.

—Te dejé acá una bolsa con mercadería antes de entrar a tu supermercado, chino de mierda, dame la bolsa.

El tipo tiene olor agrio. Cebolla, sudor, cigarros. Grita. No hay bolsa. El tipo lo sabe, yo lo sé, hasta los guardias de seguridad del supermercado —dos rusos que no hablan una palabra de español— lo saben. Pero nadie hace nada. El tipo huele como huelen las peores cosas. Ale tiene cara

de haber visto esto muchas veces.

—¿Qué borsa, amigo? —le pregunta.

—La bolsa, hijo de puta, la bolsa que te dejé acá llena de mercadería, no me vas a estafar, chino de mierda.

—No dejó borsa, amigo.

Todo el supermercado está quieto, mirando al tipo y a Ale, que lo mira impávido. No ha interrumpido lo que estaba haciendo: pasando la tarjeta de débito de una denta por la máquina correspondiente.

—La bolsa que te dejé antes de entrar, llena de mercadería, chino poronga.

—Qué borsa, amigo. No dejó borsa.

El ruso de seguridad se acerca por detrás y el hombre se harta. Se va. La denta guarda su tarjeta y sale del supermercado: corriendo.

—¿No te da miedo que pueda pasar algo?

—No. No hay problema. Tiene policía, tiene guardia.

—¿Y tu mujer qué dice?

—Mi mujer no tiene miedo, pero queja mucho, porque yo no tiene tiempo para ella.

Me pregunto qué será de mí —de nosotros— después de esto: después de esta intromisión en la vida del hombre que me alimenta.

Un periodista argentino que vive en Brasil y estudia chino me envía un mail con curiosidades varias: «Algunas monedas chinas son redondas por fuera y tienen un cuadrado hueco por dentro. Esto es un principio taoísta: ser rígido en lo moral, y flexible, redondo —sin puntas— para recibir lo que viene de afuera». En el mismo mail me explica cómo decir «amigo chino». Repito la frase hasta aprenderla. Es fin de semana y corro al supermercado. Veo a Ale lidiando con unas cajas. Lo llamo. Se da vuelta y dice, hastiado: «Ah, Leila». Yo digo algo que suena así:

—Chúnguo panguió.

Me mira desconcertado. Probablemente, he dicho una barbaridad. Hay idiomas así, en los que la entonación transforma un saludo en insulto, y por lo que sé el chino es uno de ellos: el sonido i, por ejemplo, quiere decir uno o varios cientos, dependiendo del tono y la intención.

—¿Cómo? —dice Ale, acercándose, y me apuro a explicarle que quise decir «amigo chino» en chino. Se diga como se diga.

Ale toma un papel, un lápiz, y dice: «no, no chúnguo».

—Escribe así: Zhong Guo Peng You.

Nos reímos. Después, porque le toca apilar cajas, le pregunto si no se aburre.

—¿Te aburrís?

—¿Qué é eso?

Intento explicarle, pero lo hago mal, y desde aquel día Ale cree que aburrirse es estar apurado. Ahora, cada vez que lo llamo por teléfono y tiene mucho trabajo, me dice: «Ahora no, isculpa, aburido, aburido».

Clarita es dos años mayor que Ale.

Se casaron hace un año, y ella lo ceta con ahínco, con dedicación. Desaprueba hondamente nuestros encuentros, aunque suceden a la vista de todos, entre desodorantes, pasta dental y cebollas. Clarita es china y vivía en Rosario hasta que conoció a Ale y se casaron en una ceremonia rara: Ale dice que fue en un restaurante. A fines de 2004 Clarita parió a Sergio, el primogénito y, como después del parto las mujeres chinas permanecen un mes en cama recuperando energías, ella era, para mí, una incógnita. Hasta que un día la puerta que comunica el supermercado con la casa se abrió, y un aroma a menta y leche cuajada expulsó a una mujer suave como un fantasma con un bebé en los brazos. Usaba un pijama: un conjunto de blusa cerrada hasta el cuello y babuchas atadas debajo de la rodilla: ropa de nena. No me miró; fue directo hasta donde estaba su cuñada. El bebé, en sus brazos, crujía como una rama de chocolate pálido, con el pelo disparado hacia el techo con la ferocidad involuntaria de las ramas de los árboles. Se dijeron algo al oído, Clarita se volvió, me miró, después atravesó la puerta que lleva hasta su casa y se desvaneció. Escuché el gemido del bebé —el hijo del hombre chino— y el olor a menta y leche desapareció con él.

Supe que tenía que irme. Supe, también, que a Ale y a mí nos quedaba poco tiempo.

—Pase, pase, asienta toma por favor.

El señor Xu Ao Feng, de 55 años, es chino, vino de Shang hái a los 34 y es presidente de la Fundación de Ciencias y Cultura China, donde desde 1991 se enseña feng shui, Tai Chi Chuan, acupuntura, medicina china e idioma chino. El señor Feng tiene una forma de hablar admirable para un profesor de idiomas: enredada.

—Oriente y Occidente son cultura muy diferentes que van por caminar muy diferentes, y muy difícil de isculpa. Entonces con tanto mil año de historia cada Occidente, cada Oriente, todo con su camina caminando, todo tiene resultado. Su amigo chino tiene una mente isculpa. Por ejemplo, la lógicamente de un chino muy isculpa. Occidente le gusta ciencia. Siempre las cosas tiene números: usted va a médico, manda examen, y dice cuánto tiene de esto, cuánto tiene de otro. Chino no. Chino trabaja energía, meridiano de cuerpo. Occidental pregunta: «¿Energía? Eso no existe». Jajaja. Jajaja. Pero eso existe. Su amigo chino viene de isculpa que hay mucha gente y ese isculpa tiene isculpa que le gusta vivir afuera. No sólo en Argentina, en todo mundo hay gente de Fujian. Es gente que trabaja en mar, en barco, entonces más posibilidad para irse a correr el mundo.

—Pero, señor Feng, cruzar el planeta en avión y establecerse en otro lugar no es conocer mundo.

—Ah, sí, jaja. jaja. Cierto. No conoce. Jajaja. Jajaja. Pero si usted va afuera y ve algo mejor que su tierra, se queda afuera, ¿no? Su amigo viene por eso, porque acá mejor que su tierra, ¿viste? Y ese provincia Fujian son muy trabajadores, son de campo, entonces trabaja mucho. Eso por un lado

bueno, y por otro lado no tanto. Porque nadie puede competir, ellos son muy fuerte y nadie puede competir. Negocio de ellos se tiene más horas abierto. Por cuatro botellas de agua ya van y lleva a domicilio. ¿Qué negocio puede así? Ellos pueden. Las cosas tienen lado bueno y malo. Para otro supermercado, sentir mal, porque no puede competencia. Por otro lado, muy bueno servicio para pueblo argentino. Las cosas no es perfecto. Ello ponen supermercado porque paisano de ello tiene supermercado. Y ello no sabe idioma. Idioma importante. Usted sabe idioma, sabe mucho de cultura. Por ejemplo, argentino habla con mucho verbo. Habla muy largo. Chino habla corto. Chino no dice: «hoy hablo», «mañana voy hablar». No. Chino dice: «hoy hablar, ayer hablar, mañana hablar». No hay tiempo, no hay persona. Pero muy complicado ser chino, porque tiene que saber dos cultura: Oriente y Occidente.

Después el señor Feng me lleva a visitar su enorme y silente salón de té. Le pregunto por qué a los chinos les gusta tanto el karaoke (Ale adora el karaoke) y me dice: —¿Y usted no le gusta baile? Lo mimo. Me despide en la escalera, divertido, como si estuviera guardándose el mejor de los secretos.

Ale tiene 25 años. Su cuerpo es fibroso, pálido, como de harina y luna, y tiene olor a almizcle. El pelo negro, los labios apretados —rosas—, las uñas largas que les dan a sus manos un aspecto anfibio. Los dedos ahusados, la piel delicada. No tiene cicatrices. Usa lentes y cuando no entiende algo mira sobre los vidrios, alzando la cabeza, y pregunta: «¿Cómo dice?». Es muy alto y camina rápido, con un gesto entre alerta y divertido.

La última vez que hablé con él era martes. Estaba en su mostrador, detrás de los canastos de plástico, y susurró que había ido al médico por un resfrío.

—Médico chino, barrio chino. Médico acá no gusta. Muy fuerte.

En el barrio chino de Belgrano, en Buenos Aires, hay médicos chinos y supermercados que venden todo lo que los chinos no venden en sus supermercados para occidentales porque nadie lo compraría: fideos de veinte grosores distintos, anguilas vivas, pescado seco.

—Acá Argentina comida menos variada. En China tiene mercado. Acá no tiene mercado. Sólo tiene súper-mercado.

Mercado mejor, más fresco, más variedad. A mí me gusta trabajo súper-mercado. Sale bien. Quiero ser mayorista.

—¿Y después?

—Y después no sabe. Cuando soy más grande, 50, 60 años, entonces me voy de viaje. O que mi hijo me cuiden bien, no sé cuál de las dos mejor. Quiero ir a Japón, Corea. Pero ahora no puede salir, porque mamá no sabe idioma y papá tampoco, y no sabe hacer negocio. Si yo me voy, mamá tiene que cerrar negocio porque no sabe manejar. Y ahora tengo mujer, hijo.

—¿En tu infancia querías viajar?

—¿Qué es infancia?

—Cuando sos chico. Primero viene la infancia hasta los 12 años más o menos, después una cosa que se llama adolescencia, hasta los 17 o 18, y después sos adulto. Algo así.



—Ah, sí. Infancia. Sí. Mucho amigo chiquito. Juntábamo y cantábamo canción. Yo infancia campo, cerca de río, abelo, abela. Mucho juega.

—Tenés buenos recuerdos.

—¿Qué es recuerdo?

—Una imagen que te queda... guardada. En la memoria.

—¿Cómo buen día, buenas noches?

—No. Por ejemplo cuando me contás «Cuando yo era chico, estaba con mis amigos y fuimos al río...».

—Ah, sí, sí, eso, recuerdo: tengo guardado mi abelo que me llevó a Pekín y día que vimos palacio grande. Tengo guardado a mi abela. Tengo guardado una vez que salí para mi cumpleaños con amigos a la playa, y quedamos ahí, charlando, cantando.

—Un buen recuerdo.

—Sí. Muy buen guardado. Bueno. isculpa. Tengo que trabajar.

Ale se perdió entre las góndolas. Su madre y su hermana hicieron una reverencia respetuosa, seca, pura dignidad.

Después llamé al señor Han.

El señor Han me atendió por teléfono, enérgico y amable. Hablamos sobre historia china, sobre las Guerras del Opio, sobre Mao, y de pronto me dijo que la provincia de Fujian formaba parte de la vía marítima de la Ruta de la Seda. Que en la región de la que vino Ale estaban los puertos de esa ruta que comunicaba la China con Europa, transitada por aventureros y comerciantes desde el siglo ni antes de Cristo hasta el siglo xvi después del ídem, y que Ale era hijo de ese pueblo de inquietos, de personas con marcada tendencia a la aventura.

—El viaje forma parte de la vida de esa gente —dijo el señor Han— porque están separados del resto de la China por cadenas montañosas, y en cambio tienen el mar, y salir a negociar por el mar es fácil. Esa gente siempre se va.

Me despidió amable y volvió a rogarme que fuera a la China, pronto.

Colgué el teléfono. Por un momento Ale dejó de parecerme un padre de familia preocupado por la subsistencia de su mujer y de su hijo —de su hermana y de sus primos— y fue un bucanero loco, alguien esperando pacientemente la oportunidad para aferrarse a la cintura blanca de su Clarita y llevarla, ahora sí, a ver el mundo.

Me asomé al balcón. El cartel del supermercado latía como una inmensa branquia. Los tomates titilaban como linternas rojas y Ale —inmerso en su mundo de cuatro ciudades— volvía a ser, como siempre, un desconocido. El hombre que me vende la comida.

Guerriero, Leila (2010). *Frutos extraños. Crónicas reunidas (2001-2008)*, Bogotá: Aguilar.

## *La tierra Formosa*

El primer día que llegué me fui caminando al puerto, como treinta cuabras. Formosa está sobre el río Paraguay, que es tranquilo y grisado. La quietud abarca las pequeñas barcazas y un gran carguero con containers; parecían un caserío dentro del río, y la estatua que está en la costa –quiere ser un colonizador– es como un integrante más del conjunto. A mi lado, dos señoras hablan en guaraní y se ríen mucho.

–No entiendo nada –digo.

–Mejor –me dicen–. Es muy grosero.

Hay tanto espacio y bifurcaciones, que uno quisiera ir a todos lados; el río se abre como en dos rutas, la calle que lo rodea, también; una va hacia el hotel y la otra, al mercado de los paraguayos. Me siento en la terraza del gran hotel de turismo y compro un diario. Alcanzo a leer una especie de suplemento literario con la colaboración de los lectores. Uno de ellos escribe una oda a sus anteojos, por lo útiles que son. Termina: “Anteojito, ¡yo te amo!”. Prima un espíritu celebratorio y agradecido. Se anuncian los cumpleaños de los niños con leyendas tales como: “Gracias, reinita, por haber nacido”, “Nuestra vida se inundó de sol cuando naciste”.

El espacio que tengo ante mi vista es tan amplio como el tiempo que tarda el mozo en traerme un café y como el viento norte que me vuela el diario lejísimos en medio segundo. Es hora de ir a la exposición y venta de artesanías indígenas junto al río. Las artesanías son unos productos de color claro, fresco, que evocan la limpieza de la gente de río; cucharas y utensilios de madera clara, canastos de sogas recién nacida, hermosas polleras de fibras vegetales. Junto a este mercado, está el llamado “De los paraguayos” (los paraguayos están siempre presentes, como familiares de los formoseños, y muchos de ellos son de la cercana población de Alberdi, a la que se llega en lancha en quince minutos). En contraste con el color claro de las artesanías del mercado indígena, es oscuro, sombrío y tiene algo del viejo mercado de Luque, en Paraguay, donde uno imagina que muchas generaciones han comprado bajo sus tolditos sombríos. Fuerte música de cumbia, venta de toda clase de cosas y de un yacaré gigante de pañolenci. Cerca, un supermercado: se llama M’barete.

A una cuadra y media de la costanera, está la librería Lampagua. Es muy chica y muy activa. Su dueño, Braulio Sandoval, es historiador, poeta, profesor de la facultad, imprentero y hombre orquesta, saludador como tero. Me atiende en la vereda, junto a la calle, estamos sentados en dos sillitas enfrentadas. Me explica que Formosa se separa del Chaco tarde, en 1879, y recién se declara provincia en 1955. De modo que es una sociedad de constitución tardía; comenta que no hay apellidos ilustres, sus primeros pobladores fueron inmigrantes italianos, españoles, paraguayos, que después fueron ganaderos. Mucha mezcla de razas. Una explicación histórica, un saludito al transeúnte y una vuelta a la librería para ver cómo anda todo.

–Ahí pasan dos bailarines –dice. (Se detienen y charlan con él.)

Una periodista les dice:

–Me distraigo. No sé si debo hacerles una nota a los bailarines, para comentar el auge del rubro agropecuario, o preguntarle a Braulio Sandoval, dada las frecuencias de sus saludos, si hay alguien que no conoce en la ciudad. Se mete en su librería y no lo veo más; me deja con un amigo que me da buena información histórica y tiene la ventaja de ser un hombre quieto.

\*

A once kilómetros de la ciudad, está el lote 68, donde hoy vive una comunidad toba. Hay una escuela grande, bien construida, con su jardín de infantes. Yo quería ver una clase bilingüe dada por los maestros tobas, tienen también lo que llaman “memas”, algo así como intérpretes y, a la vez, conservadores de la lengua toba. Pero la directora no me dejó entrar porque no tenía autorización y me sugirió que volviera a Formosa a buscarla. Le pedí el nombre de algún poblador antiguo que conociera la historia del lugar, pero aparentemente no había ninguno disponible. El chofer del remís que me llevó me aclara la situación:

–Es que han venido muchos a contar cosas feas de Formosa.

Yo llevaba un bolso con pantalones, remeras, libros para los maestros y para los chicos (*Cuentos de la selva*, de Horacio Quiroga, que compré en la librería Lampagua), y por algún recoveco oculto de mi persona que me hace regalarle algo a quien me castiga, le dejé el contenido del bolso a esa directora esquiva. Con un bolso arrugado en las manos y sin saber qué hacer, fuimos con el fotógrafo a hablar con los memas fuera de la escuela, de parados. Uno de ellos, Walter, era alto y macizo como una torre. Me contaron que los chicos le dicen cuando les habla en toba: “Vos no hablás bien”, porque los padres querían que les enseñaran a hablar en castellano. “Pero ahora –dice– la gente se fue concientizando y conoce su esencia.” Me dieron el nombre de una pobladora antigua, la señora Teresa, y a su casa nos guió un muchachito. Todas las casas que vimos eran de material, y de una de ellas salía música de reggaetón. Pregunto al muchachito:

–¿Te gusta el reggae?

–No, a mí me gusta la cumbia villera.

Llegamos a la casa de Teresa Rivero, de material, un poco deteriorada. Era organizadora de un comedor escolar y con toda gentileza puso tres sillas en el patio de tierra. Dijo: “Mi marido es García Raúl y yo Rivero Teresa (la anteposición del apellido debe tener que ver con el uso del nombre para hacer gestiones). Yo me capacité para hacer mediación, por ejemplo, para acompañar a los ancianos que no saben castellano a la capital, para hacer todo tipo de trámites. Mi hija es maestra especial de modalidad aborigen (va a echar una ojeada dentro de la casa y habla en toba ligerito). Vine de Pirané a los quince años, nunca más volví. Allá comíamos ñandú frito o asado, había mucha miel. Cuando llegué acá, todos vivían en taperas de palma y cartón, y mi marido García Raúl hizo la casa de material. Fuimos los primeros, porque él era albañil. Pero se ve que el intendente se avergonzó de las taperas porque se veían desde la ruta, y después hicieron todo de material. Yo trabajé siempre para la salita y para el comedor, y ahora le digo, a la salita le faltan medicamentos y no tenemos ambulancia propia (va hacia adentro y da unas indicaciones en toba). La preocupación mía es que nuestros hijos nuevos se están perdiendo la cultura, porque hay mucho alcohol y poxirrán. Todo empieza en la canchita de fútbol, juntan de a monedas y empiezan a tomar. Nosotros no sabíamos lo que era sacar a un chico de la comisaría, los blancos son los que enseñaron la droga”.

Le regalé el bolso vacío, hecho un guiñapo, y Teresa Rivero me regaló una canasta nueva y brillante, que hacen con vidrio.

### **La universidad**

Al día siguiente, fui a la universidad estatal. Estaban en plena campaña política para elegir consejeros, delegados estudiantiles y dirigentes del centro de estudiantes. Un altavoz pasaba una música que me recordó a Ricky Maravilla. La letra era: “Ya llegan las elecciones, yo voto, voto feliz”. Y después por el altavoz: “Se puede, sumate”.

Me recibe muy bien la decana y me deriva a la directora de la carrera de Letras, la señora Mirta Pubiano, que está interesada en el tema de la enseñanza bilingüe y me cuenta que en la universidad hay alumnos de origen indígena. Me cuenta: “Al principio fallábamos, porque como la cosmovisión de ellos es diferente, no lográbamos resultados. Recurrimos a un antropólogo y mejoró la cosa. Por ejemplo, un tutor en la universidad lo es en un área específica; en las comunidades tienen un tutor que es global, un tutor para todos los aspectos de la vida. Y a los que hicieron el secundario en escuelas de modalidad aborígen les costaba comprender, por ejemplo, ‘El árbol está en el jardín’, porque para ellos el árbol corresponde al bosque”. Añade: “Tampoco comprendíamos ciertas conductas, por ejemplo, queríamos hacer hablar a todos los de un grupo y no a uno por los demás. Pero entre ellos es así, uno es el vocero. Y añadiría que, entre los tobas, los abuelos son más importantes que los padres”. La profesora me invitó para que fuera al día siguiente. Allí conversé con dos alumnos de Letras; uno de ellos, Víctor, de la etnia toba. Víctor escribió una poesía en castellano y en toba, con epígrafes de Aristóteles y de Sartre; dudó mucho antes de dármela, me miraba con sus grandes ojos oscuros y revolvió dentro de su cartera como si se tomara un tiempo para decidir. Me contó que escribía un diario de su vida desde los once años, hasta hace poco: “Es que soy muy desordenado”, dijo y sonrió por primera vez. Lo que más le impactó en su vida fueron los cuentos de su abuela y la llegada a la ciudad. Pero no teníamos el diario y, a cambio, la profesora me dio una carta abierta de 2003 de los estudiantes de la etnia wichi, en la cual, entre otras cosas, dicen: “Durante los primeros días de clase, nos sentíamos atemorizados por la enseñanza de un nivel muy diferente del acostumbrado por nosotros. Aún nos cuesta comprender muchas cosas. Aunque tengamos dificultades diarias, como cuando algunos profesores llegan muy tarde a clase y se retiran muy temprano, y durante la clase hablan sin parar y nadie les puede hacer preguntas porque se enojan y quieren que haya pocos alumnos, o también cuando nos sentimos muy solos sentados en el fondo del curso”.

El otro chico, Nicolás, me regaló una antología de cuentos y poesías en la que él participaba, me cantó loas a la profesora Mirta y me acompañó a la terminal de micros, que está cerca de la universidad.

### **La catedral**

La catedral también es espaciosa, como todo en esta ciudad; tiene muy pocas imágenes, un altar con un mantel floreado, sencillo, y una silla de homilía de una madera que parece palo santo. Hay un aire campestre en esa madera sin lustrar y en unos balconcitos, como si fueran la verja de un patio de hotel, algo que remite a un pasado de pioneros que han querido tener a toda costa, en poco tiempo, su catedral. Hay en un ala lateral un cuadro de la virgen con el niño; los dos tienen rasgos de

persona actual, y en la calle, un mural que representa también a la virgen con el niño en brazos: el niño bien podría estar en un aviso publicitario de pañales o de avena. El haz de luz que cae sobre la figura de Jesús es rosa, por un lado, y celeste, en su opuesto. A la virgen patrona le ofrecen una serenata (también las dan con motivo de cumpleaños y festejos) y el obispo en persona ha escrito el texto del vía crucis al que consideran “el más largo del mundo”. El vía crucis recorre todos los departamentos de Formosa y el texto de cada estación se dedica a un sector de la sociedad (indios, pioneros, misioneros, etc.), pero cada estación está trabajada como un pequeño compendio de historia. Y la historia de Formosa remite a sangre, sudor y lágrimas; las dificultades para abrir los montes o instalar el ferrocarril fueron incontables. Se señala en el vía crucis, particularmente, el maltrato de los indios. Tengo una entrevista con monseñor Scozzina, que fue el creador de este vía crucis y autor de los textos. Es un anciano cauto, de ojos penetrantes. Le comento lo que vi y lo que me contaron en la ciudad: la transformación de los últimos diez años, el asfalto, los planes de vivienda, el hospital de alta complejidad. Un poco maníaca y frívolamente quiero saber más sobre las serenatas a la virgen (no me animo a hablarle de las serenatas en general, pero me hubiera gustado). En fin, le cuento lo próspera que me parece la ciudad. Me mira fijamente y me dice:

–Pero en el interior hay mucha pobreza.

### El imaginario

Trato de ver cómo son los formoseños a través de los murales y las esculturas. De entrada, me parecieron dignas de atención por su mezcla de religión, patria y naturaleza. En un mural del puerto que representa una procesión con la virgen en andas, esta tiene un halo que es como un cono invertido color marrón, muy contundente; sobre el halo, una cruz y, detrás de la procesión, una especie de negocio con un letrero: “Kiosco”. La virgen lleva como banda la bandera argentina. Frente al poder judicial, hay un grupo escultórico que representa a Laureano Maradona y a una madre con sus niños en brazos. Maradona fue un médico abnegado, adorado por los indígenas; fue también maestro y naturalista. Llegó un día a Formosa, como de paso, y se quedó cincuenta años. La figura de Maradona es enorme en relación con la de la madre; es la de un titán. Me parece que se trata de un mundo percibido como potencia; lo grande abarca tanto la extraordinaria labor social de Maradona como los enormes yacarés de juguete que se venden y las fuerzas de la naturaleza. Arriba, una placa: “El doctor Dios” (*sic*, como lo llamaban los indios).

La cárcel está en pleno centro de la ciudad; frente a ella, un curioso complejo escultórico. Un enorme globo terráqueo de color violeta suave con la región de América latina en amarillo fuerte, a la que cerca una enorme serpiente; más arriba, una figura de aspecto maligno y, presidiendo todo, un águila. Pregunto a los transeúntes qué vendría a representar o qué quiso decir el autor. Nadie sabe, pero un gendarme de la cárcel me dice: “Dicen que es el Apocalipsis”. Por suerte, nadie se inquieta por su llegada.

Los chicos de la carrera de Letras de la universidad estatal publicaron una antología con cuentos y poesías. Se llama *Alquímico*. Está dedicada en primer lugar a Dios y luego, casi una hoja de otras dedicatorias. Más allá del valor literario (con citas de Borges, Lorca y San Agustín, entre otros), los textos revelan un mundo percibido como naturaleza violenta y en acción. Cito: “Se siente la caricia de los rechinantes goznes de la tierra en el cuello indefenso”, “La música del sol va *in crescendo*”, “Una torre crece como una flecha y se clava en la frente de Dios” y “En cada trazo de este norte

desnudo, esta tierra de barro y de sangre”. Otro texto está directamente vinculado con el vía crucis. Barro, sangre y sacrificios sin fin, como los que menciona el obispo en el vía crucis, estación dedicada a la gente de vialidad, que tenían que poner una y otra vez los terraplenes porque las inundaciones los destruían, aquí la naturaleza produce una épica en la que se tiene siempre presente lo terribles que son las fuerzas naturales. Viene a ser una mezcla de Prometeo (el doctor Maradona), la limpieza de los establos del rey Augias y el mito de Sísifo. El hombre construye y las fuerzas naturales destruyen.

Significativa es la dedicatoria que me escribió Nicolás Gómez, integrante de la antología mencionada. “Hebe: que cientos de arcángeles te lleven entre tus alas para disfrutar de un pájaro en medio de un cielo nocturno, del sonido de ‘lo no dicho’ y de la redención eterna que con fe esperamos.”

### Último día

Yo ya había visitado las reservas de animales cercanas a la ciudad; en una de ellas, hay grandes loros coloridos, monos que llaman “De bolsillo” y los brasileños monos “De mano” por lo diminutos, tienen un pelo blanco y pinchado que los hace ver como enojados. En la reserva de la biósfera, hay yacarés que se ven cuando sale el sol; me comentan que comen el yacaré en milanesas y hacen empanadas con su carne. También había visitado la radio FM de Pinocho; por la mañana, habla en su radio el historiador Sergio Domínguez; pero los formoseños andan como apurados, hacen varias cosas a la vez, y quería hablar mejor con ellos. El historiador dijo con orgullo: “Somos pluriculturales, pluriétnicos y plurilingüísticos. Somos una sociedad esperanzada, esperamos que vengan cosas buenas. Nosotros siempre supimos abrir la tranquera y confiamos en lo que venían a aportar los que llegaban”. Una digresión: A mí no me abrieron la tranquera, mi contacto para entrevistas se esfumó, nunca supe nada de ella, ni siquiera esgrimió una mentirilla como excusa. Don Sergio siguió: “Sabemos esperar el tiempo para que los procesos se desarrollen. Creemos en lo que le vamos a dar a la provincia y no en lo que ella nos va a dar a nosotros”. En diez años, Formosa ha prosperado más que en los últimos cincuenta años. Eso es cierto, hay planes de vivienda, mucho asfalto nuevo, el hospital de alta complejidad del que están orgullosos. Sigue: “Me subyuga el pueblo de Formosa, su prudencia; el formoseño es hombre de pocas palabras”. En cuanto a la parquedad y a la paciencia del hombre formoseño, he escuchado otras opiniones. Pinocho, el titular de la radio, reafirma lo que dice el historiador en cuanto a las bondades de la ciudad: “Me manejo siempre dentro del barrio; este barrio (San Miguel) es una República, de aquí han salido grandes cantores y futbolistas, creemos que es una sucursal del cielo en la tierra”. Le pregunté dónde podía escuchar una serenata y me frustró; dijo: “La serenata es un estado del alma” y “No pasamos malas noticias, sólo buenas, hablamos del avión que llega, no del que cae”. Y “No pasamos cumbia villera, que incita al consumo de droga, pasamos música paraguaya, el paraguayo canta y evoca lo imposible, le canta al hueco que queda en la almohada cuando su amada se va”.

Yo estaba desalentada por lo del hueco en la almohada, porque no pude tomar un café con nadie en Formosa y porque no pude escuchar una serenata. Tenía ganas de volverme antes de tiempo, pero me faltaba algo: conseguir un tratado de un sociólogo formoseño o una recopilación de modismos locales, algo que hubieran escrito sobre ellos mismos. Y caminando tuve la suerte de llegar a un barrio para mí desconocido, donde había una buena librería, La Paz. Pedí el dichoso

tratado; no, no había. Pero sí encontré una edición espléndida de cuentos de O'Henry, uno de los escritores más simpáticos que existen, y encontrarlo en Formosa después de haberlo buscado tanto en Buenos Aires me pareció una caricia del destino. Es un escritor que cree en las jugadas que la suerte nos hace. Contenta, exploré toda una zona por la que no había andado, recorrí las casas de regalos donde hay monos, lechuzas y carpinchos gigantes; estos funcionan como baldes para regar. Contenta y como para despedirme de alguien, fui a visitar al dueño de la librería Lampagua, junto al puerto, con el que había hablado el primer día que llegué. Le rendí cuentas:

–Fui a la reserva Guaycolé.

–Ajá.

–Fui al lote 68, a visitar a los tobas.

–Ya lo sé.

–¿Cómo lo supo?

Respuesta rápida e incomprensible mientras manejaba varios asuntos de la librería. ¿Cómo lo supo, en una ciudad de doscientos mil habitantes?

Ya en el aeropuerto, con el avión demorado, me paseo por la vereda exterior. Un hombre de civil me aborda abruptamente, sin que medie ninguna conversación previa:

–Disculpe. ¿Usted viene por esta sola vez a Formosa o piensa volver otras veces?

Entendí que quería saber para qué había ido a Formosa. Le dije:

–Por turismo –y con mi mejor cara de inocente le hablé de la cantidad de motos que vi en la ciudad, de los pajaritos de la reserva y del frío que hizo. Pronto vino el avión.

Uhart, Hebe (2011). *Viajera crónica*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora

## *La crónica del deportado*

Un periodista argentino, un pasaje de ida al aeropuerto de Madrid y un objetivo: dejarse deportar por las autoridades para vivir, desde adentro, el proceso de expulsión.

Acabo de dar vuelta mi mochila sobre el piso de la terminal cuatro del aeropuerto de Barajas y la poca ropa que traje ahora está desparramada, podríamos decir que convenientemente. Estoy agachado, aguantando las cuclillas, a las seis y media de la mañana, hora de Madrid, en franca operación de búsqueda frente a la línea de control de fronteras, regulando la desesperación pero permitiendo que exhale su nervio: haciendo como que.

Llegué con otras trescientas personas en el vuelo UX 042 de Air Europa proveniente de Buenos Aires. Y excepto por mí, todos completaron sin problemas sus trámites migratorios después de atravesar ese vértigo de angustia que crece conforme avanza la fila hacia el puesto de control, conforme vamos llegando hasta la exacta entrada de lo que vinimos a cruzar: musculitos en las puertas de las discos, agentes de migraciones en las puertas de los países: entrar, no entrar, esa inminencia.

Yo me quedé atrás, los dejé ir hasta que pasaron todos, hasta que todos estuvieron ya en Madrid, que es eso que se ve al otro lado de los puestos de control y que me sugiere la posibilidad de que este lugar sobre el que acabo de desparramar mis cosas no lo sea: que esto no sea España, que todavía no sea España: será su palier. Y entonces: ¿sobre qué lugar del mundo vengo a estar? Digamos: ¿dónde estaríamos? ¿El palier es la casa? ¿La antesala de las cosas son las cosas? Sigo sacando medias, a la espera de que alguien venga a preguntarme qué perdí.

### **Grafiti 1**

#### **«La próxima vez entren por Lisboa»**

El hall de arribos, a esta hora, es una inmensidad vacía: nada, nadie. Esperaba provocar las alarmas del sistema quedándome quieto en un sector de alto tránsito pero no consigo que me adviertan y como no tengo todo el día, voy a tener que ir yo mismo a sacudir el sueño de la seguridad en Barajas. En esta España que aún no es, sobre un costado, junto a unos baños, hay una oficina de información turística. Me acerco, una chica muy rubia y delgada imposta la sonrisa para preguntarme qué lugar de la península quisiera conocer. Afuera aún es de noche y el avión del que bajé sigue ahí, puedo verlo a unos trescientos metros sobre la pista. Le digo que tengo un problema, le miento:

—Perdí mi pasaporte, no sé dónde está.



La sonrisa se le deshace en la cara:

—Eso es un problema.

Después hace un llamado, le habla a alguien de mí y de mi circunstancia, confirma los datos de mi tarjeta de embarque y me dice:

—Ya van a buscarlo en el avión, ¿seguro que no lo tienes contigo?

Guardo las cosas, cruzo el lugar y me dejo caer sobre unas sillas: la espera es el tempo de los aeropuertos y yo ahora tengo que esperar. Frente a mí van pasando otros grupos de personas que bajan de otros aviones: mujeres con saris, hombres con turbantes y esas caras en las que reconocemos la íntima complejidad del extranjero, caras como la mía que en el Coto de Corrientes y Juan B. Justo no quiere decir nada pero que aquí, sobre la alfombrita de bienvenida de la Unión Europea, también, como a los demás, me vuelve lo que en un rato me van a explicar que soy: un nacional de tercer país, es decir, traduciendo, uno que no es de acá, uno que vino de afuera, uno que quiere entrar.

La chica de la folletería turística me hace señas. Voy, me paro frente a ella, me ilumino de esperanza y finalmente la escucho decir que no han encontrado nada en el avión, que alguien de policía migratoria ya está viniendo para acá. Se hicieron las ocho de la mañana, afuera se hace de día, el avión en el que vine ya no está y un pibe alto de pelo colorado cortado al ras y con un escudo sobre la manga que dice Cuerpo Nacional de Policía, me encara, bien, correcto, y sin mucha vuelta me pregunta:

—¿Qué ha pasado?

Es un pregunta abierta y, si fuéramos gente completamente honesta, su respuesta debería ser: mire, oficial, hay dos sujetos en un lugar de España que pensaron que yo podía tomarme un avión hasta acá para luego fingir que no tengo en mi poder la documentación correspondiente y así hacerme detener, dejarme llevar hasta el sector de inadmitidos y luego, ya de vuelta en mi país, escribir un relato acerca de cómo son las cosas aquí adentro, adentro del lugar donde usted va a llevarme ahora, al que usted ya me está llevando. Ellos, estos sujetos de los que le hablo, oficial, son un par de viejos conocidos que están haciendo un revista y quieren historias como esta, como la historia que usted y yo estamos protagonizando en este mismo instante en el que caminamos por los pasillos del destacamento policial y lo hacemos en silencio, usted un metro atrás, sin sospechar nada, con su chaleco flúo y el andar bien marcado, y yo sosteniendo una respuesta que no es.

Si de verdad quiere saber «qué ha pasado», oficial, le cuento: mi pasaporte viaja tranquilo dentro de unos papeles doblados que lo esconden en el fondo de un bolsillo interno, a resguardo de que nadie lo encuentre y cometa la torpeza de hacerme entrar a España, con lo que se arruinaría el plan de estos viejos amigos, que también es mi plan.

Por las dudas, no traje carta de invitación, ni pasaje de regreso, ni dinero suficiente, ni tarjetas de crédito, ni reserva de hotel y antes de bajar del avión tomé la precaución de enrollarme al cuello una muy perturbadora chalina palestina. Pero como con ustedes nunca se sabe, y en tren de asegurar las cosas, no tengo más remedio que decirle lo que ya le he dicho: no sé dónde carajo puse mi pasaporte.

## Grafiti 2

### «Yo soy de la ETA y voy a explotar la terminal 4 y a todos los cabrones que trabajan aquí»

Durante 2010, los casos de argentinos no admitidos en el aeropuerto de Madrid se ganaron su lugar en las tapas de los diarios a pura fuerza de la noticia: la mujer de setenta y dos años que llegó para visitar a los nietos pero que no pudo pasar y se le cagaron de risa y le quitaron su medicación. La profesora de historia que venía invitada por la Universidad Complutense y que tuvo que escuchar a una funcionaria del consulado argentino, una tal Valenzuela, diciéndole que llegan miles de turistas por día, que los sacan de la fila al azar y que esta vez le había tocado a ella, que qué se le va a hacer; y además estaba embarazada, la profesora, y además, cuando volvió, perdió el embarazo.

De golpe, algo se instala: lo real, que no es eso que sale en la televisión. Hay quilombo en Barajas, seiscientos argentinos inadmitidos durante el año, indignación popular y un grito de corazón: «¡Españoles putos!». Así se expresan los pueblos cuando la que los expresa es la tele. Total que nos vinimos, dejamos una Argentina que tenía en Néstor Kirchner, en principio, a un sujeto con vida y ahora estamos acá, en una sala pequeña con un puñado de sillas, donde me pidieron que esperara. En la pared, un cartel con membrete del Ministerio del Interior y la Guardia Civil dice: «Usted va a ser sometido a una inspección minuciosa en 2da. línea según lo establece el Art. 7 del Reglamento (CE) N° 562/2006». Una pena que diga «sometido», le quita calidez.

El que me viene a buscar es otro oficial: alto, completamente calvo y con una prolija barba candado. Subimos un piso por ascensor y salimos a lo que claramente es una comisaría: escritorios, computadoras, papeles y otros policías como él entre viejos armarios con viejas cajas encima que dicen, por ejemplo: «Inadmitidos jun 99». Me siento frente al señor oficial, que se ve que los aviones de combate lo estimulan porque tiene su pared repleta de pósters: aquí vemos un Sea Harrier, aquí un caza bombardero. Entonces, por primera vez desde que llegué, España, la Unión Europea, me hablan y me dicen: que voy a ser interrogado, que el Estado español va a designar un abogado para que oficie mi defensa y que, luego del interrogatorio, se me comunicará si puedo ingresar o si tengo que volver en el primer avión de Air Europa que salga para Buenos Aires. Le explico que no tengo pasaje de vuelta, me dice que el regreso corre por cuenta del Gobierno de España.

Dos mujeres policías me vienen a buscar. Una, con unos grandes dientes ingleses, y enérgica. La otra, gordita, contenta porque se va a casar. A las dos las hemos visto tantas veces en todas esas películas de Almodóvar, chicas de las clases populares madrileñas con empleo ingrato y sueños por cumplir. Las dos son muy amables cuando me piden, en la sala de requisa, que saque todo lo que traigo en la mochila. Voy a tener que dejar la cámara de fotos, el celular, el reproductor mp3, y si tengo lapiceras, tampoco las puedo ingresar:

—Aquí todos quieren dejar lo suyo en las paredes —me dice— quejándose, la mujer de los dientes. Le explico que solo tengo un lápiz negro. Me dice que lápiz negro no hay problema. La otra mujer, por su parte, saca los papeles entre los que está escondido mi pasaporte, los pone sobre la mesa y los deja ahí.

—Si llegás a encontrar mi pasaporte ahora, le pido tu mano al Rey.

—Lo siento, ya te he dicho que estoy comprometida.

Los dos nos reímos, un plato. Mirá si justo ahora: ja. La señorita oficial de policía guarda nuevamente los papales tal cual como los sacó, sin desdoblar ninguno, sin buscar entre ellos. Acto seguido, las dos me escoltan hasta el lugar que vine a conocer, el sector de inadmitidos del aeropuerto de Barajas, el limbo infame, el espacio suspendido, donde voy a compartir desayuno, almuerzo, merienda y cena con el resto de los inadmitidos del mundo.

### **Grafiti 3**

#### **«Españoles manden a hacerse follar»**

El lugar es un rectángulo de unos cuarenta metros de largo, diez de ancho, con un machimbre azul que sube por las paredes pintadas suavemente de amarillo. No hay ventanas y no hay más salida que un pasillo angosto que te lleva de vuelta a las oficinas policiales. Hay ocho habitaciones pequeñas con dos camas cuquetas cada una, más unos estantes donde acomodar maletas, más unas ventanas de vidrio espeso, granulado: imposible ver el otro lado. En los espacios compartidos hay mucha luz de tubo, blanca y dura. En el alto de un rincón hay una televisión que está clavada todo el día en TVE y cuyo control remoto está en manos de las señoritas oficiales: nadie puede cambiar de canal, nadie puede apagar las luces, ni siquiera las luces de las habitaciones. Hay que pedir que apaguen, que cambien y tener bien leídas las normas de convivencia que están pegadas en la pared:

1. Para cualquier consulta, necesidad o solicitud podrán dirigirse a la asistente social, al policía o al personal de seguridad.
2. El desayuno se realizará a las diez y quince horas.
3. Toda persona que precise algún utensilio para afeitarse o asearse lo solicitará al personal de seguridad después del desayuno.
4. Queda terminantemente prohibido comer en las habitaciones.
5. El mobiliario de la zona común no se moverá de su sitio salvo que sea autorizado.
6. No se introducirán sillas en los aseos ni en las habitaciones, tampoco se sacarán almohadas ni mantas de las habitaciones hacia las zonas comunes.
7. No se acostarán en las sillas de las zonas comunes ni se pondrán los pies encima de ellas.
8. Todas las personas deberán permanecer vestidas y calzadas en las zonas comunes.
9. Las luces de las salas se apagaran a la 1:30 así como la TV y las máquinas expendedoras de refrescos. A dicha hora todas las personas se deberán retirar a sus respectivas habitaciones.

10. Al abandonar estas dependencias se recogerá la ropa de cama entregándola a la asistente social o al personal de seguridad.
11. Cuando el servicio de limpieza se encuentre en estas dependencias todas las personas deberán salir de las habitaciones.

En el centro hay tres teléfonos públicos desde donde se puede llamar siempre que tengas tarjetas y a donde también pueden llamarte, siempre que marquen el número de aquí. Junto a los teléfonos, en una prolija fotocopia, los números de urgencia de todos los consulados con presencia en Madrid más una cantidad de números anotados a mano, de apuro, en los bordes, sobre el gránulo de la pared, residuos de la desesperación, dibujos nerviosos que para alguien, por un instante, fueron la única esperanza.

Al costado, una mesa larga y sillas de plástico, blancas, de jardín. Frente a la tele, una línea de bancos de espera, tan aeroportuarios, «engamados» con el amarillito ese de la pared. Y una supuesta sala para chicos, con dos colchonetas azules en el piso y los restos de unos pocos juguetes. En ninguno de los dos baúles guardajuguetes hay juguetes, pero en uno quedó un dibujo: ese papel es mi primer contacto real con la angustia del encierro. No puedo decir que yo la sienta, pero sí que por primera vez la veo en toda su negrura con ese avión en picada que es devorado desde adentro por un siniestro cangrejo rojo de pinzas gigantes, todo con el trazo de una persona de seis años, siete, y que firma como Jonathan.

En las «zonas comunes» la temperatura es ambiente, podés estar tranquilo de jogging y remerita y el clima general es de cierta aburrida distensión, el desgano de la gente que espera. Sobre las bancas, un poco recostadas, dos chicas miran televisión. Hay unas botellas de agua mineral, unas mantas enrolladas y una Biblia. Las chicas hablan en portugués y llevan dos días acá adentro.

Cleiza, veintiséis años, morena, la cara fuerte y el pelo recogido, un embarazo de cuatro meses encima, con un novio español —el padre de la criatura— que se pasó estas tardes en el hall del aeropuerto, pero sin carta de invitación, el documento que reemplazó al visado tradicional. Y Rafaela, blanca, de treinta, profesora de español, que trajo la carta pero no los sesenta y dos euros por día que te piden en migraciones —las veces que se les da por pedirte—. Las dos son bautistas evangélicas y las dos saben que mañana a la noche van a estar de vuelta en Brasil, una en San Pablo, la otra en Curitiba. Se me ocurre contarle a Rafaela de qué se trata, por qué estoy acá y de pronto algo se le enciende en la cara: me dice que apenas llegue ella también va a ir a los diarios, a las radios y a los canales de televisión a contar este atropello. Le digo que en Argentina viene siendo un tema, me dice que qué bueno que le di la idea, que las cosas no pasan porque sí, que yo debo ser un enviado de Cristo.

Estoy hablando con las chicas cuando la vigorosa oficial de los dientes de piano asoma desde el pasillo y, grácil, etérea, me pregunta:

—¿Has desayunado?

Aldonza Lorenzo con placa policial queriendo saber si tengo hambre: una madre. Enseguida me trae una especie de strudel relleno con pastelera y una taza de café. Empiezo a preguntarme por todo ese maltrato. El café tiene nata, pero eso puedo manejarlo. Un buen «sudaca de mierda» me aseguraría la realidad, la enunciaría como la estaba esperando, y así estaríamos todos más

tranquilos. Pero el insulto no aparece, no va a aparecer. Lo voy a comprender después.

Pregunto si me puedo dar una ducha y entonces conozco a Olga, que no debe llegar a los treinta, relajada, muchos colores en la ropa, la reserva humanista entre las fuerzas del orden, nuestra asistente social, o sea: la persona que nos da las toallas, el champú, el desodorante, las mantas, las sábanas de abajo, las de arriba, la funda para la almohada y la que, por diez euros, me vende dos tarjetas con cien minutos para hablar a Buenos Aires. Estoy marcando una larga combinación de números y prefijos cuando me vienen a buscar. Otra vez en la comisaría, otra vez frente a mi oficial de bienvenida y los aviones de combate. Comienza el interrogatorio, por suerte lo tengo de mi lado al doctor Romojaro.

#### **Grafiti 4**

##### **«Fuerte Apache entra a España como sea»**

—¿A qué vienes a España?

Arturo Merelo Romojaro es flaquito, pelicorto, un hombre breve. Ha sido designado como mi abogado oficial y no va a hacer ningún comentario durante los ocho minutos de la entrevista, que consistirá en unas pocas preguntas básicas:

—A visitar a un amigo.

—¿Tienes reservas de hotel?

—No.

—¿Tienes carta de invitación?

—No.

—¿Tienes boleto de regreso?

—No.

—¿Traes dinero?

—Cien euros.

—¿Me los muestras?

El policía escribe, imprime, sella y me informa que voy a tener que esperar unos minutos hasta que se me comunique la decisión con respecto a mi caso. Mi abogado y yo nos vamos a otra sala. El doctor Romojaro, perspicaz, me dice:

—Es probable que no te dejen entrar.

Parece que esta sala vacía en la que Romojaro y yo contamos los minutos solía ser una sala llena en los días de la gloria económica española, los buenos días del primer Zapatero y el pleno empleo. Parece que esto estaba lleno de personas que venían a buscarse un destino, el destino que fuera, y que entonces las cosas eran distintas y que el maltrato era como dios manda maltratar, no esta mariconada. Que ahora hay poca gente y muchos ojos mirando. Después, como dejando caer un

pensamiento al paso, Romojaro me pregunta:

—¿Piensas recurrir?

—¿Qué sería recurrir? ¿Apelar?

—Claro.

—¿Tiene sentido?

El doctor Merelo Romojaro se acomoda en la silla, cambia la voz a modo semi confidencial y, como no queriendo tener que decirlo, me dice:

—Es que si recurres, a mí me pagan el servicio, ¿comprendes?

De pronto, Romojaro tiene la habilidad de hacerme sentir como en casa, así que le digo que sí, que desde ya, que cuente conmigo.

Nos llaman. La respuesta es no. Entro a firmar toda clase de papeles, incluida la apelación, incluido el documento que me informa que los nacionales de terceros países que han sido inadmitidos deberán regresar al mismo punto de origen y por la misma compañía aérea en la que vinieron.

Haber llegado a Madrid por Air Europa me garantiza alta frecuencia de vuelos hacia la Argentina, pero si viajaste por Air Tanzania capaz que tenés que esperar unos días y así es como inadmitidos de banda negativa se pasan una semana entera en el lugar de detención donde yo voy a estar veintiocho horas. Otro papel dice que vuelvo a Buenos Aires mañana temprano.

De nuevo en las zonas comunes, me meto en mi habitación, hago mi cama, me acuesto boca arriba y veo, en los listones verticales de la cama que tengo encima, la escritura agónica de los encerrados: el grafiti, una literatura. Busco en la otra cama, y también.

De golpe me doy cuenta de que están en las paredes, por todas partes. Con la sensación de estar descubriendo algo que había estado allí precediéndome, empiezo a copiar. Estoy llenando las hojas de mi cancherísima libretita Moleskine cuando un pibe morocho, con las narinas enrojecidas y una expresión general de derrota, abre la puerta y me pregunta:

—¿Eres el argentino?

Nicolae tiene treinta y cuatro años, nació en Focsani, capital de Vrancea, setenta mil habitantes a orillas del río Milcov, centro-oeste de Rumania. Descastados, desclasados, los rumanos en España forman uno de esos colectivos migrantes que se vuelve lugar común vapulear, el perfecto mojón para el ojo idiota. Ahora, uno de esos tipos, comparte habitación conmigo.

Sentado en el borde de la cama, Nicolae me cuenta que viene de Londres, que tiene dos hijos, que a uno le puso Raúl por la estrella del Real Madrid, que estuvo casado, que fue albañil y también cosechó la vendimia, que la primera vez que llegó a Madrid no sabía una palabra de español, que la última se fue sintiendo que España era su patria.

Me cuenta, Nicolae, que vino a lo que vienen todos, a ver si la materia de sus sueños estaba acá, si acá estaban el auto, la casa, la mujer, la vida que en Rumania no. Se desengañó pronto y entonces empezó a robar.

—¿Robar qué?

- Ropa, gafas para el sol, whisky. El whisky es lo que mejor rinde.
- ¿Revendías?
- Claro, todo. Por una botella de whisky me daban cinco euros, y con eso comía.
- ¿Dónde robabas?
- En cualquier tienda.
- ¿Nunca te atraparon?
- Pocas veces.
- O sea que sí.
- Pocas veces.

## Grafiti 5

### «Cálmense y solo repitan Jehová es mi pastor»

La luz, invariable, es, aquí dentro, un correlato del invariable reloj interno: todo está como detenido, no hay acción hacia delante, no hay devenir. Solamente algo se mueve, se sobresalta, cuando suenan los teléfonos. Siempre atiende el que está más cerca y después, por ejemplo, comunica:

- ¡Álvaro, de Venezuela! ¿Está Álvaro de Venezuela por ahí?
- Sí, aquí estoy.
- Tu hermana.

Pero pueden pasar varias horas sin que nadie llame y entonces lo que queda es ver televisión, queda la nada: es un poquito para matarse. Yo salgo en unas horas, pero otros empiezan a ver pasar los días: «Aquí vivió nueve días una paraguaya», dice en la pared de mi cuarto. Por eso, nueve días, para matarse.

Son las tres de la tarde y la gente está ahí sentada o, como Nicolae, durmiendo. Y todos en este paisaje de lo quieto, de lo que no es, sumergidos en una babosa letanía de hibernación, enfrentando como podemos al monstruo que ya no es la frustración ni el enfado, sino el hastío, la muerte en bicicleta, la hiperconciencia del tiempo que te prende fuego la cabeza y que te deja frente al enunciado inevitable de una línea atroz: me aburro. A partir de ahí, lo que queda es mirar el vacío hasta que te vengan a buscar, es decir, para siempre.

Nos saca del sopor una repentina delegación de ochos personas, que incluye a un par de mujeres de trajecito con carpetas en la mano, muy rubias, de ojos casi transparentes que hablan algo a lo que no le podemos llamar ni inglés ni español. Las acompañan otros dos sujetos y nuestras oficiales amigas de siempre más un pelado con borceguíes que les da órdenes. El traductor traduce: aquí se come, aquí se duerme, aquí se vive. Las mujeres anotan cosas y ponen cara de ajá. Nadie se sale de su papel, tampoco nosotros. Las dos brasileritas evangélicas, Nicolae que sale del cuarto refregándose sus rumanas lagañas, Álvaro de Venezuela y un enfermero de Melbourne recién llegado miramos a esas personas que nos miran y lo hacemos sin atrevimiento, algo quebrados, desde la penitencia. Ahí están ellos, un tour del control y la seguridad de algún consulado nórdico, y acá nosotros con nuestras remeritas de

dormir, con toda nuestra «inadmitidez» al aire, como destituidos: mascotas en el canil sorprendidas en sus jaulitas misérrimas que en cuanto vuelvan a quedarse solas seguirá cada una entreteniéndose con su propio encierro. (Atroz, la línea: me aburro.)

Teléfono. Es para mí. Voy. Hernán Casciari del otro lado.

—¿Todo bien?

—Todo bien.

Parece que llamaron los del consulado argentino, que saltó el caso y que están viniendo para acá, es decir: a Barajas, a ver qué nuevo quilombo tienen en puerta. Gracias, Hernán. Hablamos. Una hora más tarde estoy otra vez sentado en el escritorio con los aviones en la pared, pero ahora no hay policía, sino dos caballeros de inconfundible acento porteño que me preguntan:

—¿Está bien? ¿Le han hecho algo? ¿Hay algo que quiera denunciar?

La tarjeta que me da Luis García Tezana Pinto dice que es ministro cónsul general de la República Argentina. Su compañero es un hippie mayorcito de barba canosa y colita en el pelo que viene a ser el abogado. Entre los dos me explican que, sin mi pasaporte, tienen las manos atadas. Me lo dicen como excusándose: mire, va a tener que volverse.

Vamos a decirlo así: pareciera que acá están todos cagados, que están expiando. Los polis no se te ríen en la cara y los consulados vienen a ver las habitaciones o a preguntarte si alguien te miró feo. Yo tenía derecho a la degradación del inadmitido y ya ven, las cámaras apuntaron sus luces sobre este cono de sombra y ahora todos dicen gracias y piden por favor.

Después de firmar nuevos papeles, el Ministro y su abogado fumón empiezan a levantar campamento. Entonces les pregunto:

—¿Cuál es la cuestión de fondo en el problema de los inadmitidos?

Tezana me responde sin sacarle los ojos al sobre donde está metiendo sus últimos papales:

—La cuestión de fondo es que acá no hay laburo para nadie.

## **Grafiti 6**

### **«Estos españoles tienen euros pero no tienen educación. Aguante Chile aguante Latinoamérica»**

Una chica negra, pequeñita, con unas trenzas hacia atrás, vestida con un saquito marrón de media manga, entra al salón y deja su bolso en el piso. Está temblando y lleva el susto en la cara. Avanza hacia los teléfonos, llama, cuelga, sale llorando de ahí y va a sentarse. Ahí se queda, bajando un llanto apretado, para adentro, el llanto de alguien que ni siquiera espera desahogarse. Estoy tratando de comprender lo que le pasa cuando llega la cena: cuadraditos rebozados rellenos de jamón y queso acompañados por unas rebanadas de chorizo colorado. La chica, que se seca las lágrimas e intenta comer algo, tiene veinticinco años, es nigeriana y no habla una palabra de español. Tuvo problemas con su carta de invitación y no tiene a quién avisar. Está muerta de frío. Le traigo el buzo rojo que nunca le devolví a mi amigo Rodrigo Lara y se lo pone. Su bandeja es la única



que lleva una etiqueta que dice: «musulmán». Y le faltan las rodajas de chorizo.

Para la una, solo quedamos Álvaro de Venezuela y yo, mirando Tonterías las justas, y comprobando que la televisión atraviesa una crisis creativa en todas partes del mundo. Álvaro es moreno, debe pesar unos cien kilos y tiene a sus tres hermanas en Valencia casadas con tres españoles que, supuestamente, están ahí afuera viendo cómo hacer para que finalmente entre a España. Álvaro es de Sabana Grande, un barrio de Caracas, donde tiene un ciber y locutorio y su esposa no sabe nada de él desde hace cinco días. Eso no parece preocuparlo especialmente, pero de todas formas le ofrezco mi tarjeta, por si quiere llamar. Álvaro me agradece, creo que somos amigos.

A las ocho de la mañana del día siguiente, una mujer oficial, con la desaprensión de los desconocidos, grita mi nombre. Asomo desde la habitación y la veo ahí parada, mirando al piso. Cuando me ve aparecer hace sonar su música:

—Te marchas.

En tres minutos cierro la mochila y salgo. Nicolae ya no está y en la habitación de al lado duermen las dos brasileñas con sus biblias bajo la almohada junto a nuestra nigeriana inadmitida, que está envuelta en una gran kanga azul con estampados naranjas y tiene el buzo de Rodri puesto, que allá fue, a buscar su destino en los guardarropas africanos. En la sala de requisa me devuelven las cosas: el celular, el reproductor, la cámara de fotos.

Después caminamos hacia la pista donde está el patrullero que me va a llevar hasta la escalera del avión. En medio de un silencio penitente, me subo a la patrulla. El viaje es corto y oscuro. Voy sentado atrás, soy algo que va de vuelta, lo que no fue aceptado, soy eso que, acá, no: yo, el inadmitido. Dos polis me escoltan, me abren la puerta, me depositan en manos de una azafata mayor, le entregan ellos mi documentación provisoria, como diciendo: ahora es tuyo. Todos nos ponemos serios cuando completamos el acto: los polis, la azafata, yo mismo.

Algo está pasando, algo que se recorta de la cantidad de movimientos ordinarios que se producen mientras la gente embarca, un hecho diferencial. El resto de los pasajeros que en ese momento está subiendo la escalera ve caer un auto de la policía con un detenido que sube con ellos al mismo vuelo y un poco se quedan. Vuelvo a la Argentina, que me recibirá con el cadáver tibio de Néstor Kirchner y un velorio popular en Casa Rosada. Me voy de Barajas con lo que vine a buscar, una libreta repleta de notas y un grafiti propio en la pared.

## **Grafiti 7**

**«Alejandro Seselovsky estuvo aquí para Orsai revista, el 26 de octubre de 2010»**

Seselovsky, Alejandro (2010), "La crónica del deportado"  
en *Revista Orsai*, Número 1, enero-marzo de 2011.